

## EL INSTITUTO «GOYA» ENTRE 1931 Y 1970: UN DESTACADO REFERENTE DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA EN ZARAGOZA

ARTURO ANSÓN NAVARRO

*A mis compañeros de la promoción 1964-1971 del «Goya»*

El Instituto de Segunda Enseñanza de Zaragoza, que desde enero de 1933 lleva el nombre de Goya, el pintor aragonés universal, fue creado en 1845, cuando surgieron los primeros institutos en España, fruto de la política educativa del partido liberal moderado. Hasta la creación del instituto de Calatayud en 1928, el de Zaragoza fue el único en toda la provincia de Zaragoza y el de referencia para la enseñanza secundaria, pues en él debían realizar los exámenes de los diferentes cursos del Bachillerato tanto los alumnos oficiales, que cursaban sus estudios en el instituto, como los que estudiaban en centros privados, tanto laicos como religiosos.

En esta ponencia vamos a abordar la andadura del Instituto «Goya» durante un amplio período de cuatro décadas, desde el advenimiento de la Segunda República (1931) hasta el año 1970. Si concluimos este recorrido en 1970 es por varios motivos: en primer lugar, porque en agosto de ese año se publicó la Ley General de Educación, promovida por el ministro Villar Palasí, que tendría como consecuencia la desaparición progresiva del Bachiller Elemental y la permanencia de todos los alumnos entre los 10 y 14 años en la Enseñanza General Básica, impartida por profesores de EGB en los antiguos colegios de Enseñanza Primaria, ahora llamados de EGB; la creación del Bachillerato Unificado y Polivalente (BUP) de tres años, entre los 14 y 17 años, impartido en los Institutos Nacionales de Bachillerato, así como el COU, que sustituiría al PREU a partir del curso académico 1971-1972, y la creación también de la Formación Profesional de primer y segundo grados, estudios alternativos a los del Bachillerato. Un segundo motivo para concluir en 1970 es que en agosto de ese año dejó la dirección del Instituto «Goya» Mariano Navarro Aranda, cargo que ocupó desde 1961 a 1970, con indudable protagonismo y éxito. Un tercer motivo, éste más personal, es que quien esto escribe finalizó su estancia en el «Goya» en el curso 1970-1971, al terminar el último curso de Preuniversitario

que hubo, y en un momento ya de cambios y conflictos que iban a surgir en el centro y en otros institutos españoles, tanto en el profesado como en el alumnado, en consonancia con las tensiones sociales, entre ellas las educativas, y políticas que se produjeron desde el inicio de la crisis del Régimen Franquista hasta el final de la Dictadura y el comienzo de la llamada Transición hacia la Democracia (1970-1977) y el establecimiento de un sistema de monarquía parlamentaria.

#### EL PERÍODO DE LA SEGUNDA REPÚBLICA (1931-1936):

##### EL ORDEN DE LOS FACTORES PUDO ALTERAR EL PRODUCTO

A comienzos de 1931 España vivía momentos de crisis política y de graves tensiones. La figura de Alfonso XIII y, por ende, la monarquía, habían salido muy cuestionadas por el apoyo que había dado el monarca al general Miguel Primo de Rivera y al sistema de dictadura derechista que había establecido en España entre 1923 y 1930. El gobierno del general Berenguer, que había pretendido una vuelta a la situación anterior a 1923, como si nada hubiera pasado, en la llamada popularmente «Dictablanda» (1930), se había encontrado con una amplia contestación por parte de los partidos del centro, de la izquierda, e incluso de amplios sectores de la derecha liberal que desconfiaban de la monarquía y del monarca. En medio de un proceso insurreccional, que tendría su manifestación en la Sublevación de Jaca de diciembre de 1930, y que pretendía la proclamación de la República, y la concentración de la oposición política republicana desde el verano en el llamado Pacto de San Sebastián, plataforma política que pretendía el establecimiento de una república democrática, el gabinete presidido por el almirante Aznar, constituido en febrero de 1931, fue el intento «in extremis» de Alfonso XIII y de los monárquicos de salvar a la monarquía. Las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, que para el rey y el gobierno serían una manera de saber con qué apoyos contaba la monarquía antes de embarcarse en elecciones generales, resultaron decisivas para el destino de la monarquía en España. Si bien el número de votos de los candidatos monárquicos era ligeramente superior a nivel nacional, las candidaturas y votos republicanos habían triunfado en la gran mayoría de las capitales de provincia y en las grandes ciudades. El voto urbano era decididamente republicano. Al rey Alfonso XIII y a los políticos monárquicos de diversas procedencias se les planteó el dilema: imponer la autoridad del gobierno y del monarca valiéndose del ejército y de las fuerzas de seguridad, es decir, una salida autoritaria, o que el monarca abandonase el país, a lo que le conminó Alcalá Zamora, que iba a ser quien presidiera el gobierno provisional republicano. Al amanecer y durante la mañana del 14 de abril de 1931 la república fue proclamada en bastantes ciudades y pueblos de España, en medio del júbilo popular de multitudes que se habían echado a las calles para forzar y celebrar el cam-

bio político. A primeras horas de la noche Alfonso XII abandonaba el Palacio Real de Madrid, tras dejar en suspenso, que no renuncia, el ejercicio del poder monárquico, camino del exilio en Roma, y el gobierno provisional, presidido por el antiguo liberal monárquico Niceto Alcalá Zamora, proclamaba la Segunda República Española desde el balcón del edificio del Ministerio de Gobernación en la madrileña Puerta del Sol.

### Cambio en la dirección del Instituto de Zaragoza: Allué Salvador cesa y accede a la dirección Francisco Cebrián

El cambio de régimen político tuvo inmediatas consecuencias en la administración de España y, por lo tanto, en el ámbito educativo, y ello repercutió en el Instituto de Segunda Enseñanza de Zaragoza, cuyo director, Miguel Allué Salvador, había sido un destacado dirigente en Aragón del primorriverismo, y ocupado altos cargos en la administración de la Dictadura. Miguel Allué Salvador (Zaragoza, 1885-Madrid, 1962), catedrático de Lengua y Literatura del instituto de Zaragoza desde julio de 1914, y brillante antiguo alumno del centro, había sido vicedirector desde 1916 y director del mismo desde enero de 1919. Fue aliadófilo durante la Primera Guerra Mundial, y después participó en la nueva derecha social católica del Partido Social Popular, organizado en Aragón por Severino Aznar e Inocencio Jiménez. Durante la Dictadura de Primo de Rivera tuvo un destacado protagonismo político, pues fue jefe provincial de la Unión Patriótica, movimiento político de apoyo al dictador, establecido en Zaragoza en junio de 1924, y del que Allué fue la principal figura en Aragón. Allué, durante su juventud, había salido al extranjero comisionado por la Junta de Ampliación de Estudios, en concreto a Francia (1911) e Inglaterra (1925). De notable valía intelectual, políglota, doctor tanto en Derecho como en Filosofía y Letras, fue un erudito investigador y escritor de temas jurídicos, literarios y artísticos, conferenciante asiduo. Era también profesor auxiliar de la Facultad de Derecho de Zaragoza, y desde 1920 académico numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, de la que sería su secretario. Hombre al que le gustaba el mando y con cierto afán de protagonismo, su actuación política al servicio la Dictadura fue muy relevante, pues, además de seguir detentando la dirección del instituto de Zaragoza, fue alcalde de Zaragoza (1927-1929), diputado por la Unión Patriótica en la Asamblea Nacional (1927-1929), y director general de Enseñanza Superior y Secundaria en el Ministerio de Instrucción Pública (junio de 1929 hasta el 1 de marzo de 1930).

Durante su brillante mandato como alcalde, entre el 22 de enero de 1927 y el 18 de julio de 1929, Allué Salvador, que fue elegido para el cargo por unanimidad de los concejales y mediante un procedimiento extraordinario que estaba recogido en el Estatuto Municipal, pues no era concejal, fue ejemplo de intensa actividad y eficacia, en medio de una paz social en la ciudad. Saneó las

arcas municipales, que hasta entonces presentaban déficit, ejecutó el Ensanche de la Gran Vía, la terminación de la urbanización del entorno de la actual plaza de los Sitios y las obras del Parque de Buenavista o «Grande». Asimismo, construyó nuevos depósitos de agua, urbanizó el paseo del Ebro y pavimentó el paseo de la Independencia. Durante su alcaldía se creó la Confederación Hidrográfica del Ebro, con el primitivo edificio en el paseo de Sagasta, y se fundó y construyó la Academia General Militar, estableciendo el tranvía que llegaba hasta ella. En la vertiente cultural organizó el I Centenario de la Muerte de Goya (1928), con la construcción del Rincón de Goya en el nuevo parque, y construyó la Residencia de Estudiantes de la Universidad de Zaragoza en el paseo de Ruiseñores, donde ahora está el Instituto «Miguel Servet», de la que fue director<sup>1</sup>. Otros tres profesores del instituto le acompañaron en el consistorio: el catedrático de Matemáticas, Adoración Ruiz Tapiador, fue teniente de alcalde segundo, y concejales el catedrático de Geografía e Historia, Juan Fernández Amador de los Ríos, y el auxiliar de Letras, Anselmo Gascón de Gotor Giménez.

Era Allué Salvador hombre de fácil y brillante elocuencia, algo ampulosa, de la que hacía uso en sus clases, si bien para transmitir sólidos conocimientos literarios y artísticos, tal como me manifiesta Federico Torralba, que fue uno de sus mejores alumnos en el Instituto de Zaragoza en aquellos años en que Allué era alcalde de Zaragoza. Sin duda, le gustaba el protagonismo social y salir en todas las fotos de los periódicos zaragozanos de la época. Se consideraba especialmente dotado para las labores de gestión y de mando. Pocos actos y acontecimientos hubo en esos años en los que no estuviera presente Allué, siempre atildado, con su rostro redondo y peculiar bigote, fácilmente llevado a la caricatura, como la que le hizo el dibujante Manuel Bayo Marín en el periódico *La Voz de Aragón*, con frac y chistera, apoyado sobre el bastón de mando y elevado sobre tres libros en cuyos lomos aparecen escritas las palabras Literatura, Conferencias y Proyectos. En su despacho municipal estaba escrita la siguiente frase como lema: *Honesty is de best policy* (La honestidad es la mejor política).

Por lo que se refiere al Instituto de Segunda Enseñanza de Zaragoza, Miguel Allué Salvador, en el tiempo en que ocupó el cargo de director general de Enseñanza Superior y Secundaria en Madrid, se preocupó de conseguir la construcción de una nueva sede para el instituto, pues las instalaciones que ocupaba desde su fundación en 1845 en el edificio decimonónico de la antigua Universidad, en la plaza de la Magdalena, edificio compartido con las facultades de Derecho y Letras, así como las Escuelas Normales de Maestros y Maestras, ya no eran ni suficientemente capaces, ni adecuadas. El joven archi-

<sup>1</sup> Sobre las actuaciones de Miguel Allué Salvador como alcalde de Zaragoza y sobre su protagonismo político durante la Dictadura de Primo de Rivera, véase CASTÁN PALOMAR, F., *Aragoneses contemporáneos. Época 1900-1934*, Zaragoza, 1934, pp. 34-37, y FERNÁNDEZ CLEMENTE, E., *Gente de orden. Aragón durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Zaragoza, tomo I, Ibercaja, 1995, pp. 245-256 y 275.

tecto zaragozano Regino Borobio hizo un ambicioso y moderno proyecto para el nuevo edificio, que se ubicaría en un solar anejo al Colegio «Joaquín Costa», recién construido por entonces y modélico en sus preaciones y espacios educativos. Estaría delimitado por las actuales avenida de Anselmo Clavé y calle del general Mayandía, en el espacio que luego ocupó el cuartel y sede de la Policía Armada, actual Policía Nacional. Lamentablemente, tanto el proyecto como la ubicación acabaron desechándose pronto, una vez que se produjo el cambio político y por circunstancias que luego comentaremos.

Asimismo, a lo largo del año de 1930, el gobierno del general Berenguer quiso denominar al instituto de Zaragoza *Liceo de Zaragoza*, pero el claustro del centro estimó «que no hay ambiente para el cambio de nombre» (Claustro de 30 de marzo de 1931). Seguramente se consideró que la denominación de Liceo, a la manera de los centros franceses de secundaria, resultaba una tanto extranjerizante.

Pues bien, nada más proclamarse la Segunda República el 14 de abril de 1931, por coherencia con el protagonismo político que había tenido durante la monarquía y la dictadura, Miguel Allué Salvador, presentó su dimisión irrevocable del cargo de director del mismo a las nuevas autoridades republicanas, «pues entiende que en los momentos actuales no deben ponerse trabas al Gobierno para realizar una labor de consolidación del nuevo régimen», y por razones personales, fácilmente entendibles. Allué Salvador, ante el cambio político, y como funcionario público manifiesta en el claustro que «acata el régimen, sin que esto deba interpretarse como postura y militancia», y pedía al claustro que aceptase su dimisión (Claustro de 9 de mayo de 1931). El catedrático más antiguo del claustro, que era el de Francés, Francisco Tomás Mendizábal, intervino para poner de relieve la caballerosidad de Allué y su gran labor al frente del centro, destacando que «aunque éste se había significado mucho en política en estos últimos tiempos, jamás lo hizo en casa, llevando su escrupulosidad al extremo de no mentarla siquiera, ni aún en las conversaciones particulares con los compañeros». Allué había comunicado en primer lugar su decisión de dimitir al secretario del instituto, que era el catedrático de Matemáticas Francisco Cebrián, que le intentó hacer desistir de su dimisión. Mendizábal, en su intervención, indicó que votaría al señor Cebrián para director del centro, «no por su filiación política (Cebrián era favorable al régimen republicano), sino por su intachable probidad, por su cultura, por su talento, por su gran corazón, por su ejecutoria profesional que le honra, por su capacitación para el cargo que le daba su larga preparación en la Secretaría, por su reconocida rectitud y energía, que son garantía de que todos cumplirán con su deber y porque ha de ser el mejor nexo de unión entre compañeros» (Claustro de 9 de mayo de 1931).

Es evidente que Mendizábal se hacía eco del sentir del claustro del instituto, que quería evitar todo enfrentamiento, y que se produjera una «continuidad»

administrativa, con la promoción de Francisco Cebrián a la dirección del centro. Cebrián pidió la palabra para proponer al claustro que se reeligiese por unanimidad al señor Allué Salvador como director del instituto. Allué agradeció las manifestaciones elogiosas de los compañeros, pero insistió en su dimisión irrevocable, proponiendo para director al señor Cebrián. La propuesta fue aceptada, y «por aclamación» se acuerda proponer a la Superioridad el nombramiento de director en favor de don Francisco Cebrián. Éste, con breves palabras, llenas de emoción y profunda gratitud hacia todos los compañeros, y en especial al señor Allué, destaca el honor que ha recibido del claustro, «al que tratará de corresponder poniendo a contribución su buena voluntad a falta de otras condiciones más estimables» (Claustro de 9 de mayo de 1931).

Así se produjo la llegada de don Francisco Cebrián a la dirección del Instituto de Zaragoza, que ocuparía hasta 1936. Francisco Cebrián y Fernández de Villegas (Salamanca, 1886-Madrid, 1958), licenciado en Ciencias Exactas y doctor en Ciencias Químicas, había sido catedrático de Matemáticas en el instituto de Huesca (1911-1917), antes de llegar por concurso de traslado a la segunda cátedra de Matemáticas del de Zaragoza en 1917. En 1921 obtuvo también plaza de profesor auxiliar de la Facultad de Ciencias, donde desarrolló una importante actividad docente, enseñando Mecánica Racional, Astronomía y Geodesia, y Matemáticas aplicadas. Asimismo, desde 1926 a 1936 fue jefe de Estadística Matemática de la Confederación Hidrográfica del Ebro, y creó con otros profesores una academia que preparaba para el ingreso en la Escuela de Ingenieros Superiores y para la Academia General Militar. Fue autor de publicaciones sobre matemáticas, de traducciones de obras extranjeras de su especialidad, así como de estudios sobre los caudales del río Ebro y sus afluentes de la cuenca del Ebro. Fue un eficaz y concienzudo secretario del instituto desde el 1 de febrero de 1923 hasta su elección de director del mismo en 9 mayo de 1931, colaboró estrechamente con Allué Salvador, aun a pesar de la posición ideológicamente distinta de ambos.

Francisco Cebrián, hijo de un médico militar aragonés, asentado en Salamanca, de cuya Universidad también era profesor, se había formado en la tradición de la Institución Libre de Enseñanza. Su hermana Dolores Cebrián (Salamanca, 1881-Madrid, 1973), unos años mayor que él, maestra y después profesora de Ciencias Físicas de la Escuela Normal de Maestros de Salamanca, Toledo y Madrid, se casaría en 1913 con Julián Besteiro, catedrático de Lógica de la Universidad Central de Madrid y destacado miembro del sector intelectual del PSOE, en el que había ingresado en 1911. Otra de sus hermanas, Amparo Cebrián Fernández de Villegas, maestra de párvulos en el Instituto-Escuela, se había casado en 1908 con Luis de Zulueta y Escolano (1878-1964), catedrático de Historia de la Pedagogía en la Escuela Normal Superior, y luego de la Facultad de Filosofía de la Universidad Central de Madrid que, sin duda, influyó en las ideas pedagógicas y sobre la educación de Francisco Cebrián. Luis de

Zulueta, miembro destacado de la ILE, diputado del Partido Republicano Reformista desde 1910, ministro de Estado (1931-1933), como republicano independiente, en el gobierno republicano presidido por Manuel Azaña, fue después embajador de España en la Alemania hitleriana (1933-1934), ante la Santa (1936), y al terminar la Guerra Civil acabó exiliándose a Colombia primero (1939-1955), y después residió en Ginebra (1955-1957) y los EE.UU. (1957-1964).

Francisco Cebrián, que sepamos, nunca militó en partido alguno, a diferencia de sus cuñados. Aunque algún autor le ha calificado de «socialista», no tenemos ninguna prueba que demuestre que lo fuera. En mi opinión, Cebrián se situaba más bien en un republicanismo liberal-progresista, en la línea institucionista, como el de Zulueta, y de Besteiro hasta su ingreso en el PSOE en 1912, después de militar en el Partido Republicano Radical. Besteiro durante los años de la Dictadura de Primo de Rivera estuvo en el sector mayoritario del PSOE y de la UGT, partidario de colaborar con el dictador en lo que pudiera favorecer a los trabajadores; ese sector quedaría en minoría a partir de los comités nacionales del partido y del sindicato celebrados en agosto de 1929, en que triunfó la actitud de oposición a la Dictadura, negándose la UGT a ocupar los cinco puestos de asambleistas en la Asamblea Nacional que se ofrecían a sindicalistas socialistas. Sea como fuere, lo cierto es que a la altura de abril de 1931 Francisco Cebrián apoyó totalmente el cambio de régimen, mientras que Allué defendió la labor política de la Dictadura y la monarquía contra viento y marea, apartándose desde entonces de toda actividad política, al menos pública.

Por lo que se refiere a la Segunda Enseñanza y la renovación de los métodos educativos, Cebrián desde hacía años era partidario de introducir cambios en la línea del Instituto-Escuela de Madrid, y que defendía su cuñado Luis de Zulueta. Éste, en tres artículos periodísticos publicados en *El Sol*, entre enero y marzo de 1921, poco después de la creación del Instituto-Escuela de Madrid (1918), había expuesto sus ideas sobre una necesaria reforma de la enseñanza secundaria en España, obteniendo gran repercusión en los medios educativos de la nación, y que serían leídos con mucho interés por su cuñado Francisco Cebrián. Zulueta decía que la segunda enseñanza no debía estar desvinculada de la primera enseñanza y de la universitaria, debiendo formar un continuo educativo. Se quejaba del escaso número de institutos en España y del escaso presupuesto dedicado a la educación. En su opinión los institutos funcionaban mal, ya que eran «reproducciones abreviadas, miniaturas de las Universidades», la enseñanza en ellos era inadecuada, y las relaciones entre el profesor y los alumnos casi nula, en edad en que es más necesaria esa relación. Tras las críticas Zulueta hacía una serie de propuestas para mejorar los institutos: reformar los Planes de Estudio; elaborar buenos programas; mejorar los libros de texto; pero, ante todo, contar con un buen profesorado, suficientemente preparado pedagógicamente, carencias que se hallaban en muchos profesores de instituto de la época. Además, proponía que los alumnos cursasen más años de latín,



que se introdujera el estudio del griego en los cursos superiores del Bachillerato; una mayor dedicación a las Ciencias Físico-Químicas, y el estudio de lenguas vivas o modernas<sup>2</sup>.

Francisco Cebrián compartía las ideas expuestas por su cuñado Luis de Zulueta, y eso se deja entrever en las intervenciones que tuvo en el claustro del instituto de noviembre de 1921. La preparatoria del Instituto de Zaragoza, regentada por el maestro Tomás Alvira, con quince alumnos, empezó a funcionar en el curso 1921-1922. Cebrián hacía ver que la excelente preparación de esos alumnos se perdería por completo si al iniciar el Bachillerato se les sometía «al régimen general», es decir, al sistema tradicional de enseñanza en los institutos. Asimismo, Cebrián pedía el aumento de profesores auxiliares para el centro, uno por disciplina, dadas las crecientes necesidades, entregando él mismo una memoria que podría servir de base para formular la solicitud ante el Ministerio de Instrucción Pública (Claustro de 26 de noviembre de 1921). Seguramente por iniciativa de Cebrián el instituto se suscribió a finales de 1921 a la *Revista de Pedagogía*, que aparecería el 1 de enero de 1922, y a un proyecto de publicaciones de las obras de Francisco Giner de los Ríos, «eminente publicista y pedagogo» (Claustro de 26 de noviembre de 1921). En enero de 1922 el centro decidió también suscribirse a la revista *Segunda Enseñanza*, que también acababa de salir. Con el advenimiento de la Segunda República se intentarán poner en práctica los principios educativos que animaban a Luis de Zulueta y a las gentes de la ILE, y Cebrián se hará abanderado de esos cambios, como ya veremos.

De cualquier modo, las relaciones personales entre Allué Salvador y Cebrián debieron ser buenas y cordiales, por encima de sus diferencias ideológicas, entre dos hombres cultos e inteligentes. Al fin y al cabo, Allué procedía también de la tradición liberal, había tenido relaciones con la JAE (Junta de Ampliación de Estudios), vinculada a la ILE, aunque para entonces ya debía de mostrar discrepancias con ella y la promoción de sus miembros, que se debieron ir acrecentando con el transcurso de la Segunda República, a la vez que el conservadurismo ideológico de Allué se hizo muy acusado.

El resto del equipo directivo del Instituto de Zaragoza lo componían el otro catedrático de Matemáticas, Adoración Ruiz Tapiador, amigo personal de Cebrián, que había apadrinado al hijo de Ruiz Tapiador, persona moderada, de convicciones monárquicas, que siguió ocupando el puesto de vicedirector, y Rafael Ibarra Méndez, joven y brillante catedrático de Ciencias Naturales que había llegado al Instituto de Zaragoza en mayo de 1930, que ocupó el cargo de

---

<sup>2</sup> Los artículos periódicos de Luis de Zulueta aparecieron en el *El Sol*, periódico liberal de Madrid, los días 24 de enero y 11 y 18 de marzo de 1921. Sobre el contenido de los mismos ver, CRESPO PÉREZ, C., «Luis de Zulueta, político y pedagogo», *Revista Complutense de Educación*, 7, 1996, pp. 144-145.



secretario. Ibarra fue elegido por el ministerio de una terna enviada por el director. Era hijo de Rafael Ibarra y Belmonte, que había sido director de la biblioteca de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Madrid, diputado a Cortes en 1898 y gentilhombre de S.M. Rafael Ibarra Méndez, antes de ganar la cátedra de instituto en 1928, había sido profesor auxiliar en la Facultad de Ciencias de Zaragoza y en la de Sevilla, y sería desde 1931 militante de Derecha Liberal Republicana, denominado desde 1932 Partido Republicano Progresista, encabezado por el presidente de la República Niceto Alcalá Zamora. Fue un eficaz secretario del centro, muy bien coordinado con Cebrián, y dedicó muchas horas desde 1931 a 1936 a catalogar las numerosas piezas con las que se constituyó el Museo de Historia Natural del Instituto «Goya». Todavía se conservan en las piezas las etiquetas de catalogación manuscritas por Ibarra con una pulcrísima letra.

El catedrático de Geografía e Historia, Juan Fernández Amador de los Ríos, que aspiraba a ocupar el cargo de secretario, alegó ante el claustro «su antigüedad, y su condición de abogado», por lo que consideraba que debería haber ido en posición preferente en la terna (Claustro de 21 de septiembre de 1931). Ante el aumento del trabajo del secretario, el director, en claustro de 1 de julio de 1932, expuso la necesidad de nombrar un vicesecretario, proponiendo Cebrián al profesor auxiliar de Letras Luis Ferrer Navarro, que, con la aprobación del claustro, fue colocado el primero en la terna a presentar al ministerio. La junta económica del centro estuvo integrada por el director Cebrián, el secretario Ibarra, y de los profesores fueron propuestos por unanimidad los catedráticos señores Temprano y García, el profesor especial señor Cidón (Claustro de 21 de septiembre de 1931), y el auxiliar señor Górriz (Claustro de 24 de octubre de 1931). Hay que indicar que, con la nueva normativa de funcionamiento de los institutos, por primera vez un profesor especial y un representante de los profesores auxiliares entró a formar parte de dicha junta, hasta entonces formada exclusivamente por catedráticos. Asimismo, a propuesta del director, se eligió inspector de la sección preparatoria del instituto, que por falta de espacio estaba establecida en el Colegio «Gascón y Marín», al catedrático de Agricultura señor García López, que años después sería director del instituto (Claustro del 26 de septiembre de 1931).

### Primeros cambios en el instituto y aumento del alumnado

En septiembre de 1931 Cebrián se había desplazado a Madrid para hacer gestiones en el Ministerio de Instrucción Pública para que se acelerase la construcción del nuevo edificio del instituto, pero se encontró con que las nuevas autoridades no consideraban conveniente su construcción, pues alegaron que preferían institutos más pequeños y numerosos, y el proyecto realizado por el arquitecto Regino Borobio se apartaba de esos tipos, pues eran para un centro

mucho mayor. Seguramente, en el Ministerio, ya estaban pensando en la creación de un nuevo instituto en Zaragoza y en el aprovechamiento de algún edificio de la ciudad que pronto quedaría libre de sus propietarios, como el que hasta entonces había sido Colegio del Salvador, de la Compañía de Jesús, por la orden de supresión de la misma y la expatriación de sus miembros.

Una de las medidas que tomó el Ministerio de Instrucción Pública, de Fernando de los Ríos, fue la suspensión con un Decreto del 7 de agosto de 1931 del llamado Plan Callejo de Bachillerato, vigente desde 1926, y la vuelta provisional al llamado Plan Bugallal de 1903, con algunos retoques, que se estableció para el curso académico 1931-1932 y que perduró hasta 1934. Los gobiernos republicanos de izquierda no llegaron a establecer un nuevo plan para el Bachillerato. En 1934, el gobierno de centro-derecha presidido por Alejandro Lerroux implantó el llamado Plan Villalobos (6 de julio y 6 de agosto de 1934), por el nombre del ministro de Instrucción pública Filiberto Villalobos, del centrista Partido Liberal Demócrata, antiguo partido Reformista, de Melquíades Álvarez. Era un plan por el que el Bachillerato pasaba a tener siete años, y no seis: los tres primeros cursos, generales, terminaban con una reválida ante tribunal; los cuatro siguientes eran cursos de especialización, dos de ellos generales (4.º y 5.º), que daban acceso a los estudios de las Escuelas Normales de Magisterio, y otros dos específicos (6.º y 7.º), al final de los cuales se realizaba el examen que permitía el inicio de las carreras universitarias. Mantenía un equilibrio entre tradición e innovación.

El número de alumnos del instituto fue aumentando rápidamente y las clases eran demasiado numerosas, pues muchas de ellas excedían del centenar de alumnos. El director propuso al claustro la necesidad de dividir las clases que excedieran de cien alumnos, y así se acordó (Claustro de 3 de octubre de 1931). ¿Qué trascendencia tenía esta medida que afectaba sobre todo a los cuatro primeros cursos, que eran los más masificados? Pues que los catedráticos ya no podían impartir la enseñanza de todos los grupos y se daba acceso a los profesores auxiliares de Ciencias y Letras para impartir la docencia de los grupos desdoblados. Los auxiliares impartirían entre seis y nueve horas de clase semanales, por las que cobraban un sueldo reducido, a modo de gratificación. Recordemos que hasta entonces los profesores auxiliares estaban dedicados a la impartición de clases prácticas y a sustituir a los catedráticos en sus ausencias o enfermedades. Pero la calificación de los alumnos quedaba reservada a los catedráticos, que podían tener en cuenta la marcha de los alumnos de los grupos que daban los auxiliares según las calificaciones que éstos les habían ido poniendo a lo largo del curso.

Puesto que su retribución era escasa, con el permiso correspondiente, los auxiliares podían dedicarse a dar clases en centros privados donde se impartía Bachillerato, muchos de ellos en manos de órdenes religiosas. Los auxiliares

señores Gascón de Gotor, Bayona y Górriz, pidieron al claustro ese permiso, así como el mismo director, Cebrián, éste para preparar alumnos que querían ingresar en la Escuela de Ingenieros de Montes de Madrid (Claustro de 10 de octubre de 1931). Pero al pedir esa compatibilidad se creó un serio problema en el caso de los auxiliares, pues estaban habilitados para formar parte de los tribunales que cada curso examinaban a los alumnos colegiados de los centros privados, y a los alumnos libres, y, por otra parte, iban a dar clases a los alumnos de esos centros privados que cada año tendrían que examinarse ante tribunales de los que ellos formarían parte. Por formar parte de esos tribunales había remuneración –los alumnos colegiados y libres pagaban 100 pesetas por derechos de examen–. La *Gazeta* del 21 de octubre de 1931 (el «BOE» de la época) abordaba lo referente a la incompatibilidad entre una función y otra para los auxiliares, y tenían que optar por seguir formando parte de los tribunales examinadores o renunciar a ellos para dar clases en centros privados. Los tres auxiliares solicitantes, sopesadas las ventajas e inconvenientes para ellos, acabaron retirando sus instancias de autorización para dar clase en centros privados (Claustro de 24 de octubre de 1931).

También se procedió a proponer una serie de profesores ayudantes interinos, sin retribución, para ayudar a los catedráticos y los auxiliares en las tareas que les encomendasen. Era una manera de meritoraje para aquellos que querían dedicarse a la enseñanza una vez concluidas sus carreras universitarias, y a la espera de opositar a plazas de auxiliares o a cátedras de instituto. Para la enseñanza de inglés, italiano y alemán se propusieron como ayudantes a Manuel Herrero, Guillermina Galle y Carlos Freudenthal, respectivamente (Claustro de 24 de octubre de 1931).

**Las ideas educativas de Francisco Cebrián, su visión de la Segunda Enseñanza y los debates surgidos en el claustro del instituto sobre las Escuelas preparatorias y la organización de las enseñanzas**

Ya hemos esbozado la posición ideológico-educativa que venía defendiendo Francisco Cebrián desde la década de 1920, en sintonía con las de su cuñado Luis de Zulueta y con el espíritu de la ILE. Conocía perfectamente Cebrián cómo funcionaba el Instituto-Escuela de Madrid, cuya junta directiva estaba presidida por Zulueta, y en el que la esposa de éste y hermana de Cebrián, Amparo Cebrián, era maestra de párvulos. Otra de sus hermanas, Dolores Cebrián, casada con Julián Beteiro, era la directora de la Escuela Normal de Madrid y fue nombrada presidenta de la Sección 1.<sup>a</sup> de Enseñanza Primaria, del Consejo de Educación de la República. Por lo tanto, Francisco Cebrián estaba en sintonía con la política educativa de los gobiernos de la coalición republicano-socialista, con los ministros Marcelino Domingo, Fernando de los Ríos y Francisco Barnés. Era defensor de una escuela pública y popular, mantenida

por el Estado, cuya raíz está en la democracia, que defiende el derecho y el deber de la cultura para todos, como ya había sostenido Zulueta en escritos de 1925<sup>3</sup>. Asimismo, defendía la coeducación y una educación interclasista, no elitista, abierta a la sociedad.

Cebrián era consciente de que la mayoría del profesorado del instituto de Zaragoza, sus compañeros, eran monárquicos, preferentemente situados en el catolicismo social, en el conservadurismo o el liberalismo de viejo cuño, y algunos con anteriores compromisos con la Dictadura, pero, aún así, emprendió la tarea de cambiar el instituto y la enseñanza hasta donde fuera posible, acorde con las nuevas ideas, las nuevas esperanzas para los nuevos tiempos de la Segunda República. No encontró una oposición frontal a su proyecto, si bien hubo algunas discrepancias de algunos catedráticos significados que se concretaron más en aspectos de funcionamiento y pedagógicos del centro que en una confrontación política. Allué Salvador, apartado de la docencia tras el desgraciado accidente que sufrió durante el verano de 1931, no se reincorporó hasta mayo de 1932, manifestando entonces al director «su adhesión incondicional para toda colaboración en pro de la enseñanza». Cebrián sabía que sus ideas estaban en minoría en el claustro, pero supo armonizar y contemporizar con aquellos que podrían encabezar una oposición a él, empezando por Allué y continuando con el sacerdote Benjamín Temprano, catedrático de Latín. Siempre se comportó Cebrián con bonhomía, caballerosidad y generosidad, algo que todos le reconocieron en el homenaje que el claustro le dedicó en 1934, y al que más adelante nos referiremos.

En el claustro del 24 de octubre de 1931 hacía una reflexión socio-educativa sobre el instituto y la necesidad de solicitar la creación de Escuelas Preparatorias anejas al Instituto, conforme a lo dispuesto en el Decreto del 25 de septiembre de ese año. Cebrián se expresaba así de claro sobre el tipo de alumnado que se tenía en el centro y lo deseable en la nueva situación social y política: «Es evidente, por otra parte, que hasta el momento actual la Segunda Enseñanza está nutrida en su totalidad por niños pertenecientes a la clase media, que no ha pisado la Escuela Nacional. Y como en ésta hay alumnos cuyas condiciones psíquicas les permitirían acometer con éxito estudios superiores, es conveniente solicitar la creación de escuelas preparatorias a las que puedan concurrir alumnos de todas las clases sociales. Escuelas gratuitas en las que, guiados por maestros, para los cuales no pueda ser negocio el mayor número de alumnos ingresados, destaquen los mejores, y de todos ellos se tengan elementos de juicio suficientes para decidir el momento de la iniciación de los estudios secundarios, demorar esa iniciación o abandonarla si así lo acon-

---

<sup>3</sup> Artículos de Luis de Zulueta en *Libertad*, de 25 de septiembre de 1925, y en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, de 30 de septiembre de 1925.

sejan las condiciones del alumno. Para evitar esos grandes inconvenientes apuntados sería necesario que todos los alumnos que hubieran de pasar a la Segunda Enseñanza salieran de las escuelas nacionales en las cuales la oportunidad para continuar los estudios fuera decidida por la observación del alumno durante uno o varios cursos. Huir por todos los procedimientos de dar acceso a la Segunda Enseñanza a niños que durante unos meses han dirigido su actividad a la preparación memorística de un corto número de cuestiones, con ausencia total de las restantes». Después Cebrián hacía balance de la Escuela Preparatoria que desde 1920 tenía organizada el instituto en el Colegio «Gascón y Marín», a la que por falta de local sólo habían asistido unos veinte alumnos por término medio cada curso. Con el Decreto de 25 de septiembre de 1931 veía Cebrián la oportunidad de crear unas auténticas escuelas preparatorias, que recibiera a los alumnos que lo desearan, y para ello el Ayuntamiento de Zaragoza estaba dispuesto a ceder los locales para unos ciento cincuenta alumnos, que eran los que habían manifestado con instancias deseos de asistir a ellas. El alcalde y las autoridades municipales estaban deseosas de apoyar el establecimiento de dichas escuelas preparatorias, y la Junta Económica del centro ya había destinado 2.000 pesetas para materiales y gratificación de los maestros nacionales que se encargasen de impartir las enseñanzas en ellas. Con un voto de confianza del claustro, el catedrático señor García López, inspector de las escuelas preparatorias, se encargaría de redactar un proyecto de organización de la enseñanza en ellas.

La apuesta de Cebrián por las Escuelas Preparatorias, como medio de promoción educativa de las clases populares, especialmente de los más dotados de ellas, para que no se perdiera ningún talento, según la política marcada por el ministro de Instrucción Pública y maestro Marcelino Domingo, era absoluta. Cebrián se manifiesta claro y rotundo al respecto, cuando en el claustro del 29 de diciembre de 1932, el último celebrado en el antiguo edificio de La Magdalena, en la etapa republicana, cuando dice «que dada la orientación pedagógica del Gobierno de la República, sería lamentable que ante la apetencia de cultura demandada por los solicitantes de ingreso en estas escuelas (preparatorias) hubiera que caer en el extremo de recargar a los maestros en excesivo número de alumnos, o de negar las instancias presentadas, tanto más disponiendo en el nuevo edificio del instituto de magníficos locales, con servicios higiénicos y material escolar necesario». Félix García López, catedrático de Agricultura, Industria y Comercio, y también farmacéutico, que ideológicamente se situaba desde 1933 en la CEDA, fue el gran colaborador de Cebrián en lo referente a las Escuelas Preparatorias, de las que era su inspector. En aquellos momentos, el claustro del instituto hizo suyos los anhelos de su director. El mismo Allué Salvador, cuando en dicho claustro del 29 de diciembre de 1932 pidió a los diversos catedráticos y profesores del primer curso que diesen su opinión sobre los alumnos que habían pasado de las tres Escuelas Preparatorias del instituto, se manifestó entusiasmado con la labor de los tres maestros en la

preparación de los alumnos. Las tres escuelas estaban instaladas desde enero de 1932 en locales de la plaza de Santa Marta, proporcionados y mantenidos por el Ayuntamiento de Zaragoza, y eran atendidas por tres maestros: Rafael Giménez, que había sido maestro de la preparatoria del colegio «Gascón y Marín» desde 1928; Felipe Castiella Santafé, director del grupo escolar «García y Rivero» de Bilbao y «uno de los maestros más destacados del Magisterio primario», y Carmelo Fuertes Boira, maestro de la escuela del barrio de Montañana y antes director de la escuela graduada de Lécera, Zaragoza), previamente seleccionados por el señor García López, después de consultas y asesoramientos recibidos, entre maestros nacionales por su preparación y capacidad pedagógica. Sin embargo, Allué introduce algunos reparos en la selección del alumnado de las preparatorias, que en su opinión «no debe ser cuestión básica la penuria económica», y para el curso próximo considera que el Ayuntamiento «debería imitar al Instituto-Escuela, donde hay alumnos de todas las clases sociales». Allué Salvador piensa en la gratuidad «pero siempre que vaya unida al talento». De todos modos, piensa que los alumnos deberían pagar algo por las enseñanzas recibidas. En cuanto a la posible creación de una cuarta escuela preparatoria, no se opone, siempre y cuando el director y el señor García la consideren oportuna, pero de manera transitoria, hasta ver qué marcha lleva el instituto en su nueva sede. Félix García, inspector de las escuelas, se muestra totalmente de acuerdo con Allué y también piensa que los alumnos cuyas familias se lo puedan permitir deberían pagar algo por los estudios, dejando la gratuidad para los más pobres o necesitados. Según él, los alumnos deberían entrar a los siete años a las preparatorias, lo que permitiría a los maestros trabajar con ellos a lo largo de tres cursos académicos antes de pasar al instituto. Agustín Catalán elogia la labor del señor García como inspector de las escuelas preparatorias, manifiesta que la labor no ha podido ser más fructífera y que las dificultades se irán venciendo; asimismo se muestra partidario de que concurren alumnos de todas las clases sociales «y que contribuyan los unos a la enseñanza de los otros». La voz discordante la pone el señor Mendizábal, que es contrario a la apertura de más escuelas preparatorias, y critica al gobierno, pues «si extiende la segunda enseñanza para todos no hace más que crear en muchos casos un falso tipo de señorito, y esto contradice lo que hace el Gobierno cerrando Universidades». En general, el claustro se muestra de acuerdo con el funcionamiento de las preparatorias y de sus fines.

Por otra parte, Francisco Cebrián estaba muy preocupado por la organización de los estudios y la forma de enseñar en los institutos. Él desea alentar grandes cambios en todo ello, aprovechando el cambio del instituto al nuevo edificio. En una larga y meditada intervención, durante el extraordinario e importante claustro celebrado el 5 de febrero de 1932, con motivo de un posible traslado del instituto al edificio que había sido Colegio del Salvador, de los expulsados miembros de la Compañía de Jesús, al que también asistieron los

profesores auxiliares y especiales, algo infrecuente, pues sólo asistían a los claustros los catedráticos y profesores especiales, y, desde la llegada de la Segunda República, los representantes de los profesores auxiliares, Francisco Cebrián expuso cómo concebía la enseñanza en un instituto y su funcionamiento. Comenzó pidiendo a los profesores la máxima dedicación, «el sacrificio de todos, si se quiere que la Segunda Enseñanza responda a las necesidades de la población y de los tiempos». Ante esa desiderata, que podía tener distintas interpretaciones, el señor Ruiz Tapiador le rogó al director que fuera lo más explícito posible en lo que les quería decir. Cebrián se refirió a nuevas normas y procedimientos que sometía a la aprobación del claustro si se producía el traslado del instituto al edificio de los jesuitas. Con toda claridad manifestó lo siguiente: «Es notorio, y la experiencia nos lo ha demostrado, la necesidad de dividir las clases, el excesivo número de alumnos hace infructuosa la labor docente, aún con el máximo celo por parte del profesor, pero también es necesario que este exceso de trabajo sea retribuido en la debida forma. Una vez sentado eso, a lo que creo nadie se oponga, quiero hacer constar, y a eso aludía con la palabra sacrificio, que cada catedrático debe obligarse a un mínimo de trabajo que estima deber ser de dos horas de clase (diarias), pudiendo intensificarse, y este exceso retribuido hasta cuatro con clases prácticas, intervención en las permanencias voluntariamente...» Es decir, la propuesta era que los catedráticos impatiesen doce horas de clase semanales, en los seis días lectivos, pues entonces también lo era el sábado. Cebrián dice que es consciente que puede recomendar ese sacrificio, pero no obligar, y que antes de emprender un nuevo rumbo en el centro «quiere saber hasta dónde llegan sus posibilidades y en consecuencia de los claustros, su conformidad o disconformidad en lo hechos expuestos». Los señores Amador y Temprano manifiestan que están dispuestos a colaborar con el máximo esfuerzo, y que suponen que también lo harán el resto de claustros, por lo que considera Temprano que no procede una votación sobre el particular. Cebrián le responde que «jamás enturbió su ánimo la menor sospecha en el sentido que expone el señor Temprano, y que la consulta en cuestión obedece única y exclusivamente a razones de edad, condición física, etc., muy justificadas, para no comprometerse a una labor que supone algún esfuerzo». Sin duda, Cebrián estaba pensando en catedráticos ya mayores, como Mendizábal, Prieto, Catalán o Ruiz Tapiador, con más de sesenta años.

Seguidamente, Cebrián es rotundo y claro en la advertencia que hace al claustro: el Instituto de Segunda Enseñanza de Zaragoza corre el peligro, «caso de no cambiar radicalmente los procedimientos pedagógicos, de hallarse, muy posiblemente, frente a un Instituto-Escuela». Y es que en el Ministerio de Instrucción Pública, del que era titular el socialista Fernando de los Ríos, estaba sopesando la decisión de crear institutos-escuela en importantes capitales de España, a imitación del de Madrid. Se llegaron a crear los de Barcelona y Valencia, barajándose la posibilidad de establecerlos en Sevilla y Zaragoza, que,



al final no fueron institutos-escuela, sino institutos normales. Por eso lo decía Cebrián, como aviso por una posible competencia. El catedrático de Física y Química manifiesta su oposición a los cambios que se pretenden en el Instituto, y «entiende que la creación de un Instituto Escuela sería altamente beneficioso para la ciudad»; no lo decía porque estuviese de acuerdo con ese tipo de centro, sino porque él no estaba dispuesto a cambiar nada. Su posición era, sin duda, opuesta a cualquier cambio. En cambio, los señores Mendizábal, Catalán y García, se manifestaron favorables a la propuesta del director, por lo que el claustro decidió «colaborar con todo entusiasmo y aceptar como minimum de trabajo, cada catedrático, las dos horas propuestas por el director». El catedrático de Lógica y Psicología, Agustín Catalán, padre del ilustre científico Miguel Catalán, conocía por su hijo y por su nuera, Jimena Menéndez Pidal, el buen funcionamiento del Instituto-Escuela de Madrid, del que ambos eran profesores y, aunque mayor, simpatizaría con los cambios pedagógicos llevados a cabo en ese centro modelo. El profesor especial de Educación Física, señor Baeza (padre), manifiesta que «con todo entusiasmo colaborará en la nueva estructuración del Instituto». Cebrián agradeció a todos ellos su colaboración, y acabó su intervención «manifestando que, según el nuevo régimen del Instituto, los auxiliares estarán obligados a dos horas semanales de trabajo, siendo retribuido el exceso en la forma que se acuerde». El auxiliar de Ciencias, señor Gómez Lafuente, estando de acuerdo con lo dicho, hace constar que se duplicaría el trabajo de los auxiliares, que pronto harían llegar a la dirección sus reivindicaciones laborales y salariales. En enero de 1933, una disposición ministerial estableció para los auxiliares seis horas semanales de clase obligatorias.

### La nueva sede del instituto y la denominación de Instituto «Goya» (1933)

Anteriormente ya se ha comentado cómo la edificación de un nuevo edificio para el Instituto de Zaragoza en un solar cercano a la Estación de Ferrocarril del «Campo de Sepulcro», con proyecto del arquitecto Regino Borobio, había sido desechada por las nuevas autoridades republicanas, pues eran partidarias de la creación de más institutos y más pequeños. En los claustros del 17 y del 26 de noviembre de 1931 el director dio cuenta de las gestiones realizadas con el político zaragozano Manuel Marraco, diputado de las Cortes Españolas por el Partido Republicano Radical, para la cesión del antiguo convento de carmelitas calzados y por entonces cuartel de infantería del Carmen, situado junto a la Puerta del Carmen, en la calle de la Soberanía Nacional (Capitán Portolés), para instalar en él el Instituto de Zaragoza, dejando su espacio en el antiguo edificio de la calle de la Universidad a la Escuela Normal de Maestros, que necesitaba ampliar sus instalaciones. Requería que el claustro del centro lo solicitase al Ministerio de Instrucción Pública por escrito, y esa solicitud, preparada previamente por el director, «mereció la aprobación unánime de todos por el admirable trabajo realizado por el señor Cebrián».

Pero las circunstancias políticas hicieron cambiar el rumbo de esa empresa. Decretada el 23 de enero de 1932 la supresión de la Compañía de Jesús de España, y la expatriación de sus miembros, por el artículo 26 de la nueva Constitución aprobada el 9 de diciembre de 1931, el edificio de su colegio de El Salvador pasó a propiedad del Estado. En febrero Cebrián ya había hecho gestiones para situar el Instituto de Zaragoza en ese edificio (Claustro de 5 de febrero de 1932). Esas gestiones culminaron con éxito, pues una Orden del 11 de abril de 1932 (*Gaceta* del 19 de abril de 1932), determinaba que el Instituto de Zaragoza se trasladase en su día al antiguo Colegio del Salvador, de la disuelta Compañía de Jesús. Pero, entre tanto se producía ese traslado, un Decreto del Ministerio de Instrucción Pública del 23 de julio de 1932 (*Gaceta* del 5 de agosto de 1932), creó un nuevo Instituto de Segunda Enseñanza en Zaragoza. De inmediato un oficio del subsecretario del Ministerio quería oír al claustro del instituto, como era prescriptivo, sobre si había local para establecer el nuevo instituto que se acababa de crear y, en caso contrario, que dijese qué asignaturas deberían desdoblarse y cómo hacerlas. Puesto que debían de contestar antes del 20 de agosto, Cebrián, en medio del período de vacaciones, tuvo que convocar claustro extraordinario, que se celebró el 15 de agosto. Asistieron, además del director y el secretario Ibarra, los señores Amador, Ruiz Tapiador, García, Temprano, Cidón, Herrero, Bayona, Gómez Lafuente y Górriz, excusándose los señores Mendizábal, Prieto, Allué y Catalán, adhiriéndose a los acuerdos que se tomaran. El claustro, por unanimidad, manifestaba que en Zaragoza no había local donde instalar el nuevo instituto, pues el existente tenía que trasladarse al antiguo Colegio de la Compañía, y el local que éste dejaba lo ocuparía, por orden de la Superioridad, la Normal de Maestros. Asimismo, se acordó el desdoblamiento de las clases, teniendo en cuenta que los cuatro primeros cursos eran los más recargados, y se interesaba al subsecretario para que se nombrasen nuevos catedráticos de Matemáticas, Geografía e Historia, Lengua y Literatura Castellanas, Latín y Francés, así como un profesor de Gimnasia, un mecanógrafo y tres bedeles más de los actuales. Además, se pedía al subsecretario para llevar al Colegio del Salvador las enseñanzas de los tres primeros cursos de Bachillerato «pues en el edificio actual es imposible organizar la vida escolar, no ya con normas de eficacia pedagógica, sino carente de normas higiénicas» (Claustro del 15 de agosto de 1932).

El comienzo del curso académico 1932-1933 fue muy complicado «por el número de secciones en que se han dividido las enseñanzas y la coordinación de horas y personas». De esa labor se encargaron los señores Allué y Temprano (Claustro del 14 de octubre de 1934). Estaban, pues, todavía en la sede de la vieja Universidad como piojos en costura, mientras a marchas forzadas se preparaba el traslado al nuevo edificio del antiguo colegio de los Jesuitas. A los profesores auxiliares, con los desdoblamientos de grupos, les había aumentado la docencia, y estaban muy preocupados por las retribuciones que deberían recibir,

lo que manifestaron en un tenso y agitado claustro del 14 de octubre. Los auxiliares Gella, Bayona, Gómez Lafuente y Gascón de Gotor expresaron su malestar y sus dudas al respecto de sus cometidos y de las retribuciones de las clases que iban a impartir con los desdobles de los cursos. Los auxiliares querían que las clases se las retribuyera directamente el Estado, y no con el presupuesto del centro. El director, a petición del señor Gascón de Gotor, leyó el artículo 11 de la Legislación de Instrucción Pública referentes a la Segunda Enseñanza, sobre la función de los profesores auxiliares: «Desempeñar las clases que se le confíen por ausencia o enfermedad del profesor titular de la sección o secciones de alumnos que le encomienden; asistir a las prácticas de laboratorio y preparación de gabinete, y auxiliar al titular siempre que éste le encomiende lo necesario». Con ello se abrió una fuerte controversia. Catalán, catedrático de Psicología y Lógica, manifestó con toda claridad que si un auxiliar tuviera a su cargo una sección «tendría todas las atribuciones de los catedráticos y, consecuencia de ello, los claustros se verían privados de los auxiliares en sus funciones propias». Es decir, los auxiliares dejarían de serlo para ser titulares. El secretario Ibarra también mostró su desagrado por la postura de los auxiliares, que habían estado en todo conformes con los acuerdos de la junta económica que, como añadió el señor García López, ya había destinado 7.000 pesetas para pagarles las clases, en el caso en que no les retribuyera el Estado. García, en actitud conciliadora y para su mayor contento, sugirió que al desdoblarse las cátedras se encargasen de las disciplinas correspondientes aquellos auxiliares que estuvieran interesados, con lo que Catalán estuvo de acuerdo. Allué intervino para pedir serenidad, al margen de personalismos y de recelos, «que no tienen justificación en un Claustro donde siempre hubo la mayor armonía». Los ánimos se templaron, y los tres auxiliares de Ciencias se pusieron a disposición del director, y éste preguntó a cada auxiliar cuáles eran sus disposiciones horarias para impartir clases, que fueron entre una y dos horas diarias. Antes de terminar ese claustro, el señor Allué Salvador, visiblemente emocionado, pronunció unas sentidas palabras ante la posibilidad que ese fuese el último claustro que se celebrase en ese edificio de la antigua Universidad, que había sido su sede desde la creación de los primeros institutos de Segunda Enseñanza en 1845. Evocó «su historia, de los hombres ilustres que por él desfilaron, de los hechos que en él tuvieron lugar», y declaró sentirse orgulloso de haber pertenecido a ese centro, como alumno y como profesor. El director, señor Cebrián, recogiendo el sentir del claustro, se adhirió al sentir del señor Allué, manifestando que esperaba «de todos ante las nuevas orientaciones de la enseñanza una cooperación eficaz, mantenida siempre en el seno de la máxima cordialidad y del máximo entusiasmo».

No fue el último claustro en la sede de la calle de la Universidad, pues hubo otros dos claustros más, el 29 de octubre y el 29 de diciembre, del instituto denominado provisionalmente A. Algunas obras de acondicionamiento del antiguo Colegio de El Salvador continuaron entre octubre y diciembre de 1932. En

enero de 1933 se produjo el traslado del Instituto A de Zaragoza a su nueva sede, quedando en la antigua sede el Instituto B, que por decreto del 13 de enero de 1933 (*Gaceta* del 22 de enero de 1933) pasaron a denominarse Instituto «Goya» e Instituto «Miguel Servet», respectivamente. Ambos eran de educación mixta. Los profesores del antiguo Instituto de Zaragoza pasaron al «Goya», mientras que el claustro del «Miguel Servet» se fue configurando progresivamente con los nuevos catedráticos llegados por concurso de traslados y por profesores procedentes de los Cursos de 1933.

El primer claustro que el nuevo Instituto «Goya» celebró en su nueva sede fue el celebrado el 25 de enero de 1933, en el que el director dio lectura al decreto que denominaba a los dos institutos «Goya» y «Miguel Servet», felicitando a los claustres por el éxito de la empresa de traslado e instalación del instituto. Curiosamente sólo asistieron a ese primer claustro, además del director Francisco Cebrián y del secretario Rafael Ibarra, los catedráticos Mendizábal, Catalán, Amador, Prieto, García, Temprano y Cidón. No asistió ninguno de los representantes de los auxiliares. Ibarra solicitó del claustro que constase en acta el agradecimiento al señor Cebrián por las gestiones realizadas para la creación del Instituto «Goya», y así se acordó.

En el claustro celebrado el 15 de marzo de 1933 el director dio lectura al acta de separación de los dos institutos zaragozanos, «Goya» y «Miguel Servet», que desde entonces hasta la actualidad tendrían su propia andadura y su propia historia. El acta estaba firmada por los señores Francisco Cebrián y Cristóbal Pellejero, directores de ambos centros, y los secretarios respectivos, Rafael Ibarra y Ángela García de la Puerta.

Durante el verano de 1933 se realizaron algunas obras en el edificio del Instituto «Goya», proyectadas y dirigidas por el arquitecto Regino Borobio, de las que daba cuenta el director en el claustro del 24 de septiembre, así como de que estaban a punto de concluir. Se había hecho un vestíbulo nuevo y funcional, dentro del racionalismo, biblioteca, algunas aulas nuevas, servicios sanitarios, etc. Además, puesto que el edificio ya era del Estado, se procedió a desprecintar la antigua capilla del antiguo Colegio del Salvador, y ello se realizó en presencia del catedrático de Derecho Canónico de la Universidad de Zaragoza, Juan Moneva Puyol; de un notario; de una representación de la Sociedad de Instrucción Católica, creada por los jesuitas extintos, que se decía propietaria del edificio; de un representante del obispado de Huesca, pues el centro estaba en la demarcación de la parroquia de Santa Engracia, perteneciente entonces a la diócesis oscense, y del señor Cebrián como director del Instituto «Goya». Al representante del obispado se le entregaron los objetos de culto y todo lo que a juicio del catedrático de Derecho Canónico podría serlo. Esa capilla, según el representante del obispado, no podría dedicarse a otra función que la religiosa, a no ser que se hiciese ceremonia de execración, y en caso contrario

se atenderían a las sanciones canónicas correspondientes. Cebrián preguntó que cuáles eran esas responsabilidades, a lo que de hacerlo todas serían suyas como director. Cebrián dijo al claustro que «satisfizo un deber de conciencia, porque para él todas las ideas son merecedoras del máximo respeto» (Claustro de 24 de septiembre de 1933). Con esa frase Francisco Cebrián se manifestaba acorde con el pensamiento de Francisco Giner de los Ríos y con el de su cuñado Luiz Zulueta.

También tuvo consecuencias económicas serias una fuerte granizada que cayó sobre Zaragoza, y que causó una auténtica catástrofe, pues rompió muchos de los cristales de las ventanas del edificio, calculándose el valor de los que hubo que reponer en 6.225 pesetas. Cebrián escribió al subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública en demanda de ayuda económica, y éste se comprometió a reponer esa cantidad para no crear problemas económicos al centro.

Durante el verano de 1934 se harían nuevas obras en el Instituto «Goya», como la pavimentación del gimnasio o el aislamiento, con una verja, del patio de recreos con respecto a otro patio que daba a las cocinas.

### El profesorado del Instituto «Goya» durante los años de la Segunda República

El Instituto «Goya» mantuvo prácticamente el mismo plantel de catedráticos, profesores especiales y profesores auxiliares que en los últimos años de la monarquía. Solo al final del período (1935-1936), se producirían algunas jubilaciones y llegadas de nuevos catedráticos por concurso de traslados. El profesorado era por lo general mayor, con una media de edad de unos cincuenta años.

Había diez catedráticos numerarios: Adoración Ruiz Tapiador (1871-1941), que había llegado en 1907, y Francisco Cebrián Fernández de Villegas (1886-1958), llegado en 1917 del instituto de Huesca, y director del «Goya» entre 1931 y julio de 1936, eran los dos catedráticos que había de Matemáticas. El catedrático de Física y Química era Pedro Prieto Martín, llegado en 1919 y que en el verano de 1935 pidió la excedencia por problemas de salud. El catedrático de Ciencias Naturales eran Rafael Ibarra Méndez (1895- h. 1975), que obtuvo por oposición la cátedra del instituto de Osuna en 1928 y por traslado la del instituto de Zaragoza en abril de 1930. El catedrático de Agricultura, Industria y Comercio era Jerónimo Félix García López (1887-1957), también farmacéutico de profesión, con botica en el Coso bajo, llegado en 1923 procedente del instituto de Huesca y que años después sería director del instituto. El catedrático de Lengua y Literatura era Miguel Allué Salvador (1885-1962), llegado en 1914, que había sido director entre 1919 y 1931 y lo volvería a ser entre septiembre de 1936 y 1940. El catedrático de Geografía e Historia era Juan Fernández Amador de los Ríos (1874- h. 1943); había llegado en 1916, se había trasladado a Barcelona en septiembre de 1919, pero había retornado nuevamente en sep-

tiembre de 1921 al instituto de Zaragoza, después de una conflictiva etapa en Barcelona. El catedrático de Lógica y Psicología era Agustín Catalán Latorre (1869-1939), llegado hacia 1905 y padre del eminente científico aragonés Miguel Catalán. El de francés era Tomás Mendizábal (1866-?), llegado en 1919 al centro y que se jubiló en mayo de 1936. El catedrático de Latín era Benjamín Temprano y Temprano (1894-1975), sacerdote secular, que había llegado por permuta en 1924 del instituto de Baeza (Jaén). La mayoría de ellos sobrepasaban los 50 años o estaban ya próximos a esa edad. Los más jóvenes eran Ibarra y Temprano, que todavía no tenían 40 años.

Profesor especial numerario de Dibujo era Francisco Cidón Navarro (1871-1943), llegado desde el instituto de Tarragona en 1924, y destacado crítico de arte, que firmaba sus críticas en la revista *Aragón* del SIPA con el seudónimo de «Zeuxis». Profesor especial no numerario de Educación Física, desde hacía años y hasta su jubilación en marzo de 1936, era Eduardo Baeza padre.

Los profesores auxiliares numerarios eran ocho, tres de Ciencias, cuatro de Letras y uno de Dibujo. Auxiliares de Ciencias eran: Julio Bayona Minguella, desde 1920; Gaudencio Gella Ruiz, desde 1915; y Pedro Gómez Lafuente, auxiliar desde 1927, y que desde 1917 era también profesor numerario de Ciencias de la Escuela Normal de Zaragoza, además de secretario de la Oficina-Laboratorio de Orientación y Selección Profesional, creada por el gobierno de la República. Los auxiliares de Letras: Félix Górriz Heredia; Gerardo Mendiri Tabuena, desde 1920; Manuel Abizanda Broto, auxiliar desde 1922 y que era también archivero municipal del Ayuntamiento de Zaragoza desde 1928; Anselmo Gascón de Gotor y Giménez, desde 1931, y también era profesor numerario de Pedagogía de la Escuela Normal de Zaragoza. El auxiliar de Dibujo, llegado al centro en 1934, era el valenciano Rafael Asensi Carrillo. En cuanto a la edad, junto a auxiliares ya mayores, como Bayona, Gella, Mendiri, Abizanda o Górriz, que superaban los sesenta años, estaban los que tenían en torno a cuarenta años, como Gómez Lafuente, Ferrer, Gascón de Gotor o Asensi. Después había una serie de ayudantes meritorios sin sueldo, tanto de Ciencias como de Letras, algunos de los cuales (Luis Ferrer Navarro, Emilio Sanz Ronquillo, Juan Fernández Avellán, José Luis Rodilla, o Carmen Alquézar Alquézar) que llegarían a auxiliares o adjuntos numerarios del Instituto «Goya» una vez terminada la Guerra Civil.

Ideológicamente, el claustro de profesores era conservador y claramente simpatizante de los partidos de la derecha. El director, Francisco Cebrián, que simpatizaba por formación intelectual y vínculos familiares (Besteiro, Zulueta) en la izquierda moderada, era una excepción. Claramente conservadores eran Mendizábal, Prieto o Allué, que no tuvo actividad política que conozcamos durante la Segunda República, si bien debía de simpatizar con la CEDA. También en el entorno social-católico y de la CEDA se moverán Félix García,

el sacerdote Benjamín Temprano y Ruiz-Tapiador. De talante liberal-conservador eran Catalán, Cidón o Fernández Amador de los Ríos. En posiciones más centristas se ubicaban el joven catedrático de Ciencias Naturales y secretario del instituto, Rafael Ibarra, así como el auxiliar Anselmo Gascón de Gotor, que por una noticia reflejada en *Heraldo de Aragón* en 1933 sabemos que eran dirigentes en Zaragoza del pequeño Partido Republicano Progresista, creado en 1932, cuando se rompió Derecha Liberal Republicana, con la facción que siguió al presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora; es decir republicanos católicos y posibilistas, de centro-derecha. Manuel Abizanda y Broto debía de simpatizar con el republicanismo moderado, por la depuración que sufrió al comenzar la guerra.

### El crecimiento del alumnado del instituto durante los años de la Segunda República. Las dependencias del centro. Actividades e incidencias

Desde el curso 1931-1932, primero que corresponde a un gobierno republicano, se apreció un acusado aumento del alumnado del instituto de Zaragoza y, desde 1933 Instituto «Goya», y ello fue debido a los cambios importantes introducidos por los ministerios de Marcelino Domingo (PRRS) y de Fernando de los Ríos (PSOE), en los dos primeros años del gobierno republicano de izquierdas. El impulso de las Escuelas Preparatorias, de las que llegó a haber en Zaragoza cuatro dependientes del instituto, con unos ciento cincuenta alumnos; la labor de los maestros y de los inspectores para que, como había transmitido Marcelino Domingo, no se perdiera ninguna cabeza por falta de medios económicos; la concesión de bastantes matrículas gratuitas; el apoyo a los alumnos «seleccionados», que destacaban por su capacidad y brillantez académica, a los que se ayudaba e incentivaba durante los estudios del Bachillerato y se encauzaba para proseguir sus estudios posteriores en las Escuelas Normales de Maestros o a la Universidad; abrió el camino del Bachillerato a sectores populares de la sociedad y no sólo de las clases medias. Como siempre habían querido los miembros de la ILE, y defendía Francisco Cebrián, la enseñanza en los institutos debía ser interclasista y abierta a toda la sociedad. El Instituto «Goya» tenía en el curso 1934-1935 unos mil alumnos oficiales.

Los primeros cursos del Bachillerato pronto se vieron desbordados de alumnos. Pensemos que hasta 1931 solía haber un grupo de alumnos por curso, con 100 alumnos cada uno, e incluso más. Las nuevas autoridades educativas, haciéndose eco de las demandas de los profesores, consideraron totalmente antipedagógicos grupos tan numerosos, y decretaron el desdoblamiento en secciones, no superiores a 50 alumnos, cada uno de los cursos numerosos. Ya en octubre de 1931 se procedió a desdoblar los cursos, encargando la docencia en esos grupos desdoblados a los profesores auxiliares. Se comenzó con el primer curso y el segundo, y se fue ascendiendo en el desdoblamiento. En el curso



académico 1933-1934 había doce grupos, distribuidos de la siguiente manera: cuatro secciones de 1.º Curso, tres secciones de 2.º, dos secciones de 3.º, y los cursos 4.º, 5.º y 6.º de Bachillerato estaban en grupo único. En el curso académico 1934-1935, hubo catorce grupos: tres secciones de 1.º; tres secciones de 2.º; tres secciones de 3.º, que seguían el Plan de 1934; dos secciones de 4.º; una sección de 5.º, y dos secciones de 6.º Curso, que seguían el Plan de 1903. En el curso académico 1935-1936 los cursos y sus catorce secciones se distribuían de la siguiente forma: tres secciones de 1.º; tres secciones de 2.º; tres secciones de 3.º; dos secciones de 4.º; dos secciones de 5.º, y una sección de 6.º. Téngase en cuenta que desde el curso 1932-1933 había otro instituto en Zaragoza, el «Miguel Servet», también mixto como el «Goya», y que si bien contaba con un elevado número de alumnos, no era tan numeroso como este último.

Los alumnos «seleccionados», todos ellos de familias humildes, después de realizar un test de alto coeficiente intelectual en el Laboratorio de Orientación Profesional y demostrar su brillante rendimiento académico, eran becados por el Estado y gozaban de matrícula gratuita y nada menos que de 30 duros (150 pesetas) de asignación mensual mientras estudiaran el Bachillerato. En el «Goya» había catorce alumnos «seleccionados» en el curso 1933-1934. En el informe de aprovechamiento académico fueron calificados de «muy buenos» los alumnos Plácido Castañer Margelí, Nicolás Giménez Domínguez, José Lorén Esteban, Carmen Llopart Quesada, Pablo Mateo Merodio, Francisco Sánchez Castillo y Justo Luis Tabuena Orallo (Claustro de 7 de julio de 1934). La alumna «seleccionada» Carmen Llopart Quesada, de familia humilde del Arrabal, fue propuesta como alumna seleccionada para pasar a cursar los estudios de Magisterio en la Escuela Normal (Claustro de 29 de junio de 1935). El alumno «seleccionado» Santiago José Lorén Esteban, afamado médico ginecólogo y novelista recientemente fallecido, hijo de un oficial de obrador de pastelería que vivía en la calle de San Pablo, al terminar el Bachillerato en junio de 1936 solicitó del claustro del instituto un informe favorable para disfrutar de la condición de seleccionado en los estudios de Medicina que iba a emprender, pero que la guerra cortó. El claustro, reconociendo sus excelentes cualidades intelectuales y sus brillantes calificaciones, acordó «por unanimidad proponer a Santiago José Lorén para seleccionado» en los estudios universitarios (Claustro de 25 de junio de 1936).

Lorén refleja el ambiente de esos años del Bachillerato en el Instituto «Goya» y en el internado del mismo en su novela autobiográfica *Memoria Parcial*, con la que fue finalista del Premio Espejo de España en 1978. En ella vierte opiniones personales sobre algunos de los catedráticos del centro que fueron profesores suyos. Resalta al admirado intelectual y humanista Francisco Cebrián, «cada vez más sombrío y triste» en los albores de 1936, conforme se acercaban las elecciones de febrero de 1936. También al brillante Miguel Allué Salvador, muy bien considerado por los alumnos, que «con su retórica de antiguo tribuno monárquico nos enseñaba una literatura sugestiva y muy asimilable», único

profesor que usaba birrete y que desde finales de 1935 «se había vuelto extremadamente irascible», debido a las circunstancias políticas. Félix García, catedrático de Agricultura, Industria y Comercio, era «el coco de sexto curso por su severidad salida de tono», que era un «cedista fanático». Ninguna simpatía manifiesta Lorén hacia el sibilino Benjamín Temprano, «el cura de Latín al que todos teníamos atravesado, que pasaba lista todos los días de huelga de la FUE, y no los días de huelga de los tradicionalistas». Fernández Amador de los Ríos, el catedrático de Historia, «no se enteraba de nada, porque vivía permanentemente en el siglo XIII». Mendizábal, el catedrático de Francés, es recordado por «esa sardónica forma tan suya de decir las cosas sin importarle un pimiento de todo». Don Adoración Ruiz Tapiador, el otro catedrático de Matemáticas, «preguntaba como si estuviera juzgando a criminales, pero pronto nos dimos cuenta de que era un bendito».

Por lo que se refiere a las instalaciones, las estrecheces y la falta de espacio del viejo local de la calle de la Universidad, que formaba parte de un mismo edificio con las Facultades de Filosofía y Letras, de Derecho y de la Normal de Maestros, fueron grandes hasta que la sede del ya Instituto «Goya» se trasladó a comienzos de enero de 1933 al antiguo Colegio del Salvador, de la extinta Compañía de Jesús, en el llamado Ensanche de Zaragoza, en la actual plaza de Basilio Paraíso y arranque del paseo de la Constitución, en el solar actualmente ocupado por la sede de Ibercaja y su entorno.

En esa nueva sede, además de todas las aulas necesarias para los catorce grupos y secciones (seis aulas capaces para 60 alumnos y otras diez aulas con una capacidad de 50 alumnos), el Instituto «Goya» contaba con un laboratorio de Historia Natural capaz para 25 alumnos; un laboratorio de Física capaz para 30 alumnos; un laboratorio de Química capaz para 25 alumnos; un pequeño laboratorio de Psicología para 6 alumnos; una sala de trabajos de Literatura para 14 alumnos; una sala de Dibujo para 100 alumnos; una Biblioteca escolar amplia; una clase de labores; una capilla desacralizada y el magnífico Museo de Historia Natural, organizado por el catedrático Rafael Ibarra entre 1933 y 1936 con los importantísimos fondos del instituto y los que habían dejado los jesuitas de su colegio (fondo del Padre Longinos Navas), y que ya estaba dispuesto en la primavera de 1936 para ser inaugurado, algo que no llegó a producirse oficialmente por el estallido de la guerra.

En octubre de 1934, tras las reformas correspondientes, empezó a funcionar el Internado del Instituto para alumnos de fuera de Zaragoza que estudiaban en el centro y también de la ciudad, pues también había medio pensionistas y vigilados. Lo dirigió con mano férrea el catedrático de Latín Benjamín Temprano, que se ofreció a ello por haber perdido en el Instituto las clases de latín, suprimidas en el nuevo plan de estudios del Bachillerato, y porque estaba, evidentemente, soltero. Él se encargó también de redactar su reglamento de funciona-

miento. Contaba con habitaciones individuales para los alumnos mayores, y dormitorios colectivos para los alumnos de los primeros cursos y otros que lo desearan, comedor con mesas de cuatro, cocina, baños y duchas, enfermería, sala de estudio, sala de recreo, etc., en el mismo edificio del antiguo colegio del Salvador. Debía de haber un centenar de alumnos internos, a los que se les controlaba el estudio y se les dejaba salir los domingos y días festivos, en función de sus resultados académicos. Estuvo abierto dos cursos académicos, 1934-1935 y 1935-1936. Los precios de la pensión y estancia para los internos iban desde las 180 pesetas para los alumnos de habitaciones individuales a las 140 pesetas de los alumnos de los tres primeros cursos de Bachillerato, y los de Preparatoria 110 pesetas, los mediopensionistas pagaban de 55 a 80 pesetas, y los alumnos vigilados 15 pesetas, además de 12 pesetas anuales en concepto de calefacción y otras 15 por menaje escolar. Los precios resultaban caros, cuando el precio medio en los colegios era de unas 120 pesetas, por lo que hubo quejas de algunos padres. A propuesta de Temprano se incluyó en el precio asistencia médica, lavado de ropa, excursiones y otros conceptos que dulcificasen esa cantidad.

En esos años el Instituto «Goya» promovió una serie de actividades extraescolares de indudable trascendencia para los alumnos, desde excursiones y conferencias a la práctica del canto en la escolanía que se creó en él. En abril de 1933 los alumnos de los últimos cursos del Bachillerato, acompañados por los profesores Allué, Temprano, Ibarra y Cidón, visitaron Fuendetodos, el pueblo natal de Goya (Revista *Aragón*, 92, mayo de 1933, p. 86). Allí pudieron contemplar la casa natal de Goya, la iglesia donde fue bautizado el genial pintor y las pinturas del Armario de las Reliquias que estaba en la sacristía, bárbaramente destruidas en septiembre de 1936 por la columna anarquista de Carod que avanzaba para intentar ocupar Zaragoza al comienzo de la última Guerra Civil. Para reforzar lo visto y aprendido durante esa excursión, en mayo Miguel Allué Salvador dio una conferencia en el instituto sobre «El valor pedagógico de la vida y obra de Goya». Para los alumnos de 5.º y 6.º de Bachillerato se preparó una excursión más ambiciosa y de mayor duración, pues consistía en llevarles a un «tour» por ciudades y lugares importantes de la Antigua Corona de Aragón: salida desde Zaragoza, visitando Lérida, Poblet, Tarragona, Tortosa, Peñíscola, Castellón, Sagunto, Valencia, Teruel, Daroca y retorno a Zaragoza. Se haría con cargo a las 4.000 pesetas que el Ministerio de Instrucción Pública había concedido para tal fin. El claustro propuso para acompañar a los alumnos a los profesores Temprano, Ibarra y Cidón (Claustro de 5 de mayo de 1933).

En mayo de 1935, con las 2.000 pesetas de superávit del internado, se programaron excursiones para los alumnos de todos los cursos. Los de 3.º y 4.º de Bachillerato, acompañados por los profesores Allué y Cidón, realizaron una excursión al Monasterio de San Juan de la Peña (Claustro de 13 de mayo de 1935), de la que conserva fotografía el Instituto, y los de 1.º y 2.º visitaron con los profesores Cebrián y Fernández Amador de los Ríos los Riegos del Alto

Aragón, «que se llevó a cabo sin el menor incidente y resultando altamente provechoso para los alumnos» (Claustro de 28 de mayo de 1935). En mayo de 1936, promovida por Miguel Allué Salvador, se hizo una excursión al Monasterio de Veruela para rendir homenaje a Gustavo Adolfo Becquer, que residió un tiempo en dicho monasterio desamortizado (Claustro de 22 de mayo de 1936). En conmemoración también del tricentenario de la muerte de Lope de Vega, Allué Salvador, catedrático de Lengua y Literatura, impartió a los alumnos una conferencia con proyecciones en octubre de 1935 sobre el preclaro dramaturgo y poeta del Siglo de Oro, por lo que fue felicitado por el director y el Claustro, haciéndolo constar en acta (Claustro de 26 de octubre de 1935).

En la asignatura de Agricultura, Industria y Comercio del 6.º curso de Bachillerato se realizaban visitas prácticas a explotaciones y fábricas de Zaragoza y su entorno, de las que se encargaba el ayudante Paulino Rius Gelabert, que unos años después sería profesor auxiliar y adjunto de Ciencias del Instituto «Goya». Sabemos que se visitó la llamada «Granja Modelo», en el barrio de San José, gran centro agropecuario donde se estudiaba peritaje agrícola; la fábrica de cervezas «La Zaragozana», también entre la subida de Cuéllar y San José, en enero de 1936, o la «Harinera del Pilar», donde un alumno le gastó una broma un tanto pesada al señor Rius, «que no se enfadaba nunca», tal como describe Santiago Lorén en su novela *Memoria parcial*: «alguien le llenó el ala vuelta de su viejo sombrero borsalino con granos de trigo y de salvado, con lo que se produjo una milagrosa lluvia de cereal delante de la cara del pobre Rius cuando se quitó el sombrero para despedirse ceremoniosamente del director de la fábrica» (p. 173).

Y es que las trastadas escolares no podían faltar, y las tensiones políticas de la época tampoco. Las huelgas de los estudiantes universitarios solían alterar con frecuencia las clases en el instituto. En enero de 1934 había estallado un conflicto entre la FUE, asociación de estudiantes republicanos y de izquierda, y las asociaciones de estudiantes de la derecha (Estudiantes Católicos, Tradicionalistas, de Falange Española) por la intervención estudiantil en los claustros de la Universidad y en las juntas de Facultad. Los anti-FUE denunciaban que el gobierno republicano, que ya no era de izquierdas, sino de coalición centrista (PRR, PLD y P. Agrario), presidido por el republicano radical Lerroux, favorecía a los estudiantes de la FUE. El 31 de enero de 1934 los estudiantes contrarios a la FUE se negaron a entrar en las clases de la Normal, e intentaron que los demás les apoyaran. Hubo colisiones y golpes, y los que no querían entrar apedrearon los cristales. Ese mismo día hubo alborotos en los dos institutos, provocados por alumnos de otros centros, que querían impedir que se dieran las clases, teniendo que acudir los guardias de Asalto. El 1 de febrero hubo nuevos incidentes en la Normal y un desconocido del bloque anti-FUE hizo dos disparos con una pistola; en los institutos se dieron las cla-

ses con normalidad, pero el 2 de febrero de 1934 se suspendieron las clases en ambos institutos por los incidentes universitarios, que produjeron la detención de dos estudiantes de la Normal de Magisterio (*Heraldo de Aragón*, 2 y 3 de febrero de 1934). El rector Paulino Savirón, el vicerrector y los cuatro decanos de la Universidad de Zaragoza presentaron la dimisión al ministro de Instrucción Pública, pero éste no las admitió (*Heraldo de Aragón*, 6 de febrero de 1934). El día 6 de febrero se dieron las clases con normalidad en la Normal y en los dos institutos, pero hubo incidentes en la Escuela de Comercio (*Heraldo de Aragón*, 7 de marzo de 1934) y al continuar los incidentes el día 7, las clases se suspendieron indefinidamente. El 16 de febrero las clases se reanudaron nuevamente en la Universidad de Zaragoza (*Heraldo de Aragón*, 16 de febrero de 1934). Relata Santiago Lorén, refiriéndose a Cebrián y a Allué Salvador, que «muchas veces las aulas de los dos habían servido como refugio de escapados de una carga de los guardias de Asalto, sin que ninguno de ellos se hubiera fijado en el color de las ideas de los perseguidos», y en otro pasaje escribe: «Pardina se asombraba, o más bien se indignaba por esa actitud de don Paco Cebrián; (...) para él era una tremenda inconsecuencia que Cebrián unos días saliera capitaneando la pacífica evacuación de falangistas o tradicionalistas, y otros las de los chicos de la FUE, y de los anarquistas; si las cosas estaban muy enconadas, Cebrián nos sacaba por la puerta trasera del campo de deportes, que daba a unos descampados del paseo de las Damas» (Santiago Lorén, *Memoria parcial*, 1978, pp. 78 y 80).

En noviembre de 1934 hubo una huelga de los alumnos de 6.º de Bachillerato, es decir, los del último curso, porque estaban en contra del establecimiento del examen de ingreso a la Universidad que el gobierno había decretado en el llamado Plan de Estudios de Filiberto Villalobos. Ocurrieron pequeños incidentes, de los que Cebrián dio cuenta al Claustro (1 de diciembre de 1934), a la vez que se ofrecía desinteresadamente a ayudar a preparar a los alumnos para dicho examen, y lo hacía constar por si algunos profesores estaban dispuestos a ayudarle en la tarea. Se establecieron clases especiales de composición y redacción en Castellano, impartidas por Allué Salvador, y otra de traducción de Francés, impartida por Mendizábal, gratuitas y con asistencia voluntaria (Claustro de 5 de enero de 1935). El catedrático de Lógica, Agustín Catalán, se quejó en enero de 1935 de la conducta de los alumnos de la segunda sección de 6.º curso fuera de la clase, que le afectaba personalmente, por lo que mostró su disgusto y queja en el claustro del 19 de enero de 1935. El claustro manifestó su solidaridad con Catalán, y acordó que se les «advierta la responsabilidad en la que incurren, si no deponen su actitud respecto a los alborotos y otras formas inadecuadas con respecto al señor Catalán. En caso contrario, se aplicarán sanciones disciplinarias».

En 1935, con alumnos y alumnas del «Goya» se creó una escolanía, dirigida por el profesor ayudante Rodilla, profesor de Música con título oficial de pia-

no. Su piano de cola lo regalaría al instituto cuando se jubiló dicho profesor en mayo de 1964.

Las actividades físico-deportivas, animadas por el señor Troncoso, ayudante interino de Educación Física desde el curso 1934-1935, fueron frecuentes, con ejercicios de gimnasia, partidos de pelota, de *foot-ball*, de saltos, carreras pedestres, etc., poniendo de relieve Cebrián en el homenaje que se le rindió a Troncoso en mayo de 1935 «la gran influencia que el deporte y los juegos olímpicos tienen no sólo en la constitución física de los individuos, sino en su aspecto moral y educativo» (Claustro de 13 de mayo de 1935), frase que suena al espíritu de la ILE.

En solidaridad con el instituto de Oviedo, incendiado y destruido durante la Revolución de Asturias de octubre de 1934, los profesores del «Goya» abrieron dos suscripciones, una para su reconstrucción y otra para premiar a la Fuerza Pública (Claustro de 10 de noviembre de 1934). En carta de los profesores de Oviedo, en las que pedían solidaridad y ayuda económica, se decía que habían destruido más de 8.000 volúmenes de la biblioteca del centro, por lo que se solicitaba el envío de libros que la biblioteca del «Goya» tuviese duplicados. A propuesta de Cebrián se decide enviar obras dúplicas, y Amador de los Ríos ofreció dos ejemplares de cada una de las obras de su padre (Claustro de 5 de enero de 1935). Con la autorización del subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública se procedió al envío de libros al instituto de Oviedo (Claustro de 30 de marzo de 1935).

### El convulso curso 1935-1936

El curso académico 1935-1936 reflejó las fuertes tensiones en la vida social y política de España en ese momento, y los enfrentamientos ideológicos las reflejaban también los alumnos, especialmente después de febrero de 1936. Como relata Santiago Lorén en su *Memoria Parcial*, en esos meses previos a las elecciones ya se veía a Francisco Cebrián «más sombrío y triste», y Miguel Allué Salvador «se había vuelto extremadamente irascible». Cebrián se veía un tanto aislado en medio de un profesorado mayoritariamente conservador.

Pedro Prieto, el catedrático de Física y Química, dado su delicado estado de salud, pidió la excedencia en septiembre de 1935. Adoración Ruiz Tapiador, uno de los dos catedráticos de Matemáticas, se había ido por traslado a Madrid. Ambos se despidieron del claustro en emocionadas cartas, y éste manifestó el profundo sentimiento por sus marchas del centro. Jerónimo García, catedrático de Agricultura, presentó su dimisión como delegado de las Escuelas Preparatorias debido a su delicado estado de salud (Claustro de 1 de octubre de 1935). A propuesta del director, y elegido por unanimidad, Miguel Allué Salvador pasó a ser el delegado del Claustro en las Escuelas Preparatorias. En diciembre era Benjamín Temprano el que presentaba su dimisión como direc-

tor del Internado del Instituto. Uno de los motivos era que los profesores no entregaban a tiempo los boletines de notas de los alumnos del internado. Fueron varios los profesores que le pidieron su continuación al frente del internado, empezando por Cebrián, que hizo un elogio del catedrático de Latín y de su labor, pero él se reafirmó en su postura de dimisión (Claustro de 12 de diciembre de 1935). En el claustro siguiente, del 23 de enero de 1936, Cebrián manifestaba que Temprano había reconsiderado su dimisión, y continuaría al frente del internado, pero pedía a los profesores que «una vez que reciban los boletines de notas los lleven con la máxima claridad posible, pues entiende que esta cuestión es fundamental para la buena marcha del Internado». Todo el Claustro celebró la decisión del señor Temprano y los profesores se comprometieron a cumplir lo solicitado.

El secretario del Instituto y catedrático de Ciencias Naturales, Rafael Ibarra, fue nombrado en enero de 1936 delegado del Gobierno en la Confederación Hidrográfica del Ebro por el gobierno centrista presidido por Portela Valladares, encargado de disolver las Cortes y convocar las elecciones de febrero de 1936. Le había nombrado el ministro de Obras Públicas, Cirilo del Río, del Partido Republicano Progresista al que pertenecía también Ibarra. Dio cuenta de ello Cebrián al Claustro, «dedicándole frases de elogio y de compañerismo, y proponiendo conste en acta la satisfacción del Claustro», a lo que los profesores se adhirieron, agradeciendo Ibarra los elogios inmerecidos y poniéndose a disposición de sus compañeros (Claustro de 23 de enero de 1936). Ibarra sólo permanecería en el cargo hasta el 20 de febrero de 1936, en que se hizo cargo del gobierno el Frente Popular, vencedor de las elecciones.

En marzo de 1936 se jubiló como profesor de Educación Física Eduardo Baeza padre, médico de profesión, «agradable y dicharachero», como me lo define Federico Torralba, que fue alumno suyo en el instituto. El Claustro acordó por unanimidad que constase en acta su sentimiento, «por verse privado en lo sucesivo de tan prestigioso profesor y buen compañero» (Claustro de 5 de marzo de 1936). Le sucedería interinamente su hijo, hasta entonces ayudante gratuito, el también médico Eduardo Baeza Alegría, ya por entonces falangista, que llegaría a ser gobernador civil de Barcelona a mediados de la década de 1940, y a quien recuerda Torralba como un presuntuoso, que se creía todo un atleta, y que despreciaba a los que, como Federico Torralba, «no era un figura en las barras paralelas».

El Museo de Ciencias Naturales de Madrid regaló para el Museo de Ciencias Naturales del instituto, que Rafael Ibarra estaba organizando, una colección de insectos por mediación suya, por lo que el Claustro acordó dar las gracias al señor Bolívar, director de la institución madrileña (Claustro del 5 de marzo de 1936). En esa misma sesión Francisco Cebrián, director del «Goya», manifestó al claustro que le habían concedido el traslado como catedrático de Matemáticas



al instituto «Cardenal Cisneros» de Madrid, por lo que pronto dejaría el centro y la dirección del mismo, añadiendo que «no quería expresar todavía cuál es su estado de ánimo ante tal nombramiento, pero no puede ocultar una natural emoción al hacer esta manifestación. El tiempo que ha convivido con sus compañeros en Zaragoza le han creado afectos que no podrá olvidar». Allué Salvador felicitó a Cebrián por su merecido nombramiento, pero añadía que como catedrático del «Goya» «no le felicita, pues con la marcha del señor Cebrián perderá el Centro uno de sus más sólidos prestigios», palabras afectuosas a las que se adhirieron los demás profesores, y respondió Cebrián con agradecimiento (Claustro de 5 de marzo de 1936). También se felicitó a Francisco Cidón por su nombramiento de académico de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, mostrándole la gran satisfacción de sus compañeros claustrales.

En el claustro del 22 de abril de 1936, en un ambiente de efervescencia política, Cebrián dio cuenta del envío, por la Comisión pro Estatuto Aragonés de Autonomía que estaba actuando en Caspe, de una invitación al instituto a adherirse a tan importante cuestión política. El Claustro manifestó que, dado el carácter oficial del centro, «debe permanecer al margen de todas aquellas cuestiones que no se relacionen más o menos directamente con los problemas docentes o de cultura en general», por lo que no tomó ningún acuerdo sobre el particular. Era evidente que se intentaba por todos los medios evitar que la tensión política de la calle y del país entrase de lleno en el Claustro, en cuyo seno había discrepancias políticas evidentes.

Por entonces se sacaron en el patio de la nueva sede del instituto fotografías por cursos de todos los alumnos y alumnas, desde los de preparatorias hasta los de 6.º de Bachillerato. Las guarda el archivo del instituto. Entre los alumnos fotografiados aparece un muchachito de unos 13 años, el que después sería catedrático de Literatura y director de la Real Academia Española, Fernando Lázaro Carreter.

En mayo de 1936 le llegó la jubilación al catedrático de Francés, Francisco Tomás Mendizábal, que había llegado al «Goya» en 1919. Federico Torralba lo recuerda «con porte elegante y de posición acomodada, y que adoptaba un aire cultural francés». Cebrián leyó una afectuosa carta suya en la que daba las gracias a todos sus compañeros y se despedía con emoción. En sucesivas intervenciones, Cebrián, Allué, García e Ibarra expresaron sus sentimientos hacia un «modelo de maestros con un celo y entusiasmo hasta el último día de su actuación, ejemplo de virtud profesional, digno de imitar y compañero que supo captarse el respeto y la estimación por su conducta intachable y su bondad reconocida» (Claustro de 27 de mayo de 1936).

En el claustro del 16 de junio de 1936 el director señor Cebrián se refirió por extenso al importantísimo Museo de Ciencias Naturales que desde 1934 había

venido organizando el catedrático y secretario Rafael Ibarra Méndez con los fondos del instituto y los que tenía el extinto Colegio del Salvador de jesuitas. Cebrián dio las gracias más expresivas al señor Ibarra por su absoluta dedicación a la empresa, realizada con criterio científico y gusto, por la «improba ordenación, catalogación y colocación de etiquetas en las múltiples especies que contiene, preparación adecuada y limpieza de todos los ejemplares, sin olvidar cuadros, clasificaciones, retratos de naturalistas, láminas, muebles, vitrinas, etc.». Además, añadió Cebrián que ese museo «puede ser un medio eficacísimo para la difusión de la cultura científica en el pueblo, y para la iniciación en el amor a la ciencia en los niños de las Escuelas Públicas, a cuyo fin se piensa habilitar muchos días de visita para el público». La proyección social y la visión institucionista de la enseñanza estaban siempre presentes en las manifestaciones de Cebrián. Por ello, éste pedía que se reconociera lo hecho por Ibarra como un mérito relevante que pudiera servirle en el ascenso profesional. Todos los profesores manifestaron su entusiasmo y se adhirieron a las palabras del director dedicadas al señor Ibarra y su labor. En efecto, los seis años que permaneció Ibarra en el Instituto «Goya» fueron temendamente fecundos, y su recuerdo imborrable. Al terminar el claustro todos los profesores pasaron a visitar las instalaciones del Museo de Ciencias Naturales. Su inauguración, prevista para septiembre de ese año, ya no pudo realizarse por el estallido de la guerra civil.

En la misma sesión, el catedrático de Agricultura, Industria y Comercio, señor Félix García, pidió el mismo reconocimiento profesional para el señor Temprano, por su capacidad organizativa, por su celo educativo y su labor pedagógica en el Internado, «de modo especial en el aspecto educativo, tan de acuerdo con las nuevas orientaciones de la Segunda Enseñanza». Por unanimidad, el Claustro se manifestó a favor de la solicitud de igual reconocimiento a la labor del catedrático de Latín.

El claustro del 25 de junio de 1936 fue el último que celebraron los profesores del Instituto «Goya» antes del estallido de la guerra. Los señores Ibarra y Temprano hicieron uso de la palabra para agradecer los homenajes de que habían sido objeto en la sesión anterior.

En la misma sesión se dio cuenta de una instancia firmada por el alumno oficial de 6.º curso, Santiago José Lorén, en la que solicitaba del Claustro informe favorable para disfrutar de la condición de seleccionado en los estudios de la Facultad de Medicina que iba a emprender el próximo curso. Por unanimidad de los asistentes el alumno Lorén fue propuesto como seleccionado, reconociendo las favorables condiciones que concurrían en él.

Asimismo, el señor Allué fue comisionado para realizar los exámenes de inglés de los alumnos de 5.º y 6.º del Plan Moderno, por no haber titular de inglés en el centro.

El curso terminó con presagios de conflicto. Muchos de los profesores habían comenzado sus vacaciones cuando el 18 de julio de 1936 se produjo la sublevación de militares contra el gobierno de la República, que desencadenaría una sangrienta y fraticida Guerra Civil que duraría tres años. Francisco Cebrián había cesado como director y se había trasladado a Madrid con su familia para ocupar su nuevo destino en el instituto «Cardenal Cisneros» y domicilio. Allí le cogió el estallido de la guerra. Durante los cursos 1936-1939 estuvo encargado de organizar la enseñanza del Bachillerato en Madrid, con la escasa normalidad que permitía realizarla en una ciudad sitiada por los ejércitos de Franco. Terminada la guerra, Cebrián fue sometido a depuración y sepado de la carrera docente por las nuevas autoridades franquistas. Aunque no militó en partido alguno, el hecho de ser hombre de ideas liberales e institucionistas y ser cuñado del catedrático y destacado socialista Julián Besteiro, y del también catedrático, ministro y embajador de la República Luis de Zulueta, debieron de ser agravantes en su contra. Hacia 1943 fue trasladado forzoso al instituto «Ramón y Cajal» de Huesca, donde enseñó matemáticas y alemán. En 1947 conseguiría Cebrián su rehabilitación en la cátedra de Matemáticas del instituto «Cardenal Cisneros» de Madrid, donde se jubiló en 1956, falleciendo dos años después, en 1958. ¿Intervino Allué Salvador en favor de quien había sido su compañero catedrático en el Instituto «Goya» para que se le devolviera su plaza de catedrático en Madrid? En el actual Instituto «Goya» se recuerda a esta excepcional figura de la enseñanza con una sala de exposiciones que lleva el nombre de «Francisco Cebrián».

ENTRE TOQUES DE CORNETA, REDOBLES DE TAMBOR Y MILICIAS DE ESTUDIANTES.

EL MASCULINO INSTITUTO «GOYA» EN EL PERÍODO DE LA GUERRA CIVIL (1936-1939)

La vida académica del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza «Goya» se vio totalmente alterada durante los años de la Guerra Civil (1936-1939) por varias circunstancias. En primer lugar, sus instalaciones fueron utilizadas desde el 21 o 22 de julio de 1936 para alojar a las milicias del Requeté Navarro (carlistas) que fueron enviadas desde Pamplona por tren a Zaragoza para asegurar que Zaragoza quedaba en manos de los militares sublevados contra la República. El señor Amador de los Rios, que estaba como director accidental, había dado el permiso para el alojamiento de dichas tropas en las instalaciones. Después, en el internado, aprovechadas las habitaciones y camas, se instaló un Hospital de Sangre, donde se recuperaban los soldados heridos en el frente. Duró hasta que finalizó la guerra. Por otra parte, las enseñanzas tuvieron que convivir con el cuartel, de manera que los alumnos, a diario tenían que ver la formación de los soldados que se recuperaban de las heridas, los toques de corneta, el izado y la bajada de la bandera, el redoble del tambor y la preparación premilitar de los alumnos. Las alumnas desaparecieron del «Goya» ya

para el curso 1936-1937, pues por decisión de las nuevas autoridades educativas del gobierno de la España Nacional la coeducación era algo pernicioso, que se asociaba con la República y su política educativa, inspirada en el ideario de la ILE y, por ello, había que desterrarla de inmediato, como se hizo con un decreto de la Junta Técnica de Burgos del mes de septiembre de 1936. Así pues, el Instituto «Goya» pasó a ser instituto masculino, y seguiría siéndolo hasta 1983, y las alumnas que hasta entonces había tenido el «Goya» pasaron al Instituto «Miguel Servet», convertido en femenino.

Las nuevas autoridades nombraron director del Instituto «Goya» a don Miguel Allué Salvador, que ya lo había sido entre 1919 y 1931. Personaje destacado de la derecha zaragozana y aragonesa, había sido alcalde de Zaragoza (1927-1929) y director general de Enseñanza Superior y Secundaria a finales de la Dictadura de Primo de Rivera (1929-1930). Durante la Segunda República no tuvo Allué actividad política conocida, pero como social-católico que había sido antes de la Dictadura de Primo de Rivera era simpatizante de la CEDA. Además, a los pocos días de producida la sublevación militar había sido nombrado presidente de la Diputación de Zaragoza. Es decir, Allué Salvador era un hombre políticamente destacado en Zaragoza y en la España Nacional. En abril de 1937, cuando Franco con el decreto de unificación política en la zona «nacional» ordenó la disolución de todos los partidos políticos existentes y la institución del partido único FET y de las JONS, Allué Salvador ingresó en él.

El 7 de septiembre de 1936 se celebró el primer claustro del instituto durante el período de guerra. Lo presidió Allué Salvador. Asistieron los catedráticos Fernández Amador de los Ríos, García, Cidón, y los auxiliares Górriz, Mendiri, Gómez Lafuente, Bayona, Abizanda, Gascón de Gotor, los ayudantes Ferrer, Rius y Sanz Ronquillo, y el maestro de las Preparatorias señor Giménez. Allué hizo constar, «y el Claustro con él, que no sentía apetencia por continuar en el mismo edificio, pero que en vista de las dificultades para un cambio inmediato, había consultado con los Rvdos. Jesuitas, habiendo dado estos señores toda clase de facilidades para la continuación de las enseñanzas en dicho edificio, y así dar tiempo a ulteriores decisiones sobre el asunto». Estaba claro que el edificio acabaría, pronto, devuelto a sus propietarios, la Compañía de Jesús, para que volvieran a abrir su colegio de El Salvador. Se esperaba la incorporación de los profesores ausentes al centro para poder comenzar las clases en octubre.

En el claustro del día 19 de septiembre, Allué, que había estado en Burgos, capital administrativa y sede de la Junta de Defensa de la España Nacional, dijo que había sacado «excelentes impresiones» de su visita. Los problemas que planteaba la ocupación del centro por los soldados del Requeté para el comienzo de las clases pensaba que se superarían con la propuesta de utilización del edificio que tenía pensada. En cuanto al profesorado, se había producido la incorporación del señor Temprano, catedrático de Latín, del nuevo cate-

drático de Matemáticas, Benigno Baratech Montes, trasladado a la plaza que había dejado vacante Ruiz Tapiador, y la adscripción al centro de don José María Gallart, joven catedrático de Física y Química del instituto de Almería desde 1935, antiguo alumno y ayudante gratuito del centro, que expuso que no podría dar clases por estar militarizado, del auxiliar Mendiri y del ayudante Ferrer. No se habían incorporado todavía el secretario señor Ibarra, catedrático de Ciencias Naturales, ni el de Ética, señor Catalán, enfermo de gravedad, pero que se incorporaría en el mes de noviembre.

Al claustro del 1 de octubre, con un instituto ya exclusivamente masculino, se habían incorporado ya el secretario Ibarra, y los auxiliares Gella y Fernández Abellán. En cambio, nada se sabía del auxiliar de Dibujo, don Rafael Asensi, que moriría durante la guerra en tierras de Valencia, ni de los maestros de las Preparatorias, Castiella y Gil. Además, puesto que no podían ir a ocupar su cátedra por estar en zona republicana, fue adscrito temporalmente en julio de 1938 el señor Villagrasa, catedrático de Matemáticas del instituto de Alicante, que morirá en abril de 1939.

Allué manifestó que tendrían que convivir «con el redoble del tambor» y con un hospital de campaña. También dio cuenta del cambio de Plan de Estudios que había introducido el Gobierno de Burgos, con algunos cambios importantes en algunos de los seis cursos del Bachillerato<sup>4</sup>, en vez de los siete cursos del llamado Plan Villalobos de 1934.

Debido a las cátedras vacantes por traslado, jubilaciones o enfermedad, fue necesario nombrar un número crecido de ayudantes interinos. Entre los de Ciencias hay que destacar la presencia de la primera profesora, María Dolores Navarro Tricio, licenciada en Ciencias Químicas y que había sido destacada alumna del instituto. Además, por disposición de la Junta de Defensa de finales de septiembre, se ordenaba la vuelta a los centros docentes de profesores de Religión, materia desaparecida durante los años de la Segunda República. Por ello, se produjo la reincorporación del Rvdo. Juan Carceller Gimeno, para dar la asignatura de Religión y Moral Católica en los dos primeros cursos del Bachillerato (Claustro de 20 de octubre de 1936). También se nombró profesor de Educación Física y Educación Premilitar a Eduardo Baeza Alegría, hijo de antiguo profesor de la materia y destacado miembro de Falange, que tendría gran notoriedad política en la primera etapa del Franquismo, como ya se ha señalado. Él se encargó de la formación de milicias uniformadas, que hacían instrucción premilitar en el campo de deportes que estaba detrás del instituto.

---

<sup>4</sup> En los tres primeros cursos los alumnos estudiarían Lengua y Literatura, Ciencias Naturales, Geografía e Historia, Francés, Matemáticas y Dibujo. En 4.º estudiarían Ciencias Naturales, Matemáticas, Física y Química, Lengua y Literatura, Francés, Geografía e Historia y Latín. En 5.º, las mismas, salvo el Francés, que no se cursaba, y en 6.º, Historia Natural, Química General, Ética y Rudimentos de Derecho, y Agricultura.

En esos meses primeros de la guerra se vivía en Zaragoza, ciudad próxima al frente, un ambiente absolutamente bélico. Los muchachos convivían a diario con los miles de soldados que estaban de paso hacia el frente, o acuartelados en la ciudad, y bastantes en el edificio del instituto. En ese ambiente, no extrañó que el director, señor Allué, se hubiera entrevistado con el general de división de la plaza para organizar una fiesta patriótica organizada por el Instituto, que podría consistir en regalar una corbata a la bandera, celebrar una misa y después un desfile de milicias formadas por alumnos (Claustro de 20 de octubre de 1936). El Claustro facultó al director para su organización.

En julio de 1937 los profesores del instituto acordaron entregar el 2% de su sueldo anual para contribuir a la suscripción para la construcción del acorazado «España» (Claustro de 10 de julio de 1937).

Pronto se produjeron los primeros muertos en combate entre los alumnos del instituto: Escudero, Fiat, Heredia y Abenia. Allué quiso que constara en acta su sentimiento y el del claustro, y pidió rendir un homenaje a «estos bravos muchachos, caídos en el holocausto de la causa nacional», y proponía que, cuando acabase la guerra, se adquiriesen los retratos de todos los alumnos que rindiesen «su tributo a la muerte de modo tan heroico y digno» (Claustro de 4 de mayo de 1937). Para portarla los estudiantes, Allué propuso comprar una bandera nacional «y la tradicional con los colores propios del centro». Asimismo, en el mismo claustro se refirió al bombardeo padecido pocos días antes en Zaragoza, que dejó varios muertos, por el «criminal atentado de la aviación marxista», y pedía que constase en acta «el sentimiento del claustro por las víctimas inocentes de tal agresión causada a Zaragoza». Las clases no se podían separar, de ningún modo, de los acontecimientos y del ambiente bélico.

Puesto que la Universidad de Zaragoza y las del resto de España estuvieron cerradas y sin docencia durante los años de la guerra, algunos catedráticos de universidad fueron agregados a la enseñanza en los institutos por la Junta Técnica del Estado. Así, al «Goya», fueron adscritos en 1937 don Luis Bermejo Vida, catedrático de Química Orgánica de la Universidad Central y que había sido durante la Dictadura de Primo de Rivera alcalde de Valencia, gobernador civil de Murcia y Sevilla, y rector de la Universidad Central; don Gonzalo Salazar, catedrático de Física de la Universidad de Zaragoza, y don Ángel González de Palencia, también catedrático de Árabe de la Universidad Central.

La asistencia del alumnos, especialmente durante el curso 1936-1937, no fue todo lo regular que se hubiera deseado, y hubo incidentes de cierta seriedad, como las bombas fétidas y polvo «pica-pica» que lanzaron en la clase práctica de Matemáticas impartida por el ayudante interino gratuito, don Jesús Pinilla, a la segunda sección del tercer curso de Bachillerato en noviembre de 1936. Formado el consejo de disciplina, tras las averiguaciones oportunas, se impusieron las siguientes sanciones: al principal implicado con la pérdida del curso

en la asignatura de Matemáticas y la expulsión de dos meses del centro, con prohibición de entrar en él; a otros seis alumnos con la pérdida del derecho a examen de Matemáticas en la convocatoria de mayo y expulsión de un mes del centro, y a otros seis alumnos con la expulsión de ocho días del centro. El mismo incidente había ocurrido en clase de Francés de la primera sección del primer curso, y se sancionó con apercibimiento y expulsión de ocho días a un alumno (Claustro de 3 de diciembre de 1936). Dichas expulsiones fueron publicadas en el tablón de anuncios del centro para conocimiento de los expulsados y de los alumnos en general.

Durante los exámenes de mayo-junio de 1937 se descubrió que unos alumnos se dedicaban a sustraer libros de texto de sus compañeros, y fueron sancionados con la pérdida del derecho a examen en esa convocatoria (Claustro de 10 de julio de 1937).

A pesar de ser esos años de la guerra duros y llenos de penalidades para muchas familias, y que disminuyó el número de alumnos cursantes del Bachillerato, pasó por el «Goya» un plantel de alumnos muy brillantes, muchos de los cuales alcanzaron las cátedras universitarias unos años después. Dos de ellos, Manuel Alvar López (1923-2001) y Fernando Lázaro Carreter (1923-2004), llegaron a ser directores de la Real Academia Española. Además de éstos, ambos catedráticos de Filología, el primero en Granada y Madrid, y el segundo en Salamanca y Madrid, habría que destacar a Félix Monge Casao (1923), catedrático de Crítica Literaria de la Universidad de Zaragoza; a Joaquín Bosque Maurel (1924), catedrático de Geografía en las universidades de Granada y Madrid, o Antonio Ubieta Arteta (1923-1990), catedrático de Historia Medieval de las Universidades de Santiago, Valencia y Zaragoza. Fueron brillantes alumnos del joven catedrático de Lengua y Literatura, José Manuel Bleuca Teijeiro, también brillante exalumno del «Goya», que les dio clase de Literatura de 7.º curso de Bachillerato en el curso 1940-1941. Bleuca tendría el orgullo de dedicar, siendo ya catedrático de Literatura de la Universidad de Barcelona, tres de sus libros a tres catedráticos que habían sido sus alumnos en el «Goya»: a Alvar, a Lázaro Carreter y a Monge, como manifestaría públicamente, y en presencia de ellos, en el emotivo acto de homenaje y celebración de los cincuenta años de finalización de su Bachillerato que se les dedicó en el Instituto «Goya», a esa promoción de 1934-1941, en 1991, y en el que la lección magistral corrió a cargo del maestro don José Manuel Bleuca. Entre los alumnos que tuvieron matrícula gratuita en tercer curso, el de 1936-1937, estaban Manuel Alvar, Joaquín Bosque Maurel, y el futuro veterinario Emilio Magallón Salvo.

El proceso de represión y depuración que sufrió el profesorado al comienzo, durante y tras la Guerra Civil en la llamada zona «nacional» también afectó a algunos profesores del «Goya». José Pemartín, responsable de Enseñanza Media y Superior de la Junta Técnica de Burgos, y después director general en el pri-



mer gobierno de Franco, manifestaba en 1937 con toda claridad la desconfianza que tenían las autoridades sublevadas sobre el profesorado oficial en general, y especialmente sobre los maestros: «Tal vez el 75 por ciento del personal oficial enseñante ha traicionado –unos abiertamente, otros solapadamente, que son los más peligrosos– a la causa nacional. Una depuración inevitable va a disminuir considerablemente, sin duda, la cantidad de personal de la enseñanza oficial»<sup>5</sup>. En los cuatro institutos de la provincia de Zaragoza –«Goya» y «Miguel Servet» de la capital, y los de Calatayud y Caspe– de un total de 56 profesores, fueron confirmados en sus puestos por las autoridades franquistas 38; once fueron dados de baja en el escalafón; cuatro suspendidos de empleo y sueldo más de un año; uno menos de un año; uno trasladado forzoso, y otro inhabilitado para la enseñanza<sup>6</sup>. Por lo que respecta al profesorado del Instituto «Goya», ninguno de los profesores fue fusilado, pero algunos fueron suspendidos, depurados y sancionados. Si bien la gran mayoría del profesorado se situaba ideológicamente en la derecha, es decir, era «gente de orden», como se solía decir entonces, cinco fueron depurados y apartados temporalmente o definitivamente de sus puestos.

El primero en ser suspendido fue Luis Eulogio Ferrer Navarro (1892-1955), ayudante de Letras desde 1928, a la vez que era auxiliar numerario de Pedagogía en la Escuela Normal de Zaragoza desde 1921. Por una orden del rector Calamita del 6 de octubre de 1936 fue suspendido de empleo y sueldo tanto en la Normal como en el instituto. Esta medida fue consecuencia de las medidas tomadas contra bastantes profesores de la Escuela Normal del Magisterio Primario de Zaragoza. La Junta Técnica de Burgos levantó la suspensión en julio de 1937 para su puesto en la Normal. Allué Salvador escribió a Calamita para apoyar la reposición también en la plaza del instituto que solicitó Ferrer, manifestando Allué que «nada hubo que decir contra él, sino todo lo contrario, pues se trata de un profesor muy estimable por su competencia y por su laboriosidad, así como por sus ideas adictas al Movimiento Nacional» (expediente personal). El proceso de depuración como profesor de la Normal lo pasó Ferrer el 8 de julio de 1941, con resultado favorable, y ello era aplicable a su puesto de profesor en el instituto, donde había accedido a auxiliar de Letras el 7 de noviembre de 1940, es decir, durante el proceso de depuración. Don Federico Torralba lo recuerda de su años finales de Bachillerato como un profesor muy preparado y simpático, con el que hizo buena amistad.

<sup>5</sup> PEMARTÍN SANJUAN, J., *Qué es «lo nuevo»... Consideraciones sobre el momento español presente*, Sevilla, 1937, p. 177.

<sup>6</sup> NEGRÍN FAJARDO, O., *Los expedientes de depuración de los profesores de Instituto de Segunda Enseñanza resueltos por el Ministerio de Educación Nacional (1937-1943)*, Madrid, Departamento de Historia de la Educación y Educación Comparada, UNED. En los institutos de Aragón pasaron el proceso de depuración un total de 79 profesores, de los que fueron confirmados en sus puestos 54; dieciséis fueron dados de baja en el escalafón; cuatro suspendidos durante más de un año; uno durante menos de un año; dos trasladados de destino, y dos inhabilitados para la enseñanza.

El segundo proceso afectó al auxiliar de Letras del instituto, Manuel Abizanda y Broto (1870-?), que lo era desde 1922, además de archivero del Ayuntamiento de Zaragoza. En su caso, también las medidas sancionadoras se iniciaron en el otro puesto profesional de este destacado investigador, historiador y cronista de la ciudad de Zaragoza. El 23 de diciembre de 1936, antes de la edad reglamentaria de jubilación, fue obligado a jubilarse de su puesto de archivero por las nuevas autoridades municipales, como sanción política. En junio de 1938 se le obligó a cesar en su puesto de auxiliar de Letras del Instituto «Goya» por estar jubilado como archivero municipal, y el 2 de noviembre de 1940 se le concedió la excedencia voluntaria, que ya correspondía con la edad de jubilación (expediente personal). Un hijo de Abizanda, José María Abizanda Ballabriga, murió por causas de la guerra en julio de 1938 (Claustro de 21 de julio de 1938). Por don Federico Torralba, que lo tuvo como profesor de prácticas en el instituto y que fue compañero y conocido de su hijo Manuel, he sabido de los tres hijos de Manuel Abizanda y Broto. El mayor, José María, que fue licenciado en Historia, es el que murió en julio de 1938 o poco antes en la zona republicana, muy posiblemente fusilado, como cree Torralba, cuando se produjo la caída definitiva de la zona del Aragón Oriental en la ofensiva de los ejércitos de Franco entre marzo y julio de 1938. Era amigo de José Ignacio Mantecón Navasal, entonces militante de Izquierda Republicana y que acabó por orden del gobierno republicano con las colectivizaciones anarquistas del Bajo Aragón. El hijo mediano, Manuel Abizanda y Ballabriga, una vez finalizada la guerra, se marchó en 1941 con su padre a Argentina, de donde regresó, muerto éste, a mediados de la década de 1940. Dedicado a actividades deportivas, trabajó en el Club Natación «Helios» durante un tiempo, y tras casarse con una joven actriz zaragozana, se marcharon a vivir a Madrid. El tercero, Martín Abizanda Ballabriga, combatió en el bando nacional, donde se hizo alférez provisional; tras la guerra marchó a Madrid, donde debió de seguir la carrera militar, como hicieron bastantes alféreces provisionales. El padre, Manuel Abizanda y Broto, marchó, como se ha dicho, a Argentina en 1941, en una especie de exilio, y allí murió sin que se pueda precisar la fecha, entre 1941 y 1945, aproximadamente.

El tercer proceso afectó a otro profesor auxiliar de Letras, Anselmo Gascón de Gotor Giménez (1885-1974). Era auxiliar de Letras del instituto desde 1931 y también auxiliar de Pedagogía de la Escuela Normal del Magisterio Primario de Zaragoza. Destacado historiador e investigador de la Edad Media aragonesa, militaba en el Partido Republicano Progresista de Niceto Alcalá Zamora, presidente de la Segunda República hasta el 7 de abril de 1936. El 6 de octubre de 1936 el director Allué Salvador recibió una orden del rector de la Universidad de Zaragoza, Gonzalo Calamita, por la que se suspendía de empleo y sueldo a Anselmo Gascón de Gotor. Esa suspensión venía provocada por igual decisión sobre su puesto de profesor de la Normal de Magisterio. Allué Salvador, a través del rector, elevó en julio de 1937 consulta a la Comisión de Cultura de la

Junta Técnica del Estado en Burgos sobre la situación del señor Gascón de Gotor con respecto a su puesto en el Instituto «Goya», y el 29 de julio de 1937 se le contestó que «la separación definitiva del referido señor Gascón, en el cargo de profesor de la Escuela Normal de Zaragoza, dispuesto por Orden de la Presidencia de la Junta Técnica del Estado de 11 de mayo, afecta, asimismo, a su cargo de profesor auxiliar del citado Instituto» (expediente personal). Así pues, a diferencia de Luis Ferrer, al que se le levantó la suspensión, a Anselmo Gascón de Gotor se le sancionó con la separación definitiva de sus puestos docentes. Gascón recurrió al final de la guerra, y movió sus influencias de personas del Régimen para anular esa sanción, lo que conseguiría el 20 de diciembre de 1940, en que se decretó su reingreso en la tercera categoría de profesores auxiliares de INEM desde el 10 de febrero de 1941, pero «se le inhabilita para cargos directivos y de confianza». Gascón de Gotor había estado, pues, fuera de sus puestos docentes tres años y ocho meses. ¿Por qué Gascón de Gotor fue sancionado y no el catedrático de Ciencias Naturales Rafael Ibarra, que pertenecía al mismo partido de centro-derecha, el Partido Republicano Progresista? Aparte de por su actividad docente en la Normal de Magisterio, peligroso foco de maestros republicanos, debió pesar bastante en la sanción el hecho de que su hermano, Jesús Gascón de Gotor Giménez (1897-1936), farmacéutico y profesor auxiliar de Ciencias del Instituto de Huesca, donde impartía la asignatura de Dibujo, fuera asesinado en el linchamiento del 23 de agosto de 1936 protagonizado por destacados derechistas de Huesca. Jesús Gascón era masón, militante de Izquierda Republicana, accionista del periódico *El Pueblo* y gran amigo del que hasta abril de 1936 había sido alcalde republicano de Huesca, Manuel Sender Garcés, también fusilado junto a su esposa, Marcelle Aurat, el 13 de agosto. Tras su reincorporación al instituto, Anselmo Gascón de Gotor llegó a ocupar la cátedra vacante de Geografía e Historia entre 1944 y 1952, y sus antecedentes político-administrativos no fueron impedimento para que años después se le premiara con la concesión de distinciones culturales del régimen franquista.

El cuarto proceso de depuración con sanción afectó al maestro de la sección Preparatoria del instituto, Felipe Castiella Santafé, acusado de haber estado afiliado a la FETE-UGT, y que entre octubre de 1936 y enero de 1937 fue miembro de la Comisión Escolar de Primera Enseñanza de Caspe, en zona republicana, donde le había cogido el estallido del conflicto bélico y donde se dedicó sólo a conseguir que se abrieran las escuelas y funcionase con cierta normalidad la enseñanza. Como explica pormenorizadamente Alfonso Pérez Marqués en comunicación específica presentada a este Congreso, a la que remitimos, fue depurado en 1940 y sancionado con suspensión de empleo y sueldo durante un año y trasladado de maestro fuera de Aragón durante cinco años, con la inhabilitación para cargos directivos y de responsabilidad. El quinto proceso de depuración afectó al también maestro de otra de las Escuelas Preparatorias del

instituto, Inocencio Gil Sarría, a quien la Comisión Depuradora del Magisterio Primario le sancionó en 1940 con el traslado durante tres años dentro de la provincia de Zaragoza y a la inhabilitación para ocupar cargos públicos y de confianza, pero la Comisión de Enseñanza Media, presidida por Allué Salvador, en cambio, le confirmó en su cargo, prevaleciendo esta última decisión, con lo que no perdió su puesto en el «Goya».

En cuanto a las incidencias en el profesorado entre julio de 1936 y finales de 1939, se produjo la muerte del auxiliar de Ciencias Julio Bayona, en febrero de 1938 y en 1939 las del arriba citado señor Villagrasa y la del sacerdote Mariano Alcaine, profesor de Religión del centro.

El Plan de Estudios de seis años, adoptado provisionalmente para el curso 1936-1937, fue cambiado en 1938 por el llamado Plan de Bachillerato de Sainz Rodríguez (Ley de 20 de septiembre de 1938). Era un bachillerato uniforme, sin materias optativas, cíclico, de siete años con Reválida al final del mismo. Era concebido como conducente a la Enseñanza Superior Universitaria. Se cursaban Lengua y Literatura, Geografía e Historia, Matemáticas, Ciencias Físico-Químicas y Naturales, dos lenguas modernas, Dibujo, Religión, Educación Física y Patriótica, y se reforzaban las Humanidades con la introducción en varios cursos del Latín y del Griego. Paradójicamente, en líneas generales, salvo en la introducción obligatoria de la asignatura de Religión, coincidía con la propuesta de reforma que había hecho el ministro socialista Fernando de los Ríos en 1932, y que no se concretó. Su contenido era eminentemente católico y patriótico, pues «el catolicismo era la médula de la Historia de España»<sup>7</sup>. Ese Bachillerato duró hasta 1953, en que se implantó el llamado de Ruiz-Giménez.

En abril de 1939 la Guerra Civil había terminado con la victoria del bando nacional y de Francisco Franco. El ministro de Educación Nacional, Pedro Sainz Rodríguez, confirmó a Miguel Allué Salvador como director del Instituto «Goya», a Jerónimo Félix García López como vicedirector, a Rafael Ibarra Méndez como secretario, y Benigno Baratech Montes, catedrático de Matemáticas, fue nombrado para el cargo de interventor (Claustro de 14 de abril de 1939). El sector de la derecha católica de procedencia cedista controlaba la dirección del centro. Tres personas de la misma generación (Allué, nacido en 1885; García, en 1887 y Baratech, en 1888), y de la misma procedencia ideológica, dirigirían sucesivamente el instituto «Goya» nada menos que hasta 1958, es decir, durante la primera larga etapa de la Dictadura franquista. Rafael Ibarra, un hombre de tradición liberal, católico que había militado en el republicanismo moderado de Alcalá Zamora, se adaptaba a la nueva situación bélica y postbélica. Su eficiencia como secretario en los años de la República, colaborando con Cebrián, su

<sup>7</sup> LÓPEZ DEL CASTILLO, M.ª T., *La Inspección del Bachillerato en España (1845-1984)*, Madrid, UNED, 2000, p. 267.

gran competencia profesional y la necesidad de adaptarse a las circunstancias para sobrevivir explican que permaneciese en el cargo. Muy pronto marchará a Madrid, buscando una promoción profesional y un distanciamiento de la etapa zaragonana.

Los catedráticos de universidad Luis Bermejo y Gonzalo Salazar, que durante los años de la guerra habían enseñado Química y Física, respectivamente, a los alumnos del instituto, dejaban de prestar sus servicios por orden general y debían incorporarse a sus respectivas cátedras. El director y todo el claustro les agradeció sus servicios docentes. Benjamín Temprano, catedrático de Latín, causó baja temporal en el centro, por haber sido destinado por las autoridades educativas para organizar el instituto de Lérida. Su puesto fue ocupado temporalmente por otro sacerdote, catedrático de Latín y secretario del instituto de Teruel, Félix Lasheras Bernal, que había estado prisionero desde el 8 de enero de 1938, en que cayó Teruel en manos del ejército republicano, hasta el final de la guerra civil, primero en Rubielos de Mora y después en Valencia. El 1 de julio de 1939 se le destinó provisionalmente al «Goya», y en él permaneció dos cursos, hasta que el 1 de marzo de 1941 tomó posesión de la cátedra de Latín del INEM «Milá y Fontanals» de Barcelona, por concurso de traslados. Durante esos primeros años de las postguerra, Lasheras, que tenía carnet de FET y de las JONS, fue nombrado por el arzobispo de Zaragoza asesor religioso del partido único en la España franquista para la provincia de Zaragoza (expediente personal). También fue adscrito temporalmente, pues estaba vacante una de las dos cátedras de Matemáticas, la que había dejado Cebrián, el joven catedrático de Matemáticas José María Royo-Villanova Morales.

Por otra parte, siguiendo una Orden de marzo de 1939 referida a la entronización del crucifijo y del retrato de Franco en todos los centros de Enseñanza Media y Universidades, Allué dio cuenta de que ya se habían adquirido los crucifijos para su colocación en todas las clases y dependencias del centro, símbolos religiosos que habían sido quitados durante los años de la Segunda República. A ellos se añadiría, pocos años después, el del fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera.

En el claustro del 28 de junio de 1939 Allué, además de notificar la muerte del profesor auxiliar de Dibujo señor Asensi, al que dedicó sentidas palabras, comunicó que viajaría a América presidiendo una comisión con motivo del Centenario de la Virgen el Pilar. Era un viaje de perfil totalmente político-religioso, que se encuadraba dentro de una política de propaganda en América a favor del nuevo régimen triunfador. En su ausencia actuaría como director el vicedirector, Félix García López.

El 12 de octubre de 1939 se celebró en Zaragoza la institucionalizada Fiesta de la Raza, a cuyos actos asistió Francisco Franco y todo el Gobierno. Allué Salvador estuvo representando al Instituto «Goya» en los actos, y tuvo contacto

con el nuevo ministro de Educación Nacional, el turolense José Ibáñez Martín (1896-1969), catedrático de Geografía e Historia del Instituto «San Isidro» de Madrid, que también había venido a ver los inicios de las obras de la nueva Ciudad Universitaria de Zaragoza. Allué debía de tener buena amistad con el ministro desde los años de la Dictadura de Primo de Rivera. Ibáñez Martín, que sería ministro de Educación desde agosto de 1939 a julio de 1951, había sido miembro destacado de las Juventudes de la Unión Patriótica primorriverista, y desde 1933 a 1936 diputado de la CEDA por Murcia. A invitación de Allué, el ministro Ibáñez Martín visitó la sede del «Goya», y le aseguró al director que, debido a la necesidad de devolver su edificio a la Compañía de Jesús, el instituto se instalaría en los locales de la Escuela Industrial, en la plaza de los Sitios, «el tiempo que las circunstancias exijan» (Claustro del 18 de octubre de 1939). Es decir, el instituto dejaba el edificio del antiguo Colegio del Salvador, que era devuelto a sus propietarios, y comenzaba un viaje de retorno a su antigua sede de la vieja Universidad, con una parada temporal y de prestado en la Escuela Industrial. El ministro había manifestado en conversación con Allué que «vendrían tiempos mejores para el Instituto “Goya” y en general para la Enseñanza Media», y así lo transmitió a los profesores del centro. Como pronto se demostró, no eran más que buenas palabras ante una situación de inestabilidad para el instituto.

En ese mismo claustro del 18 de octubre de 1939, como si fuera premonitorio de su próxima marcha a Madrid, Allué Salvador quiso despedirse del catedrático Agustín Catalán Latorre, catedrático de Lógica y Psicología del instituto desde 1905, que estaba a punto de jubilarse. Estuvo presente el homenajeado, que tendría los ánimos por los suelos, pues aparte de estar enfermo estaba muy afectado por las circunstancias que vivía España, y por la situación de su propia familia, ya que su hijo, el eminente químico y antiguo alumno del «Goya» Miguel Catalán Sañudo, había sido depurado y suspendido en su cátedra de Estructura Atómico-Molecular y Espectrografía de la Universidad de Madrid, que no recuperaría hasta febrero de 1946. Allué manifestó que el acto «tenía un significado especial por tratarse de un profesor que es el último que queda de sus tiempos de alumno y a cuya clase asistió como ayudante». A esas palabras se unió el señor García, que también fue alumno de Catalán, y éste agradeció muy emocionado sus palabras. Se estaba cerrando un ciclo histórico de la historia del instituto y se había abierto otro, lleno de incertidumbres.

En octubre de 1939 se concedió el traslado provisional a la cátedra de Ciencias Naturales del instituto «Isabel la Católica» de Madrid (anteriormente el Instituto-Escuela de Retiro) al sabio profesor Rafael Ibarra Méndez, que en 1941 pasaría al instituto «Ramiro de Maeztu» de Madrid, donde su jubiló en 1965. El talante y la estela «liberal» de Catalán y de Ibarra se iban del «Goya». Había comenzado la uniformidad ideológica del profesorado español, según los principios nacionales y católicos. La depuración sistemática del profesorado entre 1939 y 1941, con fusilamientos, separaciones definitivas de la enseñanza oficial

con pérdida de la plaza docente; suspensiones temporales, traslados forzosos con descensos de puestos en el escalafón, etc., dejaría «limpios» los cuerpos docentes de rojos, liberales e institucionistas. Aquellos que fueran sancionados temporalmente o con degradación en el escalafón serían vigilados por autoridades gubernativas y académicas y, por supuesto, imposibilitados para ocupar cargos y puestos de responsabilidad docente. La adhesión al nuevo régimen tenía que ser total. Los discrepantes guardaban silencio, por exclusivo instinto de supervivencia.

#### LA LARGA ESPERA DE UN NUEVO EDIFICIO PARA EL INSTITUTO «GOYA» (1940-1959). EL ESFUERZO Y LA CALIDAD DOCENTE FRENTE A LAS DIFICULTADES

El año 1940 fue de cambios en la dirección y en el claustro del centro. Don Miguel Allué Salvador, que había hecho méritos políticos en los años de la guerra, estaba llamado a más altas metas. Ese año se trasladó como catedrático a Madrid, y allí, además de ocupar, desde su creación en agosto de 1940, un puesto en el Consejo Nacional de Educación, en concreto en la sección tercera de Enseñanzas Medias, cuya presidencia alcanzaría en septiembre de 1949, ocupó la dirección de la Confederación de Cajas de Ahorro. En la década de 1950 fue jefe del gabinete técnico de la Dirección General de Enseñanza Media. Falleció en Madrid en 1962.

La dirección del Instituto «Goya» pasó a ser desempeñada por el hasta entonces vicedirector y catedrático de Agricultura Jerónimo Félix García López (1887-1957), y lo será hasta su fallecimiento en marzo de 1957, poco antes de jubilarse. Amigo de Allué Salvador, de la misma procedencia ideológica, social-cristianos y CEDA, era llamado «el boticario», pues regentaba una farmacia en el Coso esquina con la calle Flandro. Alumnos de la década de 1940 lo recuerdan como un hombre exigente, muy formalista, pero fatuo y pomposo –se ponía bonete en las clases– y que no sabía mineralogía. Permaneció soltero, si bien tuvo su «vida sentimental» activa, algo que era «vox populi». La vicedirección la pasó a ocupar Benigno Baratech Montes, catedrático de Matemáticas; la secretaria, el otro catedrático de Matemáticas, José Estevan Ciriquián, trasladado desde el instituto de Soria en 1940 para ocupar la plaza que había dejado Cebrián. Un equipo directivo de perfil ideológico católico conservador.

El profesorado del «Goya» cambió en los primeros años cuarenta. Se jubiló primero el auxiliar de Francés Gerardo Mendiri Tabuenca, en 1940; a finales de ese año Francisco Cidón, profesor especial de Dibujo; en 1944, por enfermedad, el catedrático de Geografía e Historia, Juan Fernández Amador de los Ríos, y en septiembre de ese mismo año el auxiliar de Letras, Félix Górriz. Pero llegaron nuevos catedráticos, algunos jóvenes: José Estevan Ciriquián, de Matemáticas, a



finales de 1939; Emilio Moreno Alcañiz, de Física y Química, también a finales de 1939 o primeros meses de 1940; José Manuel Blecua Teijeiro, de Lengua y Literatura, adscrito provisionalmente en abril de 1940, sustituyendo a Allué, pero con la plaza definitiva desde julio de 1942; Vicente Tena Mateo, de Griego, en noviembre de 1941, como resultado de la primera oposición convocada en septiembre, que fue el primero para cátedras de Griego; Eugenio Frutos Cortés, de Filosofía, en septiembre de 1942, y Manuel López Ferrándiz, de Francés, en octubre de 1942. Como profesor especial de Dibujo llegó Vicente Laciana García en 1941; en marzo de 1943 los sacerdotes Fermín Lacruz Zapatero y Francisco Inzquierdo Trol, como profesores de Religión; en mayo de 1944 llegó como profesor especial temporal de Inglés Arturo Romaní Lluch, y en octubre de 1944, el profesor especial numerario de Dibujo Leopoldo Romo, y la especial temporal de Italiano M.<sup>a</sup> Jesús Dastis Cayuela, la primera profesora numeraria del «Goya», que unos años después, en 1955, se iría al Instituto «Miguel Servet» al pasar la enseñanza del italiano al Instituto femenino. En 1943 había sacado también la oposición de profesora adjunta de Francés, con plaza en el instituto de El Ferrol, la inolvidable doña Carmen Alquézar Alquézar, pero en vez de incorporarse a su plaza en Galicia siguió como profesora del «Goya» hasta que pudo ocupar plaza en él por traslado. El 10 de febrero de 1941 se había producido la reincorporación del auxiliar de Letras Anselmo Gascón de Gotor a su plaza del «Goya», pues, tras haber sido sancionado con la destitución y pérdida de su plaza en 1937, había recurrido al final de la guerra y había conseguido que se le rehabilitara, pero sin que pudiera «ocupar cargos directivos ni de confianza».

Se trataba de un profesorado adicto al Régimen, en el que abundaban los ideológicamente procedentes del catolicismo social y de la CEDA, como era el caso del director García, del vicedirector Baratech, del secretario Estevan Ciriquián, que era de la ACNP (Asociación Católica Nacional de Propagandistas), Moreno Alcañiz, y de los eclesiásticos Temprano, Tena, Lacruz e Izquierdo Trol. Eugenio Frutos, catedrático de Filosofía, era falangista de pasado «liberal», y mantenía cierta independencia de criterio. Hizo muy buena amistad con el catedrático de Francés Manuel López Ferrándiz (1897-?), que había pasado la guerra en Valencia, en zona republicana, enseñando en el instituto «Blasco Ibáñez» (después femenino «San Vicente Ferrer»), del que López Ferrándiz fue director unos meses, entre febrero a junio de 1937. Al terminar la guerra sufrió depuración, y en octubre de 1939 fue enviado provisionalmente al instituto femenino de Murcia, pues su plaza en el instituto de Orihuela, conseguida por permuta en 1935, había sido suprimida. Desde Murcia, por traslado, llegó al Instituto «Goya» en octubre de 1942 (expediente personal). José Manuel Blecua, de talante liberal, y que había sido de la FUE en los años universitarios, era un superviviente en medio de tanto hastío, dedicado al estudio de la literatura del Siglo de Oro y a la preparación de ediciones críticas para los famosos «Clásicos Ebro».

En general, formaban un plantel de muy buenos profesores, algunos de los cuales son recordados entrañablemente por varias generaciones de alumnos que pasaron por el «Goya» desde los años cuarenta hasta comienzos de los sesenta. En ese largo período Bleuca, Frutos, Ciriquián y Moreno Alcañiz fueron también profesores en la Universidad de Zaragoza. Se daba la circunstancia de que bastantes de sus alumnos del instituto volvían a tenerlos como profesores en la Facultad de Letras, a los dos primeros, y en la de Ciencias o en la Escuela de Peritos Industriales, a los segundos.

A don José Manuel Bleuca Teijeiro (Alcolea de Cinca, Huesca, 1913-Barcelona, 2003) lo recuerdan los que fueron alumnos suyos como maravilloso e inolvidable. Se podía pasar una hora comentando las dos primeras estrofas de un soneto de Góngora o de Quevedo, manteniendo la atención entusiasmada de los alumnos. Les enseñaba a reflexionar a partir de los ejemplos literarios y a redactar con elegancia. Su manual de Literatura en los años cuarenta tenía mucha más enjundia que la de otros profesores contemporáneos. Muy elegante en el vestir, tenía, además, una letra muy personal y estilizada, de la que tengo una muestra, que conservo con devoción, en la carta que amablemente me dirigió desde Jaca en agosto de 1984 como respuesta a una consulta que le hice. Si bien padecía sordera debido a un tortazo que recibió siendo muchacho de un profesor de un colegio zaragozano en el que estudió antes de ir al Instituto «Goya», se enteraba de todo, o de todo lo que quería enterarse. Era afectuoso, y sus avisos y reprensiones siempre eran suavizadas por la voz que tenía. Casi nunca intervenía en los claustros que, tal como se desarrollaban entonces, no debían de interesarle lo más mínimo.

Bleuca había sacado brillantemente en 1935 la cátedra de Lengua y Literatura del instituto de Cuevas de Almanzora (Almería), con tan solo 22 años, y tras la guerra sustituyó a Allué Salvador en 1940 cuando éste marchó a Madrid. Allué, que había sido profesor suyo en el instituto, apreciaba mucho a Bleuca, por lo que facilitaría administrativamente que le sustituyese en el «Goya», ya que la plaza provisional que Bleuca tenía era la del instituto femenino de Valladolid. En 1942 ya obtuvo la cátedra de Lengua y Literatura del «Goya» en propiedad, por traslado. También daba clases como auxiliar de Literatura, y desde 1947 como adjunto, en la Facultad de Filosofía y Letras, en la cátedra de Literatura de Domingo Induráin. Permaneció en el «Goya» hasta 1959, en que sacó brillantemente la cátedra de Literatura Española de la Universidad de Barcelona. Después fue académico de la Real Academia Española, institución de la que también son miembros sus dos hijos, José Manuel y Alberto Bleuca Perdices, ambos brillantes alumnos del Instituto «Goya», el 1.º de ellos elegido recientemente Director de la Real Academia Española.

El extremeño don Eugenio Frutos Cortés (1903-1979) era otro profesor excepcional, excelente persona, todo sabiduría y bondad; «grandeza y sencillez» venía a ser su lema y su referente de actuación en la vida. Con su voz, baja de

tono, y no alterada por ningún motivo, hacía asequibles a los alumnos los conceptos filosóficos y las teorías de los principales filósofos. Era un intelectual falangista de talante «liberal», filósofo de orientación agustiniana, nada dogmático, que había sido alumno de Ortega y Gasset, de Besteiro, de García Morente y de Ovejero en la Universidad Central, amigo de algunos de los poetas de la Generación de 1927 y había frecuentado la Residencia de Estudiantes y el Ateneo. Hombre abierto a la filosofía de su tiempo, en las clases de la Universidad y, especialmente, en las tertulias del Café Gambirinus de Zaragoza, hablaba con sus alumnos de Heidegger, de Sartre, de Bergson o de Ortega, como ha recordado el catedrático Gustavo Bueno, que se considera su discípulo desde la época de estudiante en Zaragoza. Compatibilizó la enseñanza en el instituto con la universitaria entre 1942 y 1966, y en la Facultad de Filosofía y Letras fue profesor auxiliar (1942), adjunto (1947) y catedrático (1951) de Fundamentos de Filosofía e Historia de los Sistemas Filosóficos, hasta su jubilación en 1973.

José Estevan Ciriquián (Zaragoza, 1899-1973), catedrático de Matemáticas del «Goya» entre 1939-1940 y su jubilación en 1969, es decir, durante treinta años, era también una institución. Muy duro y exigente, mucho más que don Benigno Baratech, coautor con él de famosos libros de texto de Bachillerato, con los que estudiamos los del instituto y de otros institutos y colegios de España hasta mediados de los setenta, imponía un respeto impresionante. En muchos alumnos causaba terror Ciriquián, como se le llamaba, y lo malo es que, tal como me contaban dos destacados profesores de Historia que lo tuvieron de profesor, si te tocaba en primer curso, todos los demás cursos sabías que lo ibas a tener. Con su voz aflautada iba llenado con sus menudos signos matemáticos la pizarra, sin dejar hueco alguno, y sin borrar nada de los que había escrito. Los alumnos que estudiaron la carrera de Ciencias, los de Matemáticas, de los que salieron varios catedráticos universitarios (Gasca, San Miguel) y bastantes más de instituto, y tantos y tantos ingenieros que al llegar a los nuevos estudios universitarios se encontraban con que «seguíamos teniendo a Ciriquián de profesor». Fue Estevan Ciriquián el alumno más joven que ingresó en la Academia de Ingenieros Militares de Guadalajara, con sólo 13 años, de donde salió ingeniero militar y en 1925 diplomado de Estado Mayor. También se licenció en Matemáticas en 1926, con un expediente extraordinario, y en Derecho en Zaragoza en 1929. En 1931, con la Ley Azaña, pasó a la reserva, y en 1935 sacó oposiciones de cátedras de Matemáticas, siendo destinado al instituto de Soria. De allí vino al «Goya» en el curso 1939-1940. También fue catedrático de Matemáticas de la Escuela de Peritos Industriales de Zaragoza y profesor adjunto de Análisis Matemático en la Facultad de Ciencias de Zaragoza. Desde 1945 fue miembro de la Academia de Ciencias de Zaragoza. Era hombre de gran integridad, justo, puntual y riguroso, para los alumnos. Para los profesores, además de amable y discreto, un perfecto secretario perpetuo, pues lo fue desde

1940 hasta 1969, muy puntilloso en las cuentas y ahorrador, pero, en cambio, no era generoso a la hora de repartir los llamados «ovencionales» con los profesores adjuntos y ayudantes, pues repartía casi todo el dinero entre los catedráticos. Siempre vestía con traje negro, y en su americana se notaban brillos del uso.

Don Emilio Moreno Alcañiz (Zaragoza, 1890-1975) llegó como catedrático de Física y Química al «Goya» en octubre de 1939, procedente del instituto de Santander. Alumno del «Goya» entre 1901 y 1908, se licenció en Ciencias (1908-1912) en la Universidad de Zaragoza, donde fue discípulo de Calamita, que le llevó a trabajar a la industria azucarera. En 1920 ganó la cátedra de Física y Química del instituto de Almería y dos años después pasó al de Santander. En la ciudad cántabra casó con una joven de la familia Botín y fue teniente de alcalde de la ciudad durante la dictadura de Primo de Rivera. Tenía, pues, una posición bastante acomodada. Era agradable de carácter, y gran aficionado a los toros, ejerciendo la crítica taurina con el seudónimo de «Polvorita». También fue profesor adjunto de Química en la Facultad de Ciencias desde 1947 hasta su jubilación y secretario de dicha facultad hasta su muerte. En febrero de 1958, como catedrático más antiguo, se hizo cargo de la dirección del Instituto «Goya», inaugurándose la sede actual del centro durante su dirección, por lo que recibió en diciembre de 1959 un homenaje, en cuyo acto el rector Cabrera Felipe le impuso la Encomienda de Alfonso X El Sabio. Se jubiló en noviembre de 1960. Alto y delgado, era agradable de carácter, «un perfecto caballero», «de mucho corazón». Buen profesor, se empeñaba mucho en la forma en que los alumnos debían exponer las ideas. También lo recuerdan como buen director, aunque escasamente estuvo dos años en el cargo.

Benigno Baratech Montes (1888-1964), que había sido catedrático de Matemáticas en los institutos de Baeza y Huesca, donde sucedió a Francisco Cebrián, lo mismo que cuando llegó al «Goya» en septiembre de 1936. Autor de libros de texto de Matemáticas con su compañero Estevan Ciriquíán, era hombre rico, dueño de varios inmuebles en Zaragoza. Si bien era mucho más «benigno» que el durísimo Ciriquíán, no tenía las cualidades docentes de éste. Había sido director del instituto de Huesca entre 1922 y 1936, y lo fue también del «Goya», entre septiembre de 1957 y febrero de 1958, en que se jubiló.

También estaban los dos catedráticos eclesiásticos. El zamorano Benjamín Temprano Temprano (1894-1975), catedrático de Latín del «Goya» desde 1924 hasta su jubilación en 1964, seguía siendo distante y aristocrático, un personaje «muy a la antigua usanza», con su sotana y manteo impecables, «como los de un prelado doméstico de Su Santidad», que se fue despreocupando bastante de sus clases conforme se hizo mayor. En cambio, su coetáneo Vicente Tena Mateo (1894-1964), natural de La Muela, catedrático de Griego, era un eclesiástico alto, sabio y discreto, con poca voz. Doctor en Derecho Canónico, Filosofía y Letras

y Derecho Civil, había sido canónigo doctoral de la catedral de Huesca, canónigo vicedoctoral de Granada, canónigo de Zaragoza en 1946, y vicario general del Arzobispado de Zaragoza desde 1956 hasta su muerte. En cuanto a los profesores de Religión, dejaron muy buen recuerdo el bondadoso Fermín Lacruz Zapatero, que lo fue desde 1943 hasta 1957, y Francisco Izquierdo Trol, muy competente, desde 1943 a 1948, en que obtuvo el deanato de la catedral de Barbastro. Por el contrario, su sustituto, Fernando Balfagón Royo, que murió en 1957, era bien distinto, nada grato.

El catedrático de Francés, el valenciano Manuel López Ferrándiz, separado del servicio en octubre de 1941, que estuvo entre 1942 y 1948, hacía aprender poemas o fabulas en francés a los alumnos más destacados, y luego les hacía recitarlos en clase. Al marcharse por permuta al instituto de Játiva en febrero de 1948, le sustituyó Ildefonso Grande Ramos, profesor de gran preparación y personalidad, que regentó la cátedra de Francés hasta mayo de 1951. Era poeta, enseñaba canciones en francés y se hizo muy amigo de Blecua y de Frutos. Dirigió a alumnos del «Goya» en *La vida es sueño* de Calderón, que se representó con gran éxito en el Teatro Principal de Zaragoza.

Aparte de los catedráticos, en la década de 1940 habría que destacar, por motivos diversos, a algunos de los profesores especiales y auxiliares. Pedro Gómez Lafuente (1889-1964) auxiliar de Ciencias y profesor también de la Normal de Magisterio, fue nombrado director de la misma en octubre de 1936. De filiación ideológica social-católica, era discreto y competente. Durante los años de la Segunda República había desempeñado el cargo de secretario social y estadístico de la Oficina-Laboratorio de Orientación y Selección Profesional de Zaragoza. El auxiliar de Letras Anselmo Gascón de Gotor (1895-1974), grande, grueso y con lentes, que regentaba también el colegio privado de «San Felipe», lo recuerdan como poco diligente y «le importaba un pito todo», especialmente en su última época docente. La guerra civil debió de marcarle bastante. Estaba obsesionado con el papa Luna y con el Compromiso de Caspe, asuntos sobre los que estaba investigando, y que eran temas recurrentes en sus clases. Se encargó de la cátedra vacante de Geografía e Historia entre diciembre de 1944, por jubilación de Fernández Amador de los Ríos, y diciembre de 1952. ¿Cómo es posible que esa cátedra estuviera vacante nada menos que ocho años? Lo lógico es que se hubiera cubierto por traslado en 1945. Gascón de Gotor fue galardonado por su labor investigadora; así, en marzo de 1952 se le concedería la Orden Civil de Alfonso X El Sabio y en julio de 1959 la Encomienda de la Orden del Mérito Civil. Fue, además, académico de número de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza desde 1946 hasta su fallecimiento en diciembre de 1974. Luis Ferrer Navarro (1892-1955) fue un eficaz profesor de Lengua Española y de Latín en los cursos inferiores del Bachillerato. El granadino Emilio Sanz Ronquillo (1897-1966), ayudante numerario de Letras desde 1928 y auxiliar numerario desde 1940, fue también jefe

superior de Administración Civil, desempeñando dicha función administrativa en la Universidad de Zaragoza. Dio clases de Filosofía y de Geografía e Historia, doctorándose en Madrid en Filosofía y Letras en 1951 sobre los mercados y ferias de Guadalajara.

El profesor especial de Dibujo, Leopoldo Romo Sánchez (1908-1994), un «personaje especial», llegó al «Goya» por traslado desde Granada en julio de 1944, y después sacó la cátedra de Dibujo del instituto en noviembre de 1953. No dejó indiferente a ninguno de los que durante más de treinta años fuimos alumnos suyos. Era tan hábil y brillante dibujando como excéntrico en su comportamiento y comentarios. Las anécdotas que podemos contar sus alumnos son multitud, a cual más esperpéntica y jocosa. Pero también era arbitrario en ocasiones. Muy chistoso y desenfadado era el profesor especial de Inglés, Arturo Romaní Lluch, que también era profesor de Inglés de la Escuela de Comercio de Zaragoza. Desde su llegada en 1944, como numerario permaneció hasta su muerte repentina en junio de 1971.

En 1944 comenzó su larga andadura docente, de más de treinta años, la incomparable doña Carmen Alquézar Alquézar (1897-h. 1985). Profesora de Lengua Española, con Blecua, y de Francés, la recordaremos siempre como una mujer encantadora, sabia, buena, independiente y con gran personalidad. Bajita, de pelo rizado y algo regordeta, había sido maestra bastantes años, inspectora de orden la Escuela Normal de Magisterio Primario de Zaragoza, regente de las Escuelas Anejas de Zaragoza desde 1928. Se licenció en Filosofía y Letras en 1932, y en el curso 1932-1933, sin dejar su puesto en Primaria fue también ayudante gratuita del Letras del «Goya». Fue cursillista de Francés en 1936. Cuando en agosto de 1943 sacó la plaza de adjunta numeraria temporal de Francés del instituto de El Ferrol (La Coruña), no se fue a su destino en Galicia por estar ocupada su plaza, por lo que permaneció provisionalmente en el «Goya», hasta que obtuvo la plaza de éste en octubre de 1955, y ya de manera definitiva (expediente personal). Durante muchos años, junto con la profesora especial de Italiano, M.<sup>a</sup> Jesús Dastis, eran las únicas mujeres numerarias del claustro del «Goya». Se volcaba especialmente con los alumnos de los primeros cursos de Bachillerato, a los que enseñanza Lengua Española y Francés. Hablaba a la perfección francés e inglés, ya que se había educado en un internado del sur de Francia. Era humana, tierna y enérgica a la vez, con carácter, y al final de su etapa docente necesitaba usar un «sonotone» para oír. Pasaba revista para ver si íbamos limpios y siempre de su bolso salían caramelos, que lanzaba a voleo, para regocijo nuestro. Una mujer, sencillamente, maravillosa. Siempre la recordaré.

Uno de los problemas fundamentales que arrastró durante muchos años el «Goya» fue la falta de una sede definitiva, lo que le llevó en la inmediata postguerra a cambiar dos veces de ubicación. Nada más concluir la guerra, el antiguo Colegio del Salvador, de la Compañía de Jesús, donde se había instalado

el instituto durante la Segunda República, tuvo que ser devuelto a sus propietarios, y durante los cursos académicos 1939-1940 y 1940-1941 el «Goya» ocupó los bajos de la Escuela Industrial, es decir, estuvo de prestado, mientras se disponía la vuelta a su antigua sede de la calle de la Universidad, en el lateral del antiguo edificio de la Universidad. Pero su vuelta no era fácil, pues su espacio había sido ocupado en 1933 por el nuevo Instituto «Miguel Servet».

El nuevo director, Félix García, en 1940 había iniciado las gestiones para encontrar un solar en el que construir un nuevo edificio para sede del «Goya». En el claustro del 9 de febrero de 1941 comunicó a los profesores que ya había firmado con el alcalde señor Caballero la escritura de cesión por parte del Ayuntamiento de Zaragoza de un solar, situado en el ensanche de la ciudad, junto a la orilla del Huerva. El director manifestó que «se contará con un centro modelo entre los de su género». El claustro le felicitó por ello y pidió que constase en acta el agradecimiento por ese acuerdo. Pero no fue hasta mayo de 1944 en que el director García pudo llevar ante el claustro las escrituras del solar para el nuevo instituto. Mientras tanto, el «Goya» había tenido que volver a su antigua sede, posibilitada por el traslado de los estudios de Filosofía y Letras y Derecho a su nueva facultad de la Ciudad Universitaria para el curso 1941-1942. Un ambiente de falsas promesas y de falsas ilusiones se habían generado a la altura de 1944, y el director del instituto manifestaba que «hay buenas esperanzas sobre la construcción del nuevo edificio para el Instituto entre las personalidades de la localidad que se han interesado por su construcción».

Los deseos de los profesores iban por delante de las realidades políticas y económicas del Régimen. El dinero escaseaba, pero también a la altura de 1944-1945 ni las autoridades ministeriales, ni los sectores políticos más conservadores vinculados a la Iglesia Católica parecían desear la construcción de un nuevo edificio para el Instituto «Goya». Además de que el alumnado oficial había disminuido considerablemente con respecto a los años de la Segunda República, se estaba a las puertas de unas concesiones absolutamente desmesuradas del Régimen, tanto académicas como ideológicas, a la enseñanza privada en manos de las órdenes religiosas, porque el Vaticano iba a lavar la cara fascista que el régimen de Franco había mostrado durante los años de la Segunda Guerra Mundial. Las potencias fascistas, Alemania y Italia, habían sido vencidas por los aliados, y Franco utilizó a los sectores de la derecha católica, especialmente a los miembros de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, y de la derecha monárquica para reajustar la política exterior de la España franquista a fin de hacerse perdonar ante la Europa triunfadora sus veleidades y apoyos fascistas desde los años de la Guerra Civil. Puesto que el apoyo del Vaticano era fundamental para esa nueva imagen internacional que Franco quería dar de su régimen dictatorial, presentándolo como un régimen católico, conservador y anticomunista, la colaboración, nuevamente, del episcopado y la jerarquía católica española exigió contraprestaciones, y esas fueron, entre otras,



dejar en sus manos el control moral e ideológico del país y también dar a las órdenes religiosas plenas libertades para crear y extender centros de enseñanza por toda España, especialmente en las capitales de provincia y grandes ciudades, y disminuir al máximo el control académico que la inspección de Enseñanza Media y los institutos deberían ejercer sobre dichos centros. El ministro José Ibáñez Martín, antiguo acenepista, fue «factotum» de esos privilegios en el ámbito educativo, que disminuyeron la capacidad intervencionista del Estado y de sus centros educativos oficiales en la organización y control académico de los centros de Enseñanza Media religiosos. Por lo tanto, de momento, no habría ninguna prisa en construir un nuevo edificio para el «Goya», único instituto masculino de Zaragoza, una ciudad de unos 250.000 habitantes hacia 1945. Por contra, en las décadas de 1940 y 1950 se crearon y construyeron muchos colegios religiosos en la capital aragonesa, tanto masculinos como femeninos, con buenos edificios, bien dotados y dedicados, mayoritariamente, a educar a los hijos de la burguesía y de las clases medias que irían paulatinamente creciendo.

Para el Régimen franquista, la Enseñanza Secundaria Pública era subsidiaria de la privada «legalmente reconocida», a cuyos centros, de forma escandalosa, hasta prácticamente la década de los cincuenta, sólo se les exigía para impartir el Bachillerato Elemental tener dos profesores licenciados que firmasen las actas de los alumnos, uno en Ciencias y otro en Letras, cuando en los institutos todos sus profesores (catedráticos, auxiliares y encargados de curso) tenían que ser licenciados o doctores. El malestar entre el profesorado de institutos por esos privilegios concedidos a los centros religiosos, en menoscabo de los institutos, fue notorio, y se hizo presente en escritos publicados en algunos medios de comunicación. Un debate se inició en 1946, en el contexto de una posible reforma del Plan del Bachillerato de 1938, pedida por los centros privados religiosos, y duró hasta 1953, en que se implantó el llamado Plan Ruiz-Giménez. No sólo estaban en contra de esas concesiones a los centros privados religiosos los profesores del sector más falangista y estatalista y, por supuesto, los profesores de procedencia «liberal» adaptados a las nuevas circunstancias políticas, o los que simplemente defendían el cuerpo de Catedráticos de Instituto y sus prerrogativas, sino que, incluso, profesores miembros de la católica ACNP no vieron bien esas concesiones que el ministro de Asuntos Exteriores Martín Artajo, destacado miembro de la ACNP, y el ministro de Educación Nacional Ibáñez Martín, falangista de circunstancias, antiguo acenepista y favorecedor de la escalada Opus Dei en el control del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de las cátedras de instituto y de universidad, en competencia con la ACNP, hacían a los colegios religiosos por presiones de Ángel Herrera Oria, del Vaticano y de un sector del episcopado español.

La revista católica *Atenas*, portavoz de los centros privados religiosos, en su número de diciembre de 1946, recogía un escrito de los directores de los siete

INEM de Madrid, entre ellos Rafael Ibarra, en que criticaban las presiones de los colegios privados religiosos para acabar con el Plan de 1938 y su terminal examen de Estado, y la falta de cumplimiento de la obligación por parte de esos centros de tener todos los profesores titulados, algo de sobras conocido por las autoridades ministeriales que hacían la «vista gorda». En su escrito los directores de los institutos de Madrid decían que esos centros religiosos «constantemente han cercado a las autoridades ministeriales para excitar su generosa tolerancia», y pedían la derogación de esas ventajas que tenían desde 1938, acrecentadas por una OM de 21 de septiembre de 1945, y acusaban a los autoridades religiosas de «haber orquestado una campaña contra el profesorado oficial».<sup>8</sup> La capacidad de juzgar la suficiencia de los alumnos de Bachillerato correspondía, por su preparación y selección, a los catedráticos de instituto, recalcan. En ese mismo número de la revista *Atenas*, por supuesto, se daba cancha doble a las opiniones favorables a los centros privados religiosos. Así, en un artículo José Pemartín, coautor de la Reforma de 1938 como director general de Enseñanza Media y Superior, defendía los derechos de los centros religiosos y decía que se podían corregir las anomalías que hubiera, sin derogar la Ley de 1938. En otra nota los directores de colegios religiosos reconocidos de Madrid contestaban a la nota de los directores de institutos, achacaban las deficiencias al no funcionamiento de la inspección de Enseñanza Media, anomalía que las propias autoridades académicas habían favorecido para evitar un real y eficaz control docente de esos centros privados. El ministro Ibáñez Martín no sólo no se atrevió a meter en cintura a todos los centros privados religiosos, que iban creciendo en número de forma imparable, sino que practicó una verdadera protección activa de los mismos. A los datos nos remitimos. En 1939, cuando terminó la Guerra Civil, las autoridades franquistas redujeron el número de institutos en España a 113; en el curso 1949-1950 había 119 institutos. Muchos de los institutos creados por la Segunda República (en 1935 eran 206 institutos, entre nacionales y elementales) en localidades que no eran capitales de provincia ya habían sido suprimidos con anterioridad por las autoridades educativas franquistas por no considerarlos necesarios. En concreto, en Aragón, fueron suprimidos los de Jaca, Barbastro y Caspe. En 1950 el Bachillerato en España lo cursaban en los institutos menos alumnos que 1934 –42.185 alumnos en 1934, y 35.649 en 1951–. En cambio, el crecimiento de los centros privados, casi todos religiosos, fue, sencillamente, exponencial: en 1943 había 553, en 1950 eran 950, y en 1960, 1.248<sup>9</sup>.

Don Eugenio Frutos, catedrático de Filosofía del Instituto «Goya» y de la Universidad de Zaragoza, además de vicepresidente del Consejo Nacional de

<sup>8</sup> Sobre esta controversia en la revista *Atenas*, ver *ibid.*, pp. 283-283.

<sup>9</sup> RÍQUER, B. de, *La dictadura de Franco*, Madrid, Crítica, 2010, p. 324.

Colegios Oficiales de España, intervendría en el debate abierto en 1946 y que afloró nuevamente con la reforma que se estaba preparando del Bachillerato. En enero de 1952, en el número 1 de la revista universitaria falangista *Alcalá*, escribió un artículo titulado *La cuestión de la Enseñanza Media*, en el que se mostraba partidario de reformar el Bachillerato de 1938. Pedía un debate calmado y reflexivo, pero que atendiera a la justicia. Defendía el examen oficial por parte del Estado como medida de control, y criticaba la exagerada libertad concedida a los centros privados religiosos, pues el Estado, decía, «debe cortar los abusos que se han dado al amparo de la ley vigente». El control era imprescindible.

El alumnado oficial del «Goya» disminuyó considerablemente en los años de la inmediata postguerra. Las cuatro clases de Preparatoria quedaron reducidas a sólo dos en 1944, llevadas por los maestros señores Giménez y Fuentes. Los otros dos maestros de las Preparatorias, los señores Inocencio Gil y Antonio González, pasaron a prestar sus servicios como ayudantes de Enseñanza Media (Claustro de 2 de octubre de 1944). Cada curso de Bachillerato tenía un solo grupo, cuando en 1934-1935 los tres primeros cursos de Bachillerato habían tenido tres secciones cada uno, y dos secciones los cursos cuarto y quinto. A la altura de 1949 todavía no se había recuperado ni de lejos el número de alumnos de antaño, pues al profesor Paulino Ríus Gelabert, antiguo ayudante de Ciencias del centro, que llegó como auxiliar en mayo de ese año al «Goya», el director García le hizo saber en claustro que no había docencia para él, y que se le llamaría si aumentase la matrícula, por lo que mientras tanto debería dedicarse a la enseñanza privada, a lo que Ríus contestó que estaba dispuesto incluso a dar clases sin cobrar «por su propio prestigio fuera del instituto» (Claustro de 20 de septiembre de 1949), ya que su familia regentaba la Academia Ríus, que daba repasos y preparaba a alumnos libres para examinarse en el instituto. Al curso siguiente ya pudo dar clase el señor Ríus en el centro.

La disminución de alumnos no conllevó la merma en la calidad de la enseñanza y la preparación de los alumnos, que se ponía de manifiesto en el llamado examen de Estado, al finalizar el Bachillerato de siete años, para poder acceder a los estudios universitarios. Entre los alumnos del «Goya», en esos años, como en la década posterior, abundarán los hijos de pequeños funcionarios, pequeños comerciantes, artesanos y obreros cualificados, maestros y profesores de la enseñanza media y algunos de la universitaria. Alumnos cuyos padres tenían pocos medios económicos y no habían podido estudiar en su juventud, o que habían sido alumnos del instituto, o que no querían que sus hijos fueron a colegios «de curas», como se decía entonces. Los hijos de antiguos republicanos represaliados o silenciados convivían con hijos de falangistas, y con otros de profesionales de ideas «liberales». Dos de los alumnos que habían destacado en la brillante promoción del «Goya» de 1934-1941, Manuel Alvar y Fernando Lázaro Carreter, después de haber cursado su licenciatura en

las Universidades de Zaragoza, los dos cursos comunes, y de Salamanca y Madrid los de la especialidad de Filología, y haberse doctorado, consiguieron brillantísimamente y en plena juventud cátedras de universidad: Alvar la de Gramática Histórica de la Universidad de Granada en 1948, y Lázaro Carreter la cátedra de Lengua Española de la Universidad de Salamanca en 1950, con 25 y 26 años respectivamente. En ambos casos, el claustro del «Goya» se congratuló del éxito de tan brillantes antiguos alumnos, que llegarían a ser directores de la Real Academia Española. Blecua, que había sido profesor de ambos tanto en el «Goya» como en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, se sintió muy orgulloso de ellos. El prestigio de José Manuel Blecua como investigador para entonces ya había trascendido a los Estados Unidos, y en los meses de mayo-julio de 1950 hizo la primera de sucesivas estancias en prestigiosas universidades de aquel país dictando conferencias. También don Eugenio Frutos, que obtuvo la cátedra de Filosofía de la Universidad de Zaragoza en septiembre de 1951, era felicitado por sus conferencias en la Universidad de Verano de Jaca. El director don Félix García expresaba su satisfacción «por tener en el Instituto personas cuya valía sale fuera del ambiente del centro, siendo reconocida por todos» (Claustros de 19 de septiembre de 1950 y de 28 de septiembre de 1951).

El horario de clase era de mañana y tarde, y de lunes a sábado, librando los jueves por la tarde. José Manuel Blecua proponía en enero de 1941, en una de sus escasas intervenciones en claustro, que «no haya estudio los sábados por la tarde, y que el resto de la semana todos los alumnos salgan a la siete y media de la tarde, pues si no tienen poco estudio». La enseñanza no era del todo gratuita, pues se pagaban las llamadas «permanencias», que en septiembre de 1949 eran de 25 pesetas al mes, y los profesores del «Goya» solicitaron al Ministerio de Educación Nacional la elevación en 5 pesetas más al mes (Claustro de 20 de septiembre de 1945). Durante varios años Frutos fue jefe de estudios del «Goya», cargo que dejó al sacar la cátedra universitaria, y le sustituyó el catedrático de Física y Química Moreno Alcañiz. El interventor era Benigno Baratech. Las oficinas del centro estaba a cargo del señor José Blesa, con Amalio Hellín y el más joven Teófilo García Castejón, que se marcharía en 1972, después de 37 años en el centro, de jefe de los Servicios Técnicos Administrativos de la Delegación Provincial de Educación de Zaragoza. Eran por entonces porteros del instituto Julio Navarro, Elías Cacho, Joaquín y Ceferino Gregorio, Norberto Gaitán y Nicolás Cercós.

En el instituto se impartían cuatro idiomas: el francés, mayoritario y preferente; el alemán y el italiano, que tuvieron cierto incremento en las circunstancias de afinidades políticas de la dictadura franquista con los fascismos alemán e italiano, y el inglés. De la enseñanza del francés se encargan los sucesivos catedráticos López Ferrándiz y Grande, y la adjunta señorita Alquézar; el alemán lo impartieron los señores Leonardo Prieto Castro, catedrático de Derecho, Juan Beltrán y Grande, éste por acumulación con el francés; el italiano será

enseñando primero por el señor Royo Barandiarán, y desde 1944 por la profesora especial señorita Dastis, y el inglés fue enseñado por el señor Pérez-Hickman, y desde 1944 por el profesor especial señor Romaní. En 1955 la enseñanza del italiano se trasladó al Instituto «Miguel Servet», y el alemán dejó de darse en 1951, con la marcha del señor Grande a Barcelona, hasta que a comienzos de los sesenta se volvió a nombrar una catedrática de Alemán.

Los medios eran muy escasos y las instalaciones decrepitas, con mobiliario escolar reciclado de las décadas anteriores, si bien las aulas eran amplias y bien iluminadas con luz natural. Se estaba en una auténtica «economía de subsistencia» en la dura década de 1940. Tras el abandono de las facultades de Filosofía y Letras y de Derecho de sus dependencias de la vieja universidad, todas ellas fueron ocupadas por el Instituto «Goya», y la entrada al mismo ya se hizo por la gran puerta de la fachada principal que daba a la plaza de la Magdalena. Aumentaron las aulas, los laboratorios, etc., y el instituto femenino «Miguel Servet», que ocupaba las dependencias que había sido de la antigua Normal de Magisterio, en la parte trasera del gran edificio de la vieja Universidad, también aumentó su espacio docente.

En la década de 1950 hubo renovación y rejuvenecimiento de una parte del profesorado, con nuevos profesores numerarios y la incorporación de un buen plantel de jóvenes ayudantes gratuitos. En 1951, por permuta con el profesor Grande, llegó de catedrático de Francés Carlos Albiñana Goussard (1911-h. 1985), también catedrático de Francés de la Escuela de Comercio de Zaragoza desde 1945. En el «Goya» permanecería hasta octubre de 1976, ocupando la jefatura de estudios entre 1953 y 1958, y nuevamente entre 1960 y 1966, y director del «Goya» entre julio de 1974 y junio de 1976. Era Albiñana un personaje con el vientre hinchado y rostro de mejillas coloradas y sanguíneas, con aspecto más de francés que de español. Educado en Francia y, por tanto, excelente conocedor del idioma galo, de madre francesa y casado con otra francesa, era autor de los libros de texto que llevábamos. De aires aristocráticos y suficientes, su «ego» era grande, y practicaba la «politesse» a la francesa. Era profesor exigente pero justo; con él había que estudiar mucho vocabulario y los verbos. Cartesiano y obsesionado con el orden y la disciplina. Tenía de fieles «gardingos», al matrimonio formado por Almarza y la señorita Ramírez. Ambos estuvieron como ayudantes gratuitos de 1954 a octubre de 1966, en que tuvieron que dejar sus puestos por carecer de la titulación requerida para dar clases de francés y de inglés, respectivamente. Realizaban el control administrativo de las faltas de asistencias y el control de la conducta.

En 1953 llegó un joven catedrático leonés de Geografía e Historia, Valentín Vázquez de Prada Vallejo (1925), trasladado desde el instituto femenino de Oviedo. Era miembro supernumerario del Opus Dei. Destacado investigador sobre el reinado de Felipe II e Historia Económica, fue en París discípulo de

Ferdinand Braudel y uno de los difusores en España de la metodología de la Escuela de Annales. En 1955 sacó la adjuntía de Historia Universal e Historia General de España de la Universidad de Zaragoza. Fue jefe de estudios del «Goya» al final de su estancia zaragozana, entre octubre de 1958 y abril de 1959. Hombre correcto y un tanto tímido, fue un profesor que dejó poca huella en los alumnos, ya que estaba más volcado en su carrera universitaria que en la docencia del instituto. La Historia del Arte y de la Cultura la explicaba con los libros del *Summa Artis* y, recuerda un brillante historiador que lo tuvo de profesor, que cuando salía algún desnudo tapaba inmediatamente la fotografía. Otros alumnos lo recuerda como estirado y distante. Cuando le sustituía Gascón de Gotor se alegraban los alumnos porque sus clases eran más entretenidas. En febrero de 1959 sacó Vázquez de Prada la cátedra de Historia de España Moderna y Contemporánea de la Universidad de Barcelona, ciudad a la que se trasladó. Ese mismo año de 1953, Leopoldo Romo Sánchez (1908-1994) obtuvo por oposición la cátedra de Dibujo del «Goya», de la que ya era profesor especial desde 1945.

En octubre de 1953 se planteó un conflicto con el catedrático de Ciencias Naturales, Manuel Jordán de Urriés y Azara (1909-1962), que desde 1943 llevaba nada menos que diez cursos académicos sin dar clase en el instituto, pues había conseguido sucesivas agregaciones o comisiones de servicio en el Jardín Botánico de Madrid, dependiente de CSIC, en el que ocupaba el cargo de jefe de sección de Micología dicha institución. En el claustro del 2 de octubre de ese año se tuvo que informar sobre la solicitud de dicho catedrático de dispensa de la docencia también para el curso 1953-1954. Tras la intervención de varios profesores se redactó un informe con un texto, aprobado por unanimidad, para enviarlo al Ministerio de Educación Nacional, en el que el claustro del «Goya» se manifestaba contrario a la dispensa de docencia que el señor Jordán de Urriés pedía, por llevar diez años en la misma situación. En opinión de los compañeros de claustro, «su ausencia perjudica la enseñanza del centro, que no ve atendida debidamente la enseñanza de las Ciencias Naturales», máxime, se decía, cuando en el nuevo Plan de Estudios de Ruiz-Giménez, «se da mayor importancia al estudio de las Ciencias Naturales, que vuelve a convertirse en disciplina independiente, asignando prácticas especiales a 5.º y 6.º de Bachillerato Superior, que lógicamente deben ser atendidas por su titular, especialista en esta materia». Por todo ello, el claustro del Instituto «Goya», unánimemente, opinaba que no debía dársele la dispensa que solicitaba el señor Urriés, y que debía reincorporarse a su cátedra. El claustro volvió a reiterar la negativa para que se le concediese la comisión de servicios en 2 de octubre de 1954, y pedía al Ministerio de Educación Nacional «que se defina la situación del señor Jordán de Urriés en cuanto al Instituto “Goya” se refiere». La presión de la dirección y claustro del «Goya» sobre las autoridades ministeriales de Madrid logró que Jordán de Urriés se incorporara a la plaza de catedrático del

Ciencias Naturales del «Goya» en el curso 1954-1955, hasta que en septiembre de 1956 solicitó la excedencia voluntaria en el cuerpo de catedráticos (Claustro de 26 de septiembre de 1956). En 1959 sacaría la cátedra de Botánica de la Facultad de Ciencias de la Universidad Complutense de Madrid. Había detentado y bloqueado durante trece años la cátedra de Ciencias Naturales del «Goya».

Ahora ya podría salir a concurso de traslados dicha cátedra de Ciencias Naturales. En octubre de 1958 se incorporó desde Teruel, en cuyo instituto había enseñando entre 1943 y 1958, el nuevo catedrático de Ciencias Naturales, Dimas Fernández-Galiano Fernández (1921-2002). Excelente profesor, dejó un grato recuerdo en los dos cursos académicos que desempeñó la cátedra de Ciencias Naturales del «Goya», entre enero de 1958, si bien permaneció en Teruel hasta finalizar el curso 1957-1958, y junio de 1960. Su llegada al «Goya» supuso salir de muchos años de penuria en las Ciencias Naturales, pues ni el director Félix García, ni el adjunto Rius estaban a la altura del nivel que se exigía en 5.º y 6.º del nuevo Bachillerato y en el Preuniversitario. Los que tuvieron la suerte de tenerlo como profesor le recuerdan como tremendamente metódico y sabio. Se recuperaba así el gran nivel de la disciplina de las Ciencias Naturales en el «Goya», con precedentes tan ilustres como los de Manuel Díaz de Arcaya, José López de Zuazo, creador del Laboratorio de Historia Natural del instituto, o Rafael Ibarra, que lo convirtió en Museo. En septiembre de 1960 se trasladó al instituto «Lope de Vega» de Madrid, plaza que obtuvo por concurso de mérito, y en 1961 sacó la cátedra de Bacteriología y Protozoología en la Facultad de Ciencias de Universidad Complutense de Madrid, donde se jubiló en 1987. Como investigador Dimas Fernández-Galiano creó escuela en morfogénesis en ciliados, y está considerado como uno de los más importantes microbiólogos de España en la segunda mitad del siglo xx. En el mismo traslado, para cubrir la vacante dejada por la muerte del director, Félix García López, llegó desde Valencia Joaquín Vela Gonzalo (1900- h. 1987), aragonés de Aniñón (Zaragoza), que había sido catedrático de Agricultura en los institutos de Osuna y Elche; de Física y Química en Teruel, entre 1935 y 1941, y de Agricultura, nuevamente, del instituto «San Vicente Ferrer» de Valencia entre 1941 y 1958. En el «Goya» lo fue de Ciencias Físico-Naturales entre 1958 y su jubilación en 1970. Los que fuimos alumnos suyos en cursos inferiores le recordamos como buena persona, pero de poco empuje intelectual y algo monótono en sus exposiciones. El contraste con Fernández-Galiano, y después con su sucesora Teresa Torras, era total.

Durante el curso 1953-1954 se empezó a notar el repunte del número de alumnos, como ya veremos. Coincidió con la entrada en vigor de la nueva Ley de Enseñanza Media de 1953, que establecía que el claustro de profesores era soberano en sus decisiones, y se debería levantar acta de cada una de las sesiones, que sería leída y aprobada en la sesión siguiente. El primer claustro según la nueva configuración fue el del 27 de septiembre de 1953. Asimismo, en cum-



plimiento de una Orden del 30 de enero de 1955 («BOE» de 14 de enero), se procedió a la elección de la terna de catedráticos que debería elevarse al rector de la Universidad de Zaragoza para el nombramiento de director del instituto. En el claustro de 24 de febrero de 1955 se reunieron diez catedráticos para proceder a dicha elección –los adjuntos, antiguos auxiliares, no tenían derecho a participar en la elección–, faltando los señores Jordán de Urriés y Bleuca, y el profesor de Religión, señor Balfagón, excusó su asistencia. El resultado de la votación fue el siguiente: Félix García, que era director desde 1940, obtuvo 9 votos; Benigno Baratech y Moreno Alcañiz, 8 votos cada uno; Eugenio Frutos y Benjamín Temprano, 2 votos cada uno; y Carlos Albiñana, 1 voto. La terna elevada a la superioridad estuvo formada, pues, por García, Baratech y Moreno Alcañiz, alfabetizada y no ordenada por votos. Podemos decir que la confianza se depositaba en catedráticos veteranos, con docencia desde antes de la guerra civil, y que representaban la corriente católica, vinculada o simpatizante de los propagandistas de la ACNP. Son significativas tanto la minoría del falangista Frutos como la ausencia de José Manuel Bleuca a la votación, que parecía querer quedar al margen de una decisión que estaba cantada. Félix García López fue confirmado como director por el rector Cabrera Felipe. El equipo estuvo formado por Benigno Baratech como vicedirector, Carlos Albiñana como jefe de estudios, José Estevan Ciriquián como secretario –perpetuo–, Benjamín Temprano como interventor, y Leopoldo Romo como vicesecretario. La sensación que los alumnos de entonces tenían era que los catedráticos iban cada uno a su aire, sin formar grupos de amistad o de afinidad. Sí notaban que había tres grupos de profesores que tenían muy buena relación; uno tenía como centro a José Manuel Bleuca, y estaba formado por las señoritas Carmen Alquézar, Francisca Lainez, Ángela Martín Casabiel y María Ángel Baratech; otro, en torno a Carlos Albiñana, agrupaba a Almarza y a las señoritas Aurora Ramírez y Carmen Ricarte. Otro grupo lo formaban Romaní, Gascón de Gotor y Rodilla, que pasaban a tomar café al próximo Windsor, en el Coso bajo.

La situación y funciones de los profesores auxiliares, que pasarían a denominarse profesores adjuntos desde 1953, no era satisfactoria para ellos. Moreno Alcañiz, cuando asumió la jefatura de estudios del «Goya» en 1951, propuso que los estudios se especializasen y los auxiliares de Ciencias y Letras se adscribiesen a cátedras determinadas. Los auxiliares no tenían capacidad docente plena, pues no podían calificar a los alumnos, decisión que sólo recaía en los catedráticos. Su función era sustituir a los catedráticos en sus ausencias y enfermedades, impartir prácticas, atender las horas de estudio y permanencias, etc. Gómez Lafuente manifestó la queja de los auxiliares en claustro del 28 de septiembre de 1951, en el sentido de que su labor no era eficaz «al no tener en sus manos el aprobado o el suspenso». Sus funciones y situación iría cambiando mediada la década de 1950, favorecida por el crecimiento del alumnado de los institutos y la necesidad de desdoblar los cursos del llamado Bachillerato

Elemental, que se cursaba, tras el preceptivo examen de ingreso, entre los 10 y los 14 años, si bien había alumnos más mayores. Cada año se hacía una adscripción de los adjuntos a una materia, pero consiguieron, fruto de ese crecimiento del alumnado, tener capacidad docente completa, es decir con capacidad para calificar. En septiembre de 1957 se conformaron los denominados seminarios didácticos, a modo de departamentos, superándose la organización en cátedras. Cada seminario didáctico estaría presidido por un catedrático y en él se integrarían los profesores adjuntos, los adjuntos interinos y los ayudantes becarios. En el Instituto «Goya», la cuarentena de profesores se organizó en doce seminarios didácticos: Matemáticas, Física y Química, Ciencias Naturales, Lengua Latina, Lengua Griega, Filosofía, Lengua y Literatura Españolas, Geografía e Historia, Lengua Francesa, Lengua Inglesa, Dibujo y Religión. Quedaban aparte de la estructura los profesores de Educación Física y Formación del Espíritu Nacional, que eran nombrados por el Ministerio de Educación Nacional a propuesta de la Delegación Nacional de Juventudes de la Secretaría General del Movimiento. Esos puestos eran, pues, de libre designación por las autoridades del régimen. Cumplían una labor de puro adoctrinamiento político, exaltatorio del régimen franquista, especialmente el de FEN, o de «Política», como se le llamaba. La Ley de reforma de plantillas de 26 de diciembre de 1957 estableció en los institutos grandes una plantilla estable de una cátedra y una o dos adjuntías por cada departamento didáctico. Por ello, y ante el crecimiento del alumnado del «Goya», llegaron por traslado cuatro adjuntos en septiembre de 1959: Orosía Campo Izuel, adjunta de griego, procedente de Huesca; Julia Pilar Tomás Sáinz de Medrano, adjunta de Latín, procedente de Calatayud; M.<sup>a</sup> Ángeles Sanz Morón, adjunta de Matemáticas, procedente de Teruel, y Jesús Alegre, adjunto de Filosofía, procedente de Lérida. Los cuatro tuvieron una larga trayectoria docente en el Instituto «Goya», y las tres primeras se jubilaron siendo profesoras del mismo. Los profesores adjuntos alcanzan a partir de entonces plena capacidad docente y de calificación de los grupos a los que daban clase.

A mediados de la década de 1950 fue numeroso el grupo de profesores ayudantes gratuitos que se iniciaron como docentes en el «Goya». De los seis ayudantes de Ciencias y seis de Letras del curso 1954-1955 se pasó a unos veinte en el curso 1959-1960. Puesto que no tenían sueldo del Estado, recibían una pequeña retribución con los fondos del centro, a razón de 20 pesetas la hora a los que tenían encargo de clase. En 1957 el Ministerio de Educación Nacional creó los profesores ayudantes becarios, que podían serlo hasta un máximo de tres cursos lectivos y que sí recibían una retribución del Estado, mientras duraba la beca, de 12.000 pesetas anuales, y los profesores adjuntos interinos, cuando estaba sin titular la adjuntía de plantilla, con un sueldo de 11.400 pesetas más dos pagas extras. En realidad, esos adjuntos interinos fueron el origen de los PNN que se generalizarían en las décadas de los sesenta y

setenta, y que resultaban más baratos al Estado, pues tenían una retribución bastante inferior. Ciertamente es que los adjuntos interinos, en la primera época, podían compatibilizar esa enseñanza oficial con otra en centros de enseñanza privada. Un adjunto numerario de entrada tenía una retribución de 25.350 pesetas (sueldo más gratificación) y dos pagas extraordinarias, y un catedrático de entrada o de 7.<sup>a</sup> categoría de 39.700 pesetas (sueldo más gratificación) y las dos pagas extraordinarias. En el curso 1959-1960 fueron nombrados adjuntos interinos los siguientes profesores: Ángela Martín Casabiel, Irene Tomás Sáinz de Medrano, Dolores Franco, Francisca Lainez, Carmen Ricarte, M.<sup>a</sup> Ángel Baratech, Santiago Rodríguez y, «con carácter extraordinario», a Aurora Ramírez y a José M.<sup>a</sup> Almarza.

Por lo que se refiere al alumnado del Instituto «Goya», si en los primeros años de la década de 1950 seguía estancado en número, en torno a 200-250 alumnos –240 en el curso 1952-1953–, a partir de 1953 se inició un progresivo aumento, pues ese curso se tuvieron ya que desdoblar en dos secciones los cursos 1.<sup>o</sup> y 2.<sup>o</sup> de Bachillerato, pues pasaban de 70 alumnos cada uno, más los alumnos que iban de oyentes, con lo que rondaban el centenar de alumnos por sección. También la Preparatoria, en manos de los maestros Inocencio Gil y Antonio González, aumentó, con más de cincuenta alumnos matriculados en el curso 1954-1955. El desdoblamiento en dos secciones también se hizo con 3.<sup>o</sup> en el curso 1955-1956, y el 1957-1958 tenían dos secciones los cuatro cursos del Bachillerato Elemental. En el curso 1957-1958 se incorporaron al «Goya» unos cincuenta alumnos del que se llamaría Colegio Menor «Baltasar Gracián» del Frente de Juventudes, alumnos todos procedentes de diversos pueblos de la provincia de Zaragoza que así tenían la posibilidad de estudiar el Bachillerato, ya que en sus localidades era imposible por falta de centros de Enseñanza Media, a no ser que se preparasen en el pueblo y se examinasen como alumnos libres en el instituto. En el curso 1959-1960, ya en el nuevo edificio del instituto, ya había tres secciones (A, B y C) de los tres primeros cursos de Bachillerato Elemental y dos en 4.<sup>o</sup>; en el Bachillerato Superior, 5.<sup>o</sup> y 6.<sup>o</sup>, había dos grupos, de Ciencias y de Letras, y uno solo en Preuniversitario; un total de 16 grupos. Por entonces el total de alumnos del centro se situaba en torno a 600. El alumnado del «Goya» volvía a ser más numeroso nuevamente, tras más de dos décadas de retracción. El nuevo edificio y el inicio del Desarrollismo, con sus efectos económicos y sociales, serían factores que determinaron el rápido crecimiento del alumnado del Instituto «Goya» en la década de 1960.

A lo largo de la década de 1950, en algún claustro hay referencias a problemas de disciplina, con quejas de profesores sobre la relajación de la disciplina escolar (Claustro de 14 de marzo de 1953) y una serie de propuestas a tomar, que debieron de causar efecto durante la férrea jefatura de estudios de Carlos Albiñana, pues al curso siguiente se manifiesta que ha mejorado la disciplina, si bien fueron expulsados dos alumnos «por faltas graves de carácter moral» (Claustro de 22 de mayo de 1954). El control de las faltas de asistencia

a clase era efectivo, y los padres manifestaron su satisfacción «por el buen funcionamiento de todos los servicios del instituto» (Claustro de 27 de septiembre de 1954).

La preparación y los resultados académicos de los alumnos de «Goya» eran excelentes. Benjamín Temprano, el catedrático de Latín, manifestaba en septiembre de 1953 que «los alumnos del Instituto que se han presentado en la convocatoria de junio (de 1953) al examen de Grado Superior —el llamado examen de Estado— han destacado sobre todos los que se presentaron, aprobando todos los alumnos, y consiguieron premios extraordinarios los alumnos Ferreira y Nosti», y añadía que «Ferreira ha actuado muy bien en las oposiciones a becas de la Facultad de Medicina y cree que obtendrá una de ellas» (Claustro de 27 de septiembre de 1953). Así fue. Los hermanos Ignacio y Vicente Ferreira Montero y Jesús Nosti Serrano pertenecieron a una promoción muy brillante de alumnos del «Goya», la de 1946-1953, en la que unos cuantos de ellos realizaron estudios de Medicina de forma destacada. Los hermanos Ferreira, hijos de maestros, «Ferre» y «Tuli», como les llamaba el profesor Blecua, obtuvieron premio extraordinario nacional de Bachillerato y nacional de la licenciatura de Medicina Ignacio. Éste es catedrático emérito de Cardiología de la Universidad de Zaragoza, y Vicente ha sido jefe del Servicio de Cirugía General del Hospital «Miguel Servet» de Zaragoza, y director del mismo. Jesús Nosti, hijo de tranviario, del barrio de la Magdalena, es un destacado traumatólogo con ejercicio en el Hospital «Miguel Servet» de Zaragoza. Otros médicos de ese curso son Francisco Burgos, traumatólogo en Logroño; Francisco José Martínez Tello, patólogo, hijo del catedrático de Histopatología de la Universidad de Zaragoza, es jefe del Servicio de patología del Hospital «Doce de Octubre» de Madrid; Tomás Ruiz López es patólogo en un hospital de Gattineau, Quebec (Canadá); Antonio Calvo Domínguez es general veterinario militar en León; Pedro Tabuenca Perchín, hijo también de maestros, es físico de la Armada en La Coruña; Alós Royo es militar, y Pablo Jordán Goñi, exjesuita, vive en Pittsburgh (EE.UU.).

En mayo de 1954 celebró sus Bodas Académicas de Plata la promoción de 1923-1929, y al acto asistieron bastes de los que fueron compañeros del curso. Entre los destacados alumnos de la misma se deben citar a Ángel Canellas López y a Federico Torralba Soriano, ambos catedráticos de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza; a José María Ruiz-Tapiador, Manuel Martínez de Ubago Chango y Antonio Chóliz Alcrudo, arquitectos; Fernando de Lasala Samper, abogado y directivo de la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja; Joaquín Peirona y Santiago Baselga García, empresario, entre otros. Se pensó en organizar una Asociación de Antiguos Alumnos del «Goya», que no debió de cuajar.

El prestigio que fue consiguiendo el Instituto «Goya», contra viento y marea, frente a la auténtica avalancha y proliferación de los centros privados religiosos,

favorecidos por el Régimen Franquista, y a pesar de las limitaciones de las instalaciones en el antiguo caserón de la vieja Universidad de la plaza de la Magdalena, vino afianzado por la excelencia de muchos de sus profesores y, también, por la excelencia y brillantez de sus alumnos. Resulta muy significativo que el Instituto «Goya» ha sido cantera de destacados médicos; catedráticos y profesores universitarios, de enseñanza Secundaria y maestros, miembros de la judicatura y abogados, veterinarios, ingenieros industriales, químicos y militares, la mayoría procedentes de familias de clases medias y humildes, becados muchos de ellos, acostumbrados al esfuerzo y a la superación, y formados en el sentido de la responsabilidad y el compañerismo. El periodista y escritor Luis del Val, antiguo alumno del instituto en la década de los cincuenta, ha recordado en bastantes ocasiones lo determinante que fue para él tener a profesores como Blecua, Frutos, Ciriquián o la señorita Martín Casabiel, que le corregía casi a diario las redacciones y le ayudó a escribir bien. El ámbito de lo literario ha sido siempre relevante entre el alumnado del «Goya», pues, además de Luis del Val, los dos hijos de Blecua, José Manuel y Alberto Blecua Perdices, ambos catedráticos universitarios en Barcelona y académicos de la Real Academia Española, y el primero de ellos su actual Director, al igual que el recientemente fallecido Domingo Induráin, también catedrático de Literatura en la Complutense y académico de la RAE, fueron alumnos del instituto en esa década.

En cuanto a la construcción de una nueva sede para el Instituto «Goya», desde 1944, en que ya se había escriturado el solar de la actual sede, a la orilla del río Huerva, junto a la Gran Vía, había pasado nada menos que una década sin que hubiese voluntad política por parte del ministerio para construirlo. El proyecto del nuevo edificio lo habían hecho en 1942 los arquitectos Regino y José Borobio Ojeda, antiguos alumnos del instituto. El ministro Ibáñez Martín había incumplido todas sus promesas con respecto al centro, y aquella conversación que tuvo con el entonces director, Miguel Allué Salvador, con motivo de la celebración de la Fiesta de la Raza en Zaragoza en 12 de octubre de 1939, en el sentido de que vendrían tiempos mejores para el Instituto «Goya» parecía a la altura de 1954 una frase tan gradilocuente como incumplida. Los tiempos no habían sido, precisamente, mejores ni para el instituto ni para la Enseñanza Media oficial, que se había visto preterida en favor de la enseñanza privada religiosa por los intereses políticos del Régimen Franquista en esos años, como ya se ha expuesto. Ibáñez Martín, que no lo olvidemos fue ministro desde agosto de 1939 hasta julio de 1951, es decir, durante doce años, se olvidó de sus compromisos con el «Goya». El edificio de la vieja Universidad tenían graves inconvenientes y algunas de sus dependencias estaban en mal estado. Precisamente, fue hacia 1955 cuando se hundió el que hacía de salón de actos y capilla; por suerte era domingo, y no había alumnos en el centro, evitándose con ello consecuencias tal vez fatales, pues don Fermín Lacruz celebraba misa diaria para los alumnos en ese recinto.

En octubre de 1954, con motivo de la celebración en Zaragoza del Congreso Mariano, el director Félix García no pudo tratar, como era su deseo, con el ministro Joaquín Ruiz-Giménez el asunto de la construcción pendiente del nuevo edificio para el instituto. Pero consiguió que el rector de la Universidad de Zaragoza, Juan Cabrera Felipe, visitara las instalaciones del instituto el 11 de noviembre de 1954, presidiendo una reunión con los catedráticos del centro e interesándose por los problemas del mismo, entre ellos el deseo de construcción de un nuevo edificio para el instituto (Claustro de 27 de noviembre de 1954). El nuevo alcalde de Zaragoza, Luis Gómez Laguna, fue gran favorecedor del instituto en todo lo referente a la disposición del solar sobre el que se iba a construir el nuevo centro. El problema de financiación de la construcción era clave, y por ello Félix García se había reunido con el director de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja para ver si estaría dispuesta dicha entidad a adelantar el dinero necesario para la construcción rápida del edificio; según el contratista de la obra, en el plazo de dos años podría estar terminado (Claustro de 27 de noviembre de 1954). En febrero de 1955 se da cuenta de que el merendero de «El Toro», ubicado en el solar municipal escriturado desde 1944 para la nueva sede del instituto, había sido ya derribado y habían comenzado las obras, realizando los profesores una visita colectiva (Claustro de 24 de febrero de 1955). El rector Cabrera había hablado con el director general de Enseñanza Media, Torcuato Fernández Miranda, sobre las obras del instituto, y éste le había manifestado que «tenía gran interés en terminar las obras» (Claustro de 30 de septiembre de 1955). En septiembre de 1955 «toda la estructura gruesa del Instituto está terminada». Hasta el 25 de noviembre de 1955 el Consejo de Ministros no aprobó el expediente de obras del INEM «Goya» de Zaragoza. No debieron de ir las obras al ritmo deseado, y en mayo de 1957 el nuevo director general de Enseñanza Media, el aragónes Lorenzo Vilas López, que era catedrático de instituto y se había tomado con gran interés la terminación de las obras del instituto, se comprometió a conseguir un crédito para terminarlo en el año 1958 (Claustro de 9 de mayo de 1957). En enero de 1958 el director general dijo «que se adelantarían las anualidades de 1959, 1960 y 1961 al año actual para concluir las obras, amueblar el edificio y hacer un cerramiento con tapia del mismo (Claustro de 17 de enero de 1958). Para entonces, don Félix García López, director del «Goya» durante 17 años había fallecido el 31 de marzo de 1957 y le sucederá como director don Benigno Baratech Montes, catedrático de Matemáticas, que tampoco pudo inaugurar el centro nuevo, pues cesó como director, por llegar a la edad de jubilación, el 13 de febrero de 1958. El ministro de Educación Nacional le concedió a Baratech la Encomienda de Alfonso X el Sabio; el claustro decidió regalarle las insignias y se acordó que se le impondrían el día de la inauguración del nuevo centro (Claustro de 15 de octubre de 1958). Como catedrático más antiguo se hizo cargo de la dirección don Emilio Moreno Alcañiz, catedrático de Física y Química, y fue nombrado oficialmente

director del «Goya», cargo del que tomó posesión el 30 de junio de 1958. Moreno visitó las obras con el arquitecto señor Borobio «con objeto de imprimir mayor velocidad a todo lo que faltaba» (Claustro de 17 de enero de 1958). Durante su mandato se concluyó el edificio, se trasladó el centro en octubre de 1958 y se inauguró oficialmente en 1959.

El primer claustro celebrado en el nuevo edificio fue el de 15 de octubre de 1958, presidido por el director señor Moreno Alcañiz. Asistieron los siguientes profesores, además del director: catedráticos Temprano, Tena, Frutos, Blecua, Fernández-Galiano, Vázquez de Prada y Albiñana; profesores de Religión, Aznar, Alcalá y Faci; adjuntos, Alquézar, Romaní, Gascón de Gotor, Sanz Ronquillo, Ríus y Rodilla; profesores de E. y FEN, Rodríguez Murga, Sendino y Jiménez; maestro de Preparatoria, Gil; los adjuntos interinos, Almarza, Rodríguez, Franco, Ramírez, Lainez, Valero, y Lucea; y ayudantes becarios, Laguía, Ricarte, Navarro, Jiménez, y Cabezudo y el secretario Estevan Ciriquíán. En su intervención Moreno Alcañiz hizo constar que era el primer claustro celebrado en el nuevo edificio, «en el que aunque todavía falta para su terminación se ha instalado ya el Instituto, trayendo lo más necesario y continuando el traslado del material que todavía queda en el edificio de la plaza de la Magdalena». Alumnos de los cursos del Bachillerato Superior ayudaron en ese traslado, especialmente de los materiales de laboratorios, como me ha recordado Javier López Romanos, que fue uno de esos alumnos. Con el cambio de sede, también hubo cambios en el equipo directivo: Benjamín Tempano, catedrático de Latín, ocupó la vicedirección; Albiñana dejó a petición propia la jefatura de estudios «por el mucho trabajo que pesa sobre él en este curso», y propuso a Valentín Vázquez de Prada, que aceptó (Claustro de 15 de octubre de 1958), pero la dejó cuando sacó la cátedra de Historia Moderna y Contemporánea de España de la Universidad de Barcelona en abril de 1959, ocupando el cargo Dimas Fernández-Galiano, catedrático de Ciencias Naturales, que la desempeñaría hasta su marcha a Madrid por traslado en junio de 1960. Estevan Ciriquíán siguió siendo secretario.

La inauguración de la nueva sede del Instituto «Goya» se hizo solemnemente el 9 de abril de 1959, a partir de las 11 de la mañana, con la presencia del Jefe del Estado, Francisco Franco Bahamonde; del ministro de Educación, Jesús Rubio García-Mina; del rector de la Universidad de Zaragoza, Juan Cabrera Felipe; capitán general de la V Región Militar, Baturone Colombo; del gobernador civil de Zaragoza, José Manuel Pardo de Santayana; del alcalde de la ciudad, Luis Gómez Laguna, y de otras autoridades civiles y militares. Franco había venido también a inaugurar ese mismo día en Zaragoza el Gobierno Civil, el Sanatorio antituberculoso «Royo Villanova» (llamado popularmente «El Cascajo»), el Ambulatorio «José Antonio» y el Gimnasio Polideportivo del Parque Primo de Rivera. Tras los preceptivos discursos, Franco y las autoridades, dirigidas por el director del centro señor Moreno



Alcañiz, hicieron un recorrido por sus instalaciones, perfectamente acondicionadas con su nuevo mobiliario en las aulas y laboratorios. En las aulas, amplias y luminosas, se habían colocado pupitres de a dos, de estructura metálica, madera y sobre recubierto con una moderna melamina de color verde claro, al igual que la mesa del profesor, acompañada de un elegante y sólido sillón de madera con respaldo bajo; las pizarras eran grandes, de subir y bajar, que podían ocultarse en la parte baja para poder proyectar en el trozo de pared que dejaban libre, y que estaba pintado de blanco. Los percheros estaban al fondo de las clases. Muy poco queda de toda aquel mobiliario que resultaba muy moderno para la época, salvo el laboratorio de Ciencias Naturales y el aula de Geología, que conservan las pizarras originales y las tarimas. También quedan los armarios acristalados y empotrados en la pared de las clases, para guardar materiales escolares, trabajos y libros, que aún subsisten en las aulas actuales. Todo eso forma parte de los recuerdos de los que fuimos alumnos del «Goya» en la década de 1960.

Poco antes se había inaugurado en el vestíbulo de la segunda planta del instituto y en el amplio pasillo una Exposición de Literatura Geográfico-Histórica Universal, iniciativa del catedrático José Manuel Bleuca, y en la que colaboraron embajadas y consulados de más de cincuenta países, incluso algunos que no tenían embajada en España, como fue el caso de Polonia, Yugoslavia o Hungría. Protagonismo especial tuvieron las profesoras Paquita Lainez y María Ángel Baratech, encargadas del acopio de materiales y de su perfecta instalación. *Heraldo de Aragón* se hizo eco de este acontecimiento de paz y solidaridad. En el acto inaugural, presidido por el rector de la Universidad, señor Cabrera, hubo intervenciones del director, señor Moreno Alcañiz, y del decano del cuerpo consular acreditado en Zaragoza, el cónsul de Italia don Carlos Baratto. El rector señor Cabrera Felipe, que cerró el acto, aprovechó para darle las gracias al profesor Bleuca, anterior catedrático del «Goya», desde hacía muy poco catedrático de Literatura de la Universidad de Barcelona, que esos días estaba en Zaragoza y asistía al acto, por «la gran labor universitaria que dejó hecha antes de marcharse para ocupar nuevos destinos». Asimismo, agradeció al director y al profesorado del instituto los grandes esfuerzos que realizaban y que repercutían en «los progresos que ha experimentado este centro de enseñanza».

Al director Emilio Moreno Alcañiz, y al secretario José Estevan Ciriquián se les concedió la Encomienda de la Orden de Alfonso X el Sabio, y a Anselmo Gascón de Gotor Giménez la Encomienda del Mérito Civil. De dichos galardones se dio cuenta en el claustro de 8 de septiembre de 1959. El 5 de diciembre de ese año se les rindió un homenaje a los tres, y en el acto se procedió a imponerles las condecoraciones a las que se habían hecho merecedores.

## EL INSTITUTO «GOYA» DURANTE LOS AÑOS DEL DESARROLLISMO (1960-1970)

La inauguración oficial del Instituto «Goya» en abril de 1959 coincidió con el llamado Decreto de Nueva Ordenación Económica (21 de julio de 1959), conocido como Plan de Estabilización, que introdujeron los llamados tecnócratas, algunos vinculados al Opus Dei, para equilibrar la desnortada economía española de la autarquía, para intentar integrarla en la economía de los países occidentales, en sentido claramente capitalista; trajeron consigo medidas liberalizadoras en el ámbito económico, lo que se denominó el Desarrollismo, pero sin tocar el sistema político franquista, que seguía siendo una dictadura, por mucho que el estado nacional-sindicalista fuera sustituido por la denominada oficialmente con el eufemismo de «democracia orgánica», es decir, un pseudoconstitucionalismo que nada tenía que ver con los sistemas democráticos de Occidente. España iba a pasar de ser un país agrario a un país industrial y de servicios. El movimiento migratorio de población desde el campo a la ciudad, los inicios de una industrialización con Primer Plan de Desarrollo (1964-1967), con la creación de un Polo de Desarrollo Industrial en Zaragoza, el crecimiento urbanístico de barrios ya existentes (Delicias, Torrero, San José) y la aparición de nuevos barrios (Las Fuentes, Romareda) en la capital aragonesa, tuvieron su repercusión en la enseñanza oficial. Zaragoza comenzó la década de los sesenta con unos 325.000 habitantes y pasaron a ser unos 450.000 al finalizar dicha década. Sorprende que en ese período, cuando la población creció más de un 25%, Zaragoza siguiera teniendo sólo dos institutos nacionales de Bachillerato, el «Goya», masculino, y el «Miguel Servet», femenino, cuyo nuevo edificio, al final del paseo de Ruiseñores, se inauguró en 1965. La supremacía de los colegios privados religiosos en el Enseñanza Media seguía siendo total en número de alumnos, por los privilegios adquiridos en las décadas anteriores, y presionaron con éxito sobre las autoridades del Ministerio de Educación Nacional para impedir la construcción de nuevos institutos en Zaragoza. Como mucho se abrieron alguna sección delegada y algunas secciones filiales en barrios obreros, algunas de ellas vinculadas, paradójicamente, a órdenes religiosas.

El Instituto «Goya», con su nuevo edificio de la Gran Vía, fue alcanzando un prestigio excepcional por el profesorado, por su nivel de exigencia y por los resultados obtenidos por sus alumnos en los exámenes de las reválidas con que concluían los bachilleratos Elemental y Superior, y las pruebas de madurez del curso Preuniversitario, que permitían el ingreso a la Universidad. Estudiar en el Instituto «Goya» era la única oportunidad de cursar estudios de Bachillerato para los hijos de los obreros, de los agricultores de pueblos, para pequeños funcionarios y comerciantes, bastantes de ellos con becas estatales para cuyo mantenimiento se exigía nada menos que una media de notable y, por supuesto, no repetir curso. Pero el nuevo centro atrajo pronto, además de a hijos de docentes de la enseñanza pública —maestros, profesores de instituto, profesores de la universidad—, que habían sido habituales en el centro, también a hijos de pro-

fesionales liberales, de clases medias, de militares, incluso algunos hijos de la «alta sociedad» zaragozana. Por otro lado, el Bachillerato Superior y el Preuniversitario del «Goya» y del «Servet» eran de tal nivel académico y de exigencia que había padres que pasaban a sus hijos de los colegios privados religiosos, donde habían cursado el Bachillerato Elemental, a los institutos, pues sabían que iban a tener que esforzarse más y porque el cambio a la Universidad apenas lo notarían desde los institutos. Las calificaciones en el «Goya» eran más bajas que en los colegios privados, y los que fuimos al instituto podemos afirmar que las mejores calificaciones las sacamos en las licenciaturas universitarias, gracias a la disciplina y el esfuerzo que nos inculcaron los buenos profesores que tuvimos, algunos de los cuales nos marcaron decisivamente y fueron ejemplos, no solo para orientar o decantar nuestros estudios universitarios, sino también para los que nos inclinamos profesionalmente por la docencia. El «Goya» era, ante todo, un centro interclasista, donde no había discriminaciones ni favoritismos, donde el hijo del catedrático de universidad era compañero de pupitre del hijo del obrero metalúrgico, y el del agricultor del hijo de empleado de banca. Nadie era más que nadie, ni menos. Personalmente he de manifestar que en el «Goya» pude comprobar que el sentido de la justicia y de la recompensa por el esfuerzo realizado y el afán de superación, que había visto en los maestros que tuve en Primaria, imperaba también en casi todos los profesores del instituto. Algunos de esos profesores fueron referentes para mí, y su forma de actuar no la he olvidado en mi actividad docente. En este apartado, el historiador que elabora esta ponencia se confronta con sus propias experiencias como alumno del centro, por lo que en bastantes pasajes surge lo autobiográfico, con todo lo que eso supone.

En el profesorado del «Goya» se produjo un cambio generacional a finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta, bien por jubilaciones o fallecimientos. A las jubilaciones de Baratech y de Emilio Moreno Alcañiz, que se jubiló como catedrático de Física y Química, y como director, en noviembre de 1960, y para el que el claustro pidió su nombramiento de director honorario por unanimidad, se unirían pronto el fallecimiento en abril de 1961 de Paulino Ríus, adjunto de Ciencias Naturales, y el del catedrático de Griego don Vicente Tena Mateo, el 16 de enero de 1964; y las jubilaciones de Benjamín Temprano, catedrático de Latín; de José Luis Rodilla, adjunto de Lengua y Literatura, ese mismo año de 1964, y la de Anselmo Gascón de Gotor en abril de 1965. También había muerto en Madrid, en 1962, Miguel Allué Salvador, que había sido director del «Goya» de 1919 a 1931 y de 1936 a 1940. Era una generación de profesores que se habían iniciado mucho antes de la guerra civil y representaban una época pasada.

En cambio, llegaron nuevos catedráticos y profesores adjuntos, bastantes de los cuales fueron profesores míos y de mi generación. En el concurso de traslados de comienzos de 1960 llegaron al «Goya» los catedráticos que sustituyeron a Bleuca y a Vázquez de Prada. El de Lengua y Literatura era Jesús Manuel

Alda Tesán (1910-h. 1997), que había sido alumno del «Goya». Amigo del poeta Miguel Hernández, con quien había fundado la revista *Gallo crisis* en Orihuela, en cuyo instituto había sido profesor entre 1933 y 1935, fue catedrático sucesivamente de los institutos de Játiva (1940-1941), femenino de Oviedo (1941-1942), donde hizo buena amistad con el filólogo Rafael Lapesa, catedrático en el masculino de Oviedo, y del instituto femenino «Príncipe de Viana» de Pamplona (1942-1960), si bien desde 1958 era director de la sección Filial n.º 1 del «Goya» en comisión de servicios. Hombre de cierta corpulencia, aunque no alto, y cara ancha, vestía con gran elegancia, con trajes modernos y corbatas haciendo juego con pañuelos de bolsillo, siempre muy perfumado; le llamábamos «exquisito Alda». Trataba a los alumnos con algo de displicencia y no siempre estaba dispuesto a dar clase, pero el día que estaba por la labor la clase era excelente. Si bien en Lengua de 1.º le teníamos temor, en la Literatura de 4.º nos resultó más interesante, y en la Literatura de 6.º lo pudimos valorar en cuanto sabía. Aún recuerdo las clases magistrales y los comentarios sobre *El Libro del Buen Amor*, sobre Jorge Manrique, autor del que era auténtico especialista nacional, sobre Garcilaso, Boscán, Góngora o Quevedo. No despertaba muchas simpatías, pero se le reconocía competente, y gracias a él aprendí que era una «solución de continuidad» o la «misoginia». Era un personaje contradictorio, elitista, un liberal-conservador de orígenes católicos, y podría contar bastantes anécdotas y algunos conflictos que con él tuve siendo ya profesor y él director, así como confidencias que me hizo entonces y después.

El otro catedrático que llegó en 1960, de Geografía e Historia, fue Mariano Navarro Aranda (1917-1988). Fue el gran director del Instituto «Goya» entre 1961 y 1970. Hijo de comerciante y alumno del «Goya», desde su juventud perteneció a la estudiantes católicos y también fue militante de las Juventudes de la CEDA. La guerra civil le marcó mucho, si bien no solía hacer alarde de sus muchos padecimientos en el penal de Valencia y del castillo de Cardona, tras caer prisionero en Corbatón, al comienzo de la ofensiva republicana contra Teruel, en diciembre de 1937. Lo pasó francamente mal, y por ello y por sus actuaciones recibió en 1940 la Medalla de Campaña, la Cruz Roja del Mérito Militar y la Medalla de Sufrimientos por la Patria. Tras terminar los estudios de Filosofía y Letras en 1940, sacó cátedras de instituto en 1943, obteniendo la plaza del instituto de Calatayud, de donde pasó en 1949 al instituto de Teruel, donde permaneció hasta venir al «Goya» en diciembre de 1959. En 1 de abril de 1959 recibió la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio. La experiencia como organizador y como jefe de estudios, primero, y luego como director del instituto de Teruel fueron méritos para que le nombraran director del «Goya» en el verano de 1961, tras la interinidad de Benjamín Temprano, quien, sin duda, aspiraba a ser director poco antes de jubilarse, y fue preterido por las autoridades ministeriales. Mariano Navarro era un catedrático joven para una nueva etapa del centro. En 2.º, 4.º y 6.º de Bachillerato lo tuve de profesor y me dejó un

excelente recuerdo. El hecho de que hoy sea lo que soy se lo debo en parte a Mariano Navarro. Mi padre, tras terminar yo el Bachillerato Elemental, se presentó a él como director para preguntarle si me veía con cualidades para proseguir los estudios. Mariano Navarro le manifestó una opinión positiva sobre mis aptitudes para el estudio, y le recomendó que hiciera lo posible para que siguiese estudiando, aunque tuviese que trabajar. Su opinión fue determinante para mi padre; me convertiría en el primer universitario de mi familia.

Sus clases de Historia del Arte eran muy amenas y agradables, con proyecciones en el salón de actos, complementadas por las que nos daba la también excelente profesora Paquita Lainez cuando él no podía venir a clase, debido a sus ocupaciones en la dirección del centro. El viaje de estudios que hicimos los de 6.º E con Mariano Navarro a Santa María de Huerta, Sigüenza, Guadalajara, Madrid y Toledo nunca lo olvidaré. Aparte de llevarnos en Madrid al teatro, a ver *El condenado por desconfiado* de Tirso de Molina, y al día siguiente al cine Callao, para ver *Al este del Edén*, se mostró próximo a los alumnos, de manera que conversábamos con él durante el viaje de cosas muy diversas. Ya en 6.º yo quería ser profesor de Historia de instituto. Se le notaba que le gustaba enseñar y tratar a los alumnos. Muchas anécdotas me vienen a la mente sobre Mariano Navarro, pero ya habrá tiempo de escribir monográficamente de él en otro lugar. Fue autor de dos excelentes estudios para la época sobre el mudéjar y las torres mudéjares de Teruel (1953) y otro sobre la función geohistórica de la ciudad de Teruel (1950).

Para ocupar la cátedra de Matemáticas vacante por la jubilación de Baratech vino en septiembre de 1960 por traslado desde el instituto de Logroño el riojano Álvaro Sáinz Eguizábal, que sólo permaneció hasta 1962, pues sacó cátedra de Matemáticas de la Escuela de Peritos Industriales de Madrid y tuvo que marchar a la capital de España. También en septiembre de 1960 llegaron dos nuevos catedráticos. Una, de Ciencias Naturales, la catalana Ana Torras Foulon, dejó un magnífico recuerdo por su competencia y por el interés que ponía en el aprendizaje de los alumnos. Recuerdo que con ella hacíamos las prácticas de laboratorio en 3.º de Bachillerato y nos dejaba subir en los recreos a mirar por los microscopios amebas y cultivos que nos preparaba. La profesora Torras permaneció en el «Goya» hasta septiembre de 1967, en que por traslado se marchó al instituto de Sabadell. Sentimos mucho su marcha. El otro, el navarro Eduardo Nagore, de Física y Química, que permaneció hasta septiembre de 1968, en que se trasladó al instituto «Benlliure» de Valencia. Lo recuerdan como profesor competente, autor de los libros de texto que llevábamos de la materia. Las prácticas, realizadas con las entonces jóvenes profesoras becarias Mercedes Mínguez y Carmen de la Peña, que bien pronto sacaron las oposiciones de adjunto, eran de gran nivel, lo que favoreció que fueran bastantes los alumnos que después estudiaran la licenciatura de Ciencias Químicas. Ambas profesoras serían unos años después profesoras agregadas del «Goya». Protagonizó Nagore

en la primavera de 1964 un incidente con los alumnos de 5.º durante un viaje de estudios a Madrid y Toledo. A unas faltas de disciplina de algunos alumnos del viaje, que no quisieron acompañarles a algunas de las visitas programadas, respondió Nagore dejando abandonados a todos los alumnos en Madrid. Ello provocó que el jefe de estudios Albiñana actuara como instructor para averiguar lo sucedido (Claustro de 12 de mayo de 1964). Hubo sanciones.

También fueron llegando a comienzos de los sesenta una serie de adjuntos ante el aumento del alumnado del «Goya». Así, en junio de 1960 Ángel San Juan, de Física y Química, que nos hizo trabajar bastante en 4.º de Bachillerato; siendo jefe de estudios falleció trágicamente en octubre de 1970. En septiembre de 1960 José March Aumella, de Dibujo, que nos dejaba hablar mientras dibujábamos, y Julio Ariño, de inglés, que estuvo hasta 1966. En septiembre de 1960 llegó Carmen Sender Garcés, de Lengua y Literatura, por permuta de su plaza del instituto de Huesca, después de haber sido profesora en el de Seo de Urgell. Carmen Sender era la elegancia, con sus trajes tipo Chanel. Se notaba que durante su época de estudiante universitaria en Barcelona había trabajado de modelo de casas de moda. No la tuve hasta el Preuniversitario, en el curso 1970-1971, donde nos dio un curso de Literatura Española Contemporánea inolvidable. Sus clases eran un foro de lecturas, de comentarios de cine, de teatro, de poesía, de música. Leímos mucho, desde teatro romántico hasta novelas de Cela –*Pabellón de reposo*, *La familia de Pascual Duarte*–, de Carmen Martín Gaité –*Entre visillos*–, de Carmen Laforet –*Nada*–, o *Las aventuras de Alfanbui* de Sánchez Ferlosio. Se sorprendió de que muchos ya hubiéramos leído *Requiem por un campesino español*, de su hermano, Ramón J. Sender. Unos años después fuimos compañeros docentes y amiga inolvidable en el «Goya».

Tras haber sacados las oposiciones de profesores adjuntos, Paquita Lainez no se incorporó a su plaza de Mérida, y permaneció unos años como adjunta interina. Por eso la tuve de profesora de Geografía en 1.º de Bachillerato, y luego en sustituciones de otros cursos, cuando Mariano Navarro no podía venir a clase. Con mucho garbo y encanto personal, que sigue conservando, recuerdo las excelentes clases de arte del Renacimiento que nos impartió en 6.º, durante dos semanas de ausencia de Navarro. Francisco Martín Pena tampoco se incorporó a la agregación de Matemáticas de Calahorra, y también siguió de interino. Era militar y se le notaba en sus comportamientos y guardias en los pasillos. Imponía temor en nosotros.

A finales de septiembre de 1963 llegó al «Goya» la catedrática de alemán, que lo sería hasta su jubilación, María Asunción Goicoechea. Mujer de fuerte carácter y trato nada fácil, impulsó mucho los estudios de alemán en el centro, pues dos profesoras anteriores habían estado simplemente de paso. Consiguió becas para que alumnos de alemán pasasen veranos en la entonces República Federal Alemana, así como de lector o lectora de alemán.

En enero de 1964 falleció Vicente Tena, catedrático de Griego. También murió ese año el ya jubilado profesor Baratech, y se jubilaron Benjamín Temprano, catedrático de Latín, y el adjunto de Lengua y Literatura José Luis Rodilla, que regaló su piano de cola al instituto, piano desaparecido hace pocos años y que presidió el escenario del salón de actos del instituto. Para ambos el claustro pidió la Encomienda de Alfonso X el Sabio a fin de premiar su labor docente a lo largo de más de cuarenta años en el «Goya», que les fueron concedidas en octubre de 1964. Poco pudo disfrutarla el profesor Rodilla, pues murió al año siguiente. Temprano vivió hasta 1975. Con ellos, y con Anselmo Gascón de Gotor, jubilado en 1965, se acaban los profesores del «Goya» de antes de la Guerra Civil. Los que ahora ocupaban las cátedras y las adjuntías, desde 1967 denominadas agregaciones, eran ya profesores que, aunque bastantes de ellos hubieran participado en la guerra, habían llegado a la docencia en las décadas de 1940 y 1950.

En octubre de 1964 se produjo la incorporación al «Goya» de nuevos profesores. Serafín Agud Querol (1916-2004) llegaba desde el instituto «Menéndez Pelayo» de Barcelona a ocupar la cátedra de Griego, tras la muerte de don Vicente Tena. Agud, que permanecería en su cátedra hasta su jubilación en 1987, fue un referente para los estudios clásicos en Zaragoza. Fiel discípulo de Domingo Miral, su método de enseñanza del griego, haciendo razonar todo, era tan germánico como eficaz. Imponía un respeto extraordinario, y el temor primero se trocaba pronto en interés por la materia. Su vehemencia, su capacidad pedagógica y los estímulos culturales que nos transmitía nos marcaron en mayor o menor medida. A nadie dejaba indiferente. No es ninguna casualidad que los profesores del departamento de Griego de la Facultad de Filosofía y Letras y una parte de los de Latín hayan sido alumnos de Agud, a quien dicho departamento le rindió un merecido homenaje, pues también fue profesor de griego de dicha facultad. Se alegraba del éxito profesional e intelectual de sus alumnos y, en mi caso, si bien discrepamos en asuntos relativos al centro en los años en que estuve de profesor agregado en el «Goya», siempre me demostró afecto.

El otro catedrático que llegó en septiembre de 1964 fue Julio García Pradillo, catedrático de Matemáticas, que tras estar varios cursos se marchó al instituto «Quevedo» de Madrid en 1970. Se le recuerda como durísimo y desconcertante, con sus fichas de alumnos que parecían una baraja. Podía preguntar dos y tres veces en el mismo día. Para cubrir plazas de catedráticos numerarios en la Sección Delegada del «Goya», que se instaló en 1963 en la planta baja del edificio del Colegio Menor del Frente de Juventudes (actual residencia «Baltasar Gracián»), en Franco y López, n.º 8, llegaron José María Pinilla, de Física y Química; M.<sup>ª</sup> Paz Lobato, de Ciencias Naturales, y Vicente Argomániz, de Latín. Los dos primeros pasarían unos años después a la plantilla del «Goya».



En 1965 hubo nuevas incorporaciones de profesores. La cátedra de Latín fue ocupada por Manuel Gormaz Júdez (1917-2003), procedente del instituto de Calatayud. De baja estatura, muy tímido y afable, fue un excelente profesor de Latín. Con Agud hicieron hasta su jubilación a mediados de los ochenta un buen «tandem» clásico, preparando excelentemente a futuros profesores de instituto y universidad en lenguas clásicas, en los que despertaron su vocación por ellas. Gormaz fue esforzado jefe de estudios (1966-1969) y después director del «Goya» entre 1970 y 1974, en una situación de interinidad por parte de las autoridades educativas totalmente injusta para él; el desempeño de la dirección le produjo no pocos sinsabores y problemas. Juan José Carreras Ares llegó en julio de ese año para hacerse cargo de la cátedra de Geografía e Historia de la Delegada n.º 1 del «Goya». Recién vuelto de la universidad de Heidelberg, Carreras obtuvo el n.º 1 en la oposiciones a cátedras de instituto de ese año, y por eso vino a Zaragoza. Permaneció en esa cátedra hasta la primavera de 1969 en que ganó por oposición una agregación de universidad.

Ese mismo año 1965 llegaron dos jóvenes profesoras adjuntas, Gloria Desentre y María José Rufas, de las que guardo muy buen recuerdos. Gloria Desentre, profesora de Lengua y Literatura en 2.º de Bachillerato, que aún me recordaba recientemente con los pantalones cortos; era de una belleza singular, que aún mantiene. Iba vestida aquel curso de su llegada de negro por el fallecimiento de su madre, y tenía y tiene una voz muy agradable y una sonrisa especial que cautivaba. Nos hacía memorizar y recitar romances medievales, fragmentos de los cuales nunca he olvidado, y nos ayudaba a navegar en el mar proceloso de la sintaxis. Años más tarde tuve el honor de ser compañero suyo, al igual que de algunas de mis queridas profesoras de aquellos años: Amparo de Juan, con carácter y pundonor, sobreponiéndose a una seria enfermedad que no le impedía darnos clases de Francés en 4.º; María Ángeles Beriain, de Calahorra, todo corazón y muy agradable; Julia Tomás, de Latín, airada y desconcertante en ocasiones, en el fondo nos apreciaba, aunque le costase mucho exteriorizarlo; Orosia Campo, de Griego, de aspecto decadente, pero de indudable sensibilidad y discreción; Angelines Sanz, mi profesora de Matemáticas en 1.º, 3.º y 4.º de Bachillerato, exigente y muy preocupada por que aprendiésemos bien la materia, que hizo que me gustasen mucho las ecuaciones, aunque mi fuerte no fuese, precisamente su materia; y María José Rufas, joven profesora de Ciencias Naturales, muy bien preparada, que me inició con aquella asignatura llamada «Aproximación a la Naturales» en 2.º, y que, años después, me impartió una magnífica «Biología» en Preuniversitario, muy al día en novedades. Varias de ellas, como digo, se convirtieron en compañeras docentes en el «Goya» cuando llegué de profesor agregado, y recuerdo que me recibieron como a un hijo académico, en el que sintieron reconocida de algún modo su labor docente. Nunca me olvidaré del afecto y atenciones que prodigaron a aquel «pipiolo» de 22 años.

A comienzos del curso 1966-1967 se plantearon problemas de profesorado, pues los grupos habían aumentado mucho y los catedráticos y agregados numerarios no eran suficientes para atender la docencia, por lo que se hizo necesario contratar a unos cuantos profesores adjuntos interinos, tanto para el instituto como para la sección delegada. Se fue Julio Ariño al sacar cátedras, y Eugenio Frutos Cortés, que pidió la excedencia en la cátedra del instituto para atender sólo la de de Filosofía de la Facultad de Letras de Zaragoza. En el claustro del 7 de septiembre de ese año se despidió emocionado de los compañeros del «Goya», donde había estado de catedrático nada menos que 24 años, desde septiembre de 1942. Tanto el director como otros profesores manifestaron su tristeza y sentimiento por la marcha del «Goya» de tan excepcional profesor. También murió el 30 de agosto el adjunto de Geografía e Historia Sanz Ronquillo (1897-1966), poco antes de jubilarse. Llegó como nuevo adjunto José Antonio Vicuña, que sólo estaría un año, ya que al obtener cátedras de instituto tuvo que irse a la plaza que le correspondió. También llegó la competentísima Pilar González como adjunta de matemáticas a la sección Delegada.

Al terminar ese curso 1966-1967 se jubiló nuestra admirada y querida doña Carmen Alquézar, la «abuelita», que había tenido un curso accidentado debido a una caída en la que se rompió un brazo, que traía escayolado a clase de Francés, en 3.º A de Bachillerato. Se despidió de sus muchísimos años de docencia y de nosotros con emoción. Años después, cuando iba a verla a la residencia junto a la Plaza de Toros donde estaba, me contaba anécdotas de su vida docente y yo de los recuerdos que de ella tenía. Aún la veo emocionada ante un cuaderno mío de Francés de 2.º, al final del cual había escrito en mayo de 1966 una frase sobre mí que me conmovió. Nunca la olvidaré. Lamentablemente, también se marchó Ana Torras a sus tierras catalanas, dejándonos un gran recuerdo por su sabiduría y dedicación, y por sus gratas excursiones.

Antes de comenzar el curso 1967-1968 llegaron destinados al «Goya» varios profesores nuevos. Aquilina Satué vino de catedrática de Filosofía a la plaza dejada por Frutos. Mujer de sólida formación tomista, fue siempre muy reservada, distante y clasista en el trato, no sólo con el alumnado, sino también con la mayoría de los compañeros profesores, especialmente con los agregados e interinos. El agregado de Filosofía, Jesús Alegre, era un auténtico plomo, que no hacía nada atractiva la asignatura de Filosofía; se perdía en largas exposiciones, con una dicción pésima, lo que hacía que con frecuencia resultase ininteligible. Como adjuntas llegaron también ese curso Gloria Bello, de Inglés, y Rosa María Palacios, de Geografía e Historia. Venía ésta trasladada del instituto de Logroño, y había sido profesora becaria del «Goya» antes de sacar brillantemente las oposiciones en 1962. Durante los casi cuarenta años que estuvo en el instituto, hasta su jubilación como catedrática en 2002, fue ejemplo de competencia y dedicación, con un trabajo concienzudo y mostrando gran interés por sus alumnos, que la recordamos como excelente profesora y, luego, en mi

caso, compañera de departamento. Como adjuntas destinadas a la sección Delegada llegaron Paquita Marín, de Física y Química; Pilar Pardo, de Francés, y José Luis Ollero, de Geografía e Historia. De las dos primeras puedo hablar como compañero, y debo destacar las cualidades humanas y la profesionalidad de la primera, hoy llena de vitalidad y simpatía, y la espontaneidad, modernidad y grata conversación de la segunda, fallecida hace unos pocos años.

El final del curso 1967-1968 vio cómo se iban Nagore, a Valencia; Argomániz a San Sebastián, y Ollero, que había sacado cátedra de instituto, a Calahorra. El siguiente, 1968-1969, trajo a M.<sup>ª</sup> Paz Lobato Díez desde la Delegada, ya como catedrática titular de Ciencias Naturales. Delgada, exigente y metódica, impartía las Ciencias Naturales de 5.º de Bachillerato segura de su saber y de su experiencia docente. Se extendía en la Cristalografía y la Geología, materia en la que era especialista. Su aula, junto al laboratorio de Ciencias Naturales, que aún está, era su dominio. Hasta su jubilación en el «Goya», su figura, como la de Ana Torras antes, se une a la de los grandes naturalistas que enseñaron en el «Goya» a lo largo del siglo xx. También llegó como agregada de Geografía e Historia la barbastrense M.<sup>ª</sup> Asunción Bielsa Turmo desde Baracaldo. En 1969 Mariano Navarro fichó a ambas para secretaria y vicesecretaria del instituto, y en el cargo permanecieron con Gormaz como director hasta 1974. Buena profesional, no tuve a Asun Bielsa de profesora, pero sí de compañera de departamento, primero en el «Goya» y años después en el «Pablo Gargallo» como catedrática. Sus cualidades humanas y su dedicación al apostolado tras su jubilación anticipada, primero en tierras africanas y después en Israel, donde ahora está, le engrandecen como profesora y como persona. Asimismo, vino la ya citada M.<sup>ª</sup> Ángeles Beriain, a la plaza vacante por jubilación de Carmen Alquézar. Juan José Carreras Ares dejaría su cátedra de la Delegada n.º 1 del «Goya» en mayo de 1969. Mariano Navarro, con quien Carreras siempre tuvo una relación correcta, puso de relieve los méritos intelectuales y profesionales de su compañero de departamento en las elogiosas palabras de despedida que le dedicó tras haber sacado la agregaduría de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada, a las que se unieron el resto de claustres. Juan José Carreras se ofreció a todos sus compañeros en su nueva actividad docente (Claustro del 14 de mayo de 1949). También le llegó el 22 de septiembre la edad reglamentaria de jubilación a José Estevan Ciriquián, treinta años secretario del «Goya». Se le agradecieron tanto los servicios como la donación que hizo de su biblioteca de Matemáticas al instituto. Moriría en 1973 este gran catedrático, que formó a tantos matemáticos, físicos, ingenieros y arquitectos de renombre en el «Goya».

En septiembre de 1969 se incorporó José María Pinilla por traslado a la cátedra de Física y Química del «Goya» desde la sección Delegada n.º 1. Mis compañeros del Bachillerato de Ciencias le recuerdan como buen profesor, algo duro. Lamentablemente murió pocos años después, en 1975.

El año de 1970, en el que concluimos nuestro estudio, se produjeron muchos cambios en el claustro del «Goya». Se jubiló el señor Vela, de Ciencias Naturales; el director Mariano Navarro se marchó en agosto de ese año de inspector extraordinario a Barcelona, y le acompañó en comisión de servicios su esposa, la profesora de Matemáticas Angelines Sanz Morón; y en septiembre de 1970 se incorporaron dos nuevos catedráticos de Matemáticas, Víctor Manuel Onieva Alexandre, procedente de Huesca, y Rodolfo Parra, procedente de Logroño, así como varios profesores agregados: Romualdo Sancho Granados, de Matemáticas, para el «Goya»; los señores Lozano Rodríguez de Latín y Rosendo Tello, de Lengua y Literatura para la sección Delegada n.º 1; y para la sección Delegada n.º 2, situada al otro lado del patio de recreo del «Goya», los primeros profesores agregados, Ángel Sancho Blánquez, de Geografía e Historia; Manuel Pallás, de Matemáticas; Mercedes Mínguez Valle, de Física y Química, y González Guerrero, de Ciencias Naturales. A la sección Delegada n.º 3, en Borja, fueron las señoritas Ana M.<sup>a</sup> Cobeta, de Geografía e Historia, y Pablos Méndez, de Francés; y a la Delegada n.º 4, en Cariñena, fueron destinadas Carmen de la Peña, de Física y Química, y Paquita Lainez, de Geografía e Historia.

Por el «Goya» pasaron también como adjuntos interinos un buen plantel de profesores: Irene Tomás Sáinz de Medrano, de Latín; Virginia Campo, sustituta de Ciencias; Isabel Bullido, de Matemáticas; Lola Franco, de Dibujo; Santiago Ruiz, de Matemáticas; Cecilia Ruiz-Olalde, de Física y Química; Luis García Amorena, de Ciencias Naturales; Miguel Clemente, de Filosofía; M.<sup>a</sup> Ángel Baratech, de Lengua Española, o Antonio Borderías, sustituto de Letras, entre otros.

El conserje siguió siendo hasta su jubilación Mariano Ibáñez Serrano, que vivía en el mismo centro, y los porteros o bedeles Bernardino Hernández Leciñena, Daniel Marcellán Rodríguez, y en la Delegada n.º 1 Simón Soler Ansón, que en 1968 pasó a desempeñar sus funciones al «Goya». Personas de grato recuerdo, es de agradecer la paciencia que tenían con nosotros y su buen talante.

La década de 1960 estuvo ocupada por la dirección de Mariano Navarro Aranda. Le renovaron el nombramiento, sucesivamente, en 1964, 1967 y julio de 1970, es decir, pocos días antes de su marcha a Barcelona. Él fue el que dio el impulso definitivo al instituto «Goya» y le colocó en el primer nivel de la enseñanza media de Zaragoza. Hombre con experiencia en cargos, pues había sido jefe de estudios en los institutos de Calatayud y de Teruel, y director de éste entre 1955 y 1959, parece lógico que las autoridades del Ministerio de Educación Nacional le considerasen el mejor candidato posible para la dirección del «Goya». Condecorado con varias condecoraciones militares, ganadas durante la guerra civil, con la Encomienda de Alfonso X el Sabio concedida en abril de 1959 por su labor al frente del instituto «Ibáñez Martín» de Teruel, y miembro de la influyente Asociación Católica Nacional de Propagandistas, Mariano Navarro tenía 44 años cuando fue nombrado para la dirección del

«Goya» en julio de 1961, cargo que ejerció hasta agosto de 1970, en que fue nombrado inspector extraordinario de Enseñanza Media en el Distrito de Barcelona. Tenía dotes de mando y también se encontraba a gusto desempeñando el cargo. Pero tuvo que desempeñarlo en un ambiente algo hostil, pues había varios catedráticos que aspiraban también a mandar. No fueron tanto diferencias ideológicas cuanto aspiraciones personales y diferencias de talante.

Su nombramiento de director sentó como un tiro a algunos de ellos, empezando por Benjamín Temprano que, como había ocurrido con Baratech y con Moreno Alcañiz, aspiraba a jubilarse de director confirmado, pues ejerció el cargo interinamente entre diciembre de 1960 y julio de 1961. Los últimos años de la dirección de Navarro los recuerdan algunas profesoras próximas a él como muy duros, por el protagonismo y las ambiciones de algunos de esos catedráticos (Temprano, Albiñana, Alda, Agud) que se creían superiores. Los claustros no eran, precisamente, una balsa de aceite. Ello lo expresaba Mariano Navarro con una frase lapidaria y muy reveladora de las presiones con las que tenía que lidiar: «En el Goya no hay un dios, todos son dioses». Otra de esas profesoras me recuerda que decía que para ejercer la dirección de un centro hacía falta «puño de hierro con guante de terciopelo». La marcha de Mariano Navarro de inspector a Barcelona estuvo, en gran parte, motivado por esa tensa situación creada; fue como una especie de liberación o de poner tierra de por medio. Debía de estar bastante harto de la tensión que se vivía en el claustro, y según me confirman, su última etapa como director fue un auténtico «calvario». En su expediente personal consta que en febrero de 1969 había presentado la documentación pertinente para pedir el traslado a otro centro, sin que se especifique cuál, ni de qué ciudad, si bien solicitó su renuncia al concurso en junio, antes de la resolución definitiva. Eso hay que interpretarlo como un indicio de que se quería marchar del «Goya».

Era Mariano Navarro elegante, simpático, si bien con genio fuerte y enérgico. Trató siempre muy bien a los profesores de su departamento y a los becarios, desviviéndose para que prepararan bien sus oposiciones, adquiriendo la bibliografía necesaria y dotando al departamento de Geografía e Historia de algunos materiales didácticos, medios y mobiliario que todavía utilizamos y conservamos. Formó un equipo directivo en buena parte continuista, en el que dio juego a esos «dioses», para que se sintieran protagonistas y eficaces. Vicedirector fue Serafín Agud Querol. Como jefe de estudios primero mantuvo a Carlos Albiñana (1960-1966); tras la renuncia de éste por enfermedad y una seria operación nombró a Manuel Gormaz Júdez (1966-1969), y, tras la renuncia de Gormaz por cansancio, nombró al agregado Ángel Sanjuán (1969-1970). Siguió siendo secretario –perpetuo– José Estevan Ciriquián, hasta su jubilación (1940-1969), y después ocupó la secretaría M.<sup>a</sup> Paz Lobato (1969-1974). En el cargo de interventor mantuvo primero a Eugenio Frutos (1959-1966), y, cuando éste pasó totalmente a la docencia universitaria, le sustituyó Jesús Manuel Alda

(1966-1969). Como vicesecretario siguió Leopoldo Romo (1955-1969), sustituido por M.<sup>a</sup> Asunción Bielsa (1969-1974). En 1968 debieron de producirse diferencias serias en el equipo directivo, pues tanto Manuel Gormaz, jefe de estudios, como Serafín Agud, vicedirector, quisieron dimitir de sus cargos. Gormaz, en el claustro del 30 de marzo de 1968, rogó que se fuera pensando en su relevo, si bien reconsideró su postura al ser propuesto por aclamación en el claustro del 13 de septiembre de ese año, aceptando continuar sólo para el curso 1968-1969, pero manifestó «que lleva tres cursos seguidos y desea dejarlo». Serafín Agud, en el claustro del 22 de noviembre de 1968, manifestó que quería cesar como vicedirector y que había presentado su renuncia, pero no debió de hacerse efectiva. Sin duda, había discrepancias.

En la remodelación del equipo directivo que hizo Navarro en septiembre de 1969 por primera vez entraron a formar parte de él dos profesores agregados, Sanjuán y Bielsa, pues hasta entonces los catedráticos habían copado todos los cargos directivos, y, además, en él hubo dos mujeres: María Paz Lobato y Asunción Bielsa, dos profesoras de gran capacidad organizativa, que se iban a entender muy bien. A ello había que añadir el nombramiento de otra mujer de confianza, Paquita Lainez, como jefe de estudios de la sección Delegada n.º 2, que comenzó su andadura en el curso 1968-1969. Sin duda, Mariano Navarro reforzó así su sector más afín y de confianza.

Desde el principio de su mandato Mariano Navarro buscó ampliar la proyección social e intelectual del instituto, porque creía en la función social de la enseñanza pública. El aumento rápido de alumnos y grupos de Bachillerato, le llevaron a procurar la creación de secciones delegadas y filiales. Durante su dirección se crearon la Delegada n.º 1 en 1963, que ocupaba la planta baja del Colegio Menor de Juventudes, en Franco y López, núm. 8; y la Delegada n.º 2, con edificio propio, que se crearía en 1968 al otro lado del patio del Instituto «Goya», actual Pabellón Sur del mismo, así como una serie de secciones filiales del «Goya». También se crearon en cabeceras de comarca varios CLA (Colegios Libres Adoptados), uno en Escatrón en 1966; otro en Borja, en 1967, que dos años después pasó a sección Delegada n.º 3; otro en Cariñena, creado en 1967 y transformado en 1970 en sección Delegada n.º 4; y un cuarto en Alagón, creado en 1969. Todos ellos se convertirían a mediados de los setenta en institutos. Las secciones filiales tenían otro estatus, pues las instalaciones y el mantenimiento dependían de la orden religiosa con la que se hacía el concierto, y el profesorado era contratado por el Estado, incluidos miembros de la orden que regía el centro. La dirección de ellas era ocupada por un profesor funcionario, catedrático o agregado, en comisión de servicios. Habían sido iniciadas ya en 1958, creándose en Zaragoza las Filiales 1 y 2, en el barrio de Oliver y en la Parcelación Vicente del barrio de Delicias; en 1961 se cearon las Filiales n.º 3 y n.º 4 del «Goya», en Torrero y en el centro «Santo Domingo de Silos» de Las Fuentes; después las filiales n.º 5 y n.º 6, en 1966, y la filial n.º 7, también en

«Santo Domingo de Silos», en 1970. A falta de un nuevo instituto en Zaragoza —el mixto n.º 1, llamado «Ramón de Pignatelli» no se creó hasta el curso 1972-1973— la fórmula de creaciones de secciones delegadas y filiales fue la única manera de incrementar las plazas públicas de Bachillerato en una ciudad donde la enseñanza privada religiosa era dominante desde hacía décadas. En la primavera de 1970 hizo gestiones Mariano Navarro en Madrid y consiguió el compromiso de las autoridades del Ministerio de Educación y Ciencia de que la Delegada n.º 2 no se transformaría en un centro de EGB, como se pretendían con la inminente entrada de la LGE de 1970, y pasaría a formar parte del Instituto «Goya», algo que se cumplió en septiembre de 1976, al extinguirse la sección Delegada n.º 2, pasando a ser el Pabellón Sur del instituto.

Nada más llegar Mariano Navarro a la dirección del «Goya» manifestó al Claustro que el cargo para el que había sido nombrado era un cargo «no deseado ni procurado», y exponía con claridad lo que parecía un programa de actuaciones durante su mandato: aumentar la proyección social y educativa del instituto, en formación y educación, además de en instrucción; mejorar la administración del centro; mejorar las instalaciones del mismo; mejorar las relaciones con los colegios de los que procedían los alumnos del instituto y con los padres de los alumnos, y prever el aumento del número de alumnos (Claustro de 12 de septiembre de 1961). Por ello, días antes había viajado a Madrid para presentarse al director general de Enseñanza Media y gestionar que se cubrieran lo más rápidamente por traslado la cátedra de Física y Química vacante, y las adjuntías de Ciencias Naturales y Matemáticas; y lo consiguió.

En cuanto a las instalaciones del centro, que era nuevo, pero necesitaba mejoras o completar aspectos no contemplados en el proyecto, Mariano Navarro hizo una eficaz labor durante sus mandatos. A comienzos de septiembre de 1961 se había colocado vallas metálicas para proteger las vidrieras de la fachada Este del edificio, «pues habían sido apedreadas con frecuencia»; se colocó un pasamanos de madera a la barandilla de la escalera, se había dispuesto un despacho para el vicedirector y el interventor, y un megáfono para pasillos, escaleras y patio. Por entonces las autoridades ministeriales se estaban planteando con el Instituto «Goya» dos posibilidades: o bien hacer de él en un centro para unos 1.000 alumnos, o ampliarlo hasta aumentar la capacidad a unos 1.500 alumnos, es decir, un macrocentro como el instituto «Ramiro de Maeztu» de Madrid, algo que acabó desestimándose en favor de la apertura de la sección Delegada n.º 1 y más filiales.

Se echaba en falta un gran gimnasio, de unos 1.500 m<sup>2</sup>, que al final no se hizo, al cambiar el ministerio sus planes, y por ello permaneció el gimnasio, mucho más pequeño, que conocimos como alumnos. El polideportivo actual se construyó con presupuesto de la Delegación Nacional de Deportes en 1975-1976. En 1962 se pretendía hacer la pavimentación del patio, que no llegó hasta dos



años después, pero sí se hizo, en el espacio que ahora ocupa el Pabellón Sur, un foso para saltos y lanzamientos, y es una zona que quedó de tierra, donde jugábamos los alumnos a los pitos y «metres». En febrero de 1964 se habían terminado las aulas anexas a los laboratorios de Física y Química y de Ciencias Naturales, y en octubre llegaron once equipos para esos laboratorios (Claustro de 14 de octubre de 1964). También se hizo en febrero-marzo la pavimentación del patio de recreo. Para entonces aún pensaba Mariano Navarro que podría construirse un gran gimnasio y un gran salón de actos (Claustro de 11 de febrero de 1964), que no llegaron a hacerse, pero ya se había descartado la creación de un centro de 1.500 alumnos, y a cambio se pensaba en crear dos secciones delegadas más, de las que sólo en construiría en el curso 1967-1968 la Delegada n.º 2, el actual Pabellón Sur del «Goya», y que entró en funcionamiento para el curso siguiente. En septiembre de 1965 se recibió «un modernísimo laboratorio de Fonética», que Albiñana ponía a disposición de los profesores de idiomas, y se querían poner vallas más altas en el patio de recreo, pues eran bastantes los alumnos, incluso de las secciones de Preparatoria, que se dedicaban a saltar las que había, pues la que tenía el centro era baja (Claustro de 14 de octubre de 1965). También se iban a hacer dos aulas grandes en la planta baja, donde cupieran 250 examinandos. Especialmente se pensaba en alumnos libres y los que tenían que hacer los exámenes de las Pruebas de Reválida de 4.º y de 6.º de Bachillerato.

Otra de las grandes preocupaciones de Mariano Navarro como director fue prestigiar el instituto y darle protagonismo en la sociedad zaragozana, demostrar rotundamente que la enseñanza del «Goya» era mejor que la que se impartía en los centros privados de enseñanza. No olvidemos que él había cursado el Bachillerato en el «Goya» entre 1928 y 1934. Siendo como era una persona ideológicamente vinculada a la ACNP, es decir, a la derecha católica, y ser, evidentemente, afecto al régimen político imperante, había en Mariano Navarro una clara sensibilidad social. Era totalmente partidario de la política de becas para que pudiesen estudiar los hijos de las clases medias, de los obreros y de los agricultores, y favoreció el interclasismo que se respiraba entre los alumnos del «Goya». Para ello hacía falta que los profesores tuvieran la máxima dedicación a su labor docente y creer realmente en la labor que desempeñaban los profesores de instituto. En el claustro de 16 de octubre de 1962 hizo alusión al extraordinario número de solicitantes de plaza en el instituto, especialmente en primer curso de Bachillerato, donde habría que organizar un quinto grupo para el curso que iba a comenzar y, a continuación, dirigió «unas palabras de exhortación a todos *para que tengan presente la función social que desempeña el Instituto* y del prestigio que va ganando entre muchas personas de Zaragoza ajenas al Centro» (la cursiva es nuestra). Esas frases reflejan perfectamente sus convicciones sobre la enseñanza pública en aquellos momentos. En el curso 1962-1963 Mariano Navarro había dispensado del pago de las permanencia al

alumno Joaquín Lacruz, al pasar su familia por dificultades económicas. Pues bien, ese alumno, que una vez finalizados sus estudios en el «Goya» estaba trabajando en Barcelona, en noviembre de 1963 envió al director la cantidad de 500 pesetas como compensación a ese favor que se le había hecho el curso anterior; Mariano Navarro dio cuenta al claustro de esa encomiable actuación del antiguo alumno y manifestó que ese dinero «se aplicará a beneficio de algún alumno que se encuentre en análogas circunstancias, y propone que se comunique al interesado la satisfacción del claustro por su comportamiento» (Claustro de 23 de noviembre de 1963).

En el claustro del 13 de agosto de 1963 se dirigía a sus compañeros hablándoles «de la necesidad de cumplir con mayor intensidad el deber de cada cual», extendiéndose para ello en diversas consideraciones. Asimismo, llamó la atención sobre las faltas a clase del profesorado, rogando «que le pidan los menos permisos posibles» y que «el profesor de guardia sólo se utilice en casos extremos, con el objeto de que las clases puedan ser dadas». Sin duda, era esto una manera de poner en evidencia a alguno o algunos compañeros del claustro, que no cumplía con sus obligaciones. En ese mismo claustro, Mariano Navarro planteó que las calificaciones que se daban a los alumnos en el Instituto «Goya», en comparación con las que se daban en los colegios, «eran más bajas, y así resulta que para conseguir becas y premios se encuentran nuestros alumnos en inferioridad manifiesta». Frutos, Albiñana, Alda le dieron la razón, manifestando este último «que no se deber regatear las notas tanto». Unos años después, en el claustro de 15 de septiembre de 1967, volvió otra vez al asunto de la dedicación de los profesores, haciendo hincapié en la necesidad «de consagrarnos de lleno a la cátedra, a la enseñanza, incluso en actos colectivos, reuniones, seminarios, etc.». Es evidente que no estaba contento con la dedicación y el cumplimiento de algunos de sus compañeros.

El alumnado del «Goya» creció mucho en número a lo largo de la década de 1960. En 1962 el curso 1.º de Bachillerato ya tuvo nada menos que cinco grupos de 40 alumnos. En 1964, una vez abierta la sección Delegada n.º 1, del Colegio Menor del Frente de Juventudes, hubo 33 grupos, y en 1964, 34 grupos, que se distribuían de la siguiente manera: el Bachillerato Elemental tuvo 21 grupos, 12 de ellos en el «Goya», 3 de cada curso, y 9 en la Delegada; en el Bachillerato Superior, que sólo se cursaba en el «Goya», no en las secciones delegada y filiales, hubo 5 grupos de 5.º, 4 grupos de 6.º, y 4 grupos de Preuniversitario. Todos ellos con una media de 50 alumnos por curso en el «Goya» y 42 en la Delegada, lo que hacía un total de unos 1.200 alumnos en el «Goya» y unos 370 en la Delegada. El crecimiento de alumnos había sido meteórico en pocos años; además, estaban los alumnos que se examinaban como libres en las convocatorias de junio y de septiembre. Algunos de los espacios dedicados a seminarios o departamentos eran entonces utilizados como aulas, por ejemplo en el pasillo estrecho del tercer piso, donde recuerdo estábamos los tres grupos de 4.º de

Bachillerato, vigilados por el bueno de Bernardino Hernández, uno de los conserjes históricos del «Goya» en aquellos años. Los de 4.º A estábamos en lo que hoy es Departamento de Dibujo; los de 4.º B, en lo que hoy es Departamento de Matemáticas, y 4.º C, en lo que hoy es aula de Informática. Estábamos un tanto aislados del resto de los alumnos, pues aparte del Laboratorio de Fonética, al fondo, sólo había despachos departamentales y el del director espiritual, que, por entonces, era ya Jorge Puig, joven jesuita de ideas conciliares.

En el curso que comencé el bachillerato, 1964-1965, los alumnos empezamos a entrar por la pequeña puerta que daba al Huerva, en la calle Alférez Provisional, y a partir de 1967 lo hicimos por la más grande que daba a la calle de Mariano Barbasán. Ningún alumno entraba por la puerta principal de la avenida de Goya, la de los jardines, salvo los que llegaban tarde, previa entrega de la tarjeta de conducta en la puerta, pues ésta estaba reservada sólo para los profesores y personas de la calle. La puerta de acceso se cerraba a las 8.55 horas, por la mañana, y a las 3.55 por la tarde, es decir, cinco minutos antes de la hora de comienzo de las clases, por lo que había que ser muy puntuales, si no querías ver la tarjeta de conducta con puntos cortados. Un retraso era medio punto de esa tarjeta, que se implantó en el curso 1961-1962, siendo jefe de estudios Carlos Albiñana. Aún conservo las tarjetas de 1.º, íntegra, y la de 2.º con un punto cortado. Me viene el recuerdo de ver entrar en clase de 3.º a Albiñana, con unas grandes tijeras de sastre, dispuesto a cortar puntos de conducta, pues iba clase por clase; llamaba a los alumnos sancionados y les cortaba públicamente los puntos, como si de una degradación militar se tratase. La pérdida de cinco de los diez puntos totales suponía la expulsión definitiva del centro. El control del orden lo llevaba él con sus «gardingos» Almarza y Ramírez.

Albiñana, en octubre de 1965, quería dejar la jefatura de estudios por lo complicada que resultaba su labor, si no le asistían los delegados de cursos (actuales tutores), y manifestaba sentirse fracasado por tres motivos: por el desorden de los recreos y la mala costumbre de bastantes alumnos de saltar la tapia del centro, que no era muy alta; por el mal desarrollo de las guardias de los profesores, y por el mal funcionamiento de las juntas de curso (actuales sesiones de evaluación) (Claustro de 14 de octubre de 1965). Pero Mariano Navarro, tras alabar la labor de Albiñana, consiguió retenerlo en su puesto, con la promesa de que se recrecería la tapia con unas vallas metálicas, como así se hizo al curso siguiente.

Como medida preventiva y punitiva debió de funcionar, pues en el claustro del 7 de octubre de 1966 algunos profesores resaltaron la eficacia del uso de la tarjeta de conducta y del recrecimiento de la tapia con una valla metálica que nos impidiera saltarla. Pero también algunos profesores retiraban indiscriminadamente la tarjeta a todos los alumnos de la clase cuando había algún incidente no localizado por ellos, por lo que el director Mariano Navarro recomendó

«que no se retire colectivamente la tarjeta de conducta de los alumnos» (Claustro de 13 de abril de 1966). Asimismo, el director hizo hincapié en que no se castigase a los alumnos expulsándoles de clase, porque ello redundaba en la falta de orden en los pasillos durante las clases. Por otra parte, era frecuente que algunos alumnos de 6.º se escapasen en la última clase (Claustro de 15 de marzo de 1963), o que faltasen a clases de 4.º que no tenían calificación, como era Francés. El uso y la eficacia de la tarjeta de conducta se volvió a debatir en el claustro del 30 de marzo de 1968, interviniendo el jefe de estudios Gormaz, Albiñana, González, Mariano Navarro, Martín Peña, Sanjuán y Goicoechea sobre su eficacia o no, y sobre cómo sancionar a los que llegasen tarde y en general no observasen el debido comportamiento. Al final del claustro, el director, Mariano Navarro, resumió lo tratado y leyó el acuerdo «de hacer pública la sanción al alumno que no cumpla, pero ya en mayo, y propagarlo como ejemplo entre todos los alumnos». Todo ello indicaba que no había una postura unánime al respecto, pues en el claustro siguiente, del 9 de mayo de 1968, el director presentó una moción incluyendo el estudio de las bases para elaborar un reglamento de régimen interno para el instituto. Intervinieron los señores Estevan, Albiñana y Gormaz, así como otros claustrales, y se aprobó la propuesta de la dirección otorgando «un voto de confianza a la Dirección para organizar la selección de alumnos que soliciten ser oficiales en el curso venidero, tanto en el Instituto como en las Secciones Delegadas».

Los profesores de Educación Física, Julio Rodríguez Murga, Mariano Sendino y Fernando Juan, se encargaban de que formásemos filas por cursos y grupos en el patio, en lugares perfectamente señalizados, para entrar ordenadamente por la mañana y por la tarde. Nos hacían poner firmes y cubrirnos en plan militar. Se notaba que Sendino había sido instructor militar en una academia de suboficiales, y las actividades de saltos (plinto, caballo, potro, interior y exterior) las dirigía como si estuviésemos en un campamento militar, con vara en la mano. A ver quien no saltaba así. Con algunos compañeros, aquellos que estaban gordos o eran poco decididos y no saltaban, o lo hacían mal, se pasaba con sus amenazas y actuaciones. Al final de cada curso nos hacían realizar unas demostraciones de tablas gimnásticas y saltos en el parque «Primo de Rivera», donde poníamos de manifiesto ante el público nuestra buena preparación gimnástica y física. Nuestro uniforme estaba formado por una camiseta roja de algodón, con una banda azul horizontal bajo el pecho y un escudo del instituto sobrepuesto, y un pantalón corto negro de algodón. Un uniforme de gimnasia bien modesto, pues no teníamos «chandal». Aunque estuviera helando, Sendino, después de los saltos en el gimnasio, nos sacaba a correr, a saltar o jugar al fútbol, al balonmano o al baloncesto al patio, y en manga corta. Era una educación física absolutamente espartana, y si queríamos ducharnos, con agua fría, por supuesto. En mis años de estudiante, el «Goya» tenía algunos destacados atletas –Rafael Cid Castro, Eduardo Laborda, Paco Revuelta, Jorge

Nebra–; buenos equipos de fútbol, de balonmano –siempre compitiendo por los primeros puestos de la liga escolar con Dominicos y Corazonistas– y de baloncesto –el mayor de los San Epifanio era de mi curso–; y nadadores y waterpolistas, como el malogrado Carlos Molinero. En el claustro del 7 de octubre de 1966 Agud intervino para elogiar a Mariano Sendino «que con verdadero celo, asiduidad y extremada puntualidad, y casi solo con una masa de 1.267 alumnos (...) ha conseguido ordenar y encauzar a los alumnos, lo que es digno de elogio» y veía necesario que se le ayudase a ello.

Un caso aparte era el de Valenzuela, profesor de FEN, o de Política, como llamábamos popularmente a la asignatura que padecíamos una hora a la semana. Personaje no grato por muchos motivos, no se recataba de hacer alardes de su antijudaísmo y de ser antidemócrata; de repetir hasta la saciedad determinadas frases y muletillas, que no se me han olvidado; de leernos unos recortes de periódico amarillentos que sacaba de su cartera de bolsillo, y de propalar otros comentarios llenos de visceralidad. Se había quedado en la guerra civil. Nos dejó a todos muy mal recuerdo. No creo que la gran mayoría de los profesores del «Goya» le tuviera simpatía alguna. Desde luego, con sus actuaciones lo que hizo fue favorecer la adopción de posturas críticas con el franquismo entre el alumnado del «Goya».

El año 1968 fue conflictivo en España, en Francia y en otros países europeos por motivos diversos. La tensión estudiantil universitaria del mayo del 68 en Zaragoza la pude comprobar con mis propios ojos, pues por primera vez, al salir de clase un día de ese mes por la puerta que desde el patio de recreo del instituto da a Mariano Barbasán, nos tuvimos que meter nuevamente dentro, con un susto tremendo, pues la policía a caballo estaba cargando violentamente contra los estudiantes universitarios que se manifestaban, y que habían sido interceptados en el cruce de Fernando El Católico con Mariano Barbasán. Las escenas que vi, los gritos, los golpes, las carreras no se me olvidarán, y fueron las primeras de otras escenas, demasiado habituales en los años siguientes, ya en la universidad.

Tampoco puedo olvidar que dos compañeros de 6.º, que no iban a mi clase, fueron detenidos por la Brigada Político Social hacia febrero de 1970, y estuvieron en la cárcel de Torrero durante casi un mes. A uno de ellos, aparte de molerle a palos y dejarle los riñones medio destrozados con los golpes que le atizaron con las toallas mojadas, le raparon su larga cabellera rubia.

De los curas que impartieron la asignatura de Religión, por supuesto obligatoria, en el «Goya» durante la década de los sesenta tuve como profesores a cinco distintos. Guardo buen recuerdo de uno llamado Lajusticia, en 1.º y en 4.º de bachiller. Era simpático, agradable, con carácter, y nos hacía amena la asignatura. Estaba en la línea de Concilio Vaticano II. Santiago Abengoechea, que falleció al terminar el curso de 2.º, era un cura de sotana, algo seco de carác-

ter, pero que nos parecía buena persona. El entonces sacerdote José Bada sólo estuvo una parte del curso de 3.º, pues creo se fue a Alemania a estudiar; no nos supo hacer atractiva aquella Historia de la Iglesia, pues sus argumentaciones eran demasiado elevadas para niños de 12 años. El curso lo terminó José Ramón Oliván, también fallecido joven, que era sacerdote bondadoso. En 5.º, 6.º y Preu tuve a Joaquín Aznar Cleofé, canónigo y profesor también de Filosofía del Seminario de Zaragoza. En mi opinión era todo lo contrario de lo que debería ser un profesor de religión. Nos hacía memorizar inútilmente los dogmas en 5.º, las herejías del cristianismo primitivo en 6.º, y las encíclicas papales en Preu. Apenas explicaba y sí preguntaba, después de dejar un cuarto de hora para repasar, comenzando por el catecismo. A quien no se sabía lo que le preguntaba le hacía copiar la lección; de ahí el apelativo de «El Copias», con el que se le conocía. Creo que no compartía muchos de los cambios del Concilio Vaticano II. No nos dejó buen recuerdo a varias generaciones, desde 1956 hasta 1978. Entre 1957 y 1961 había sido profesor de Religión en el instituto «Ángel Alcalá», después canónigo y, una vez secularizado, catedrático en el Brooklyn College de la Universidad de Nueva York y especialista en la figura de Miguel Servet y en la Inquisición española.

El hecho de que el «Goya» fuese un centro de enseñanza estatal no significaba que, tal como lo mandaban las autoridades académicas de la época, no hubiese una atención religiosa a los alumnos. Para ello estaba el director espiritual. De los que pasaron por el «Goya» en la década de los sesenta hay que recordar a Ignacio Faci, que ocupó el puesto entre 1958 y 1965, y que organizó ejercicios espirituales en febrero de 1964 y marzo de 1965, celebrados en la iglesia del Corazón de María de la avenida de Goya, para los tres primeros cursos, y en aulas grandes del instituto para el resto; duraban tres días, de 10 a 12 y de 4 a 6, suspendiéndose las clases, y los profesores debían acompañar y vigilar a los alumnos (Claustros de 11 de febrero de 1964 y 26 de febrero de 1965). Yo recuerdo haber asistido a los segundos, en 1.º de Bachillerato. En febrero de 1967 se hizo cargo de la dirección espiritual el jesuita Jorge Puig, que unos años después dió clase de Filosofía en la Delegada n.º 1. El director, Mariano Navarro, dejó constancia de que el nuevo director espiritual actuaba «con altruismo y desinterés económico» y le agradecía esa actuación, queriendo que constase en acta (Claustro del 1 de marzo de 1967). Navarro, hombre de orígenes ideológicos y militancia católica desde su época de estudiante, tuvo mucho interés en que el padre Puig pudiese desarrollar su cometido con eficacia, y el claustro de enero de 1968 lo concluyó exhortando a todos los profesores «para dar facilidades a los alumnos en cuanto a orientación religiosa, pues hay que darles esa oportunidad». Eso guardaba relación con el hecho de que Puig nos iba llamando uno a uno a su despacho para charlar, en medio de una clase; al parecer, algunos profesores habían manifestado su reticencia a que se privara al alumnos de esa asistencia a clase el tiempo que durase la entrevista.

Creo que acudí dos veces a su despacho, y me resultó agradable de trato y decididamente conciliar y moderno. Ofrecía su asistencia espiritual, pero no obligaba a volver si no querías. Unos años después sabría de su buen comportamiento con amigos, antiguos alumnos suyos, que por dificultades políticas acudieron a él. Era la contrafigura del profesor de Religión, el canónigo Aznar.

El curso solía comenzar en octubre, poco antes de las Fiestas del Pilar, y duraba hasta finales de mayo para los alumnos de los primeros cursos de Bachillerato, pues había que dejar las aulas de la planta baja libres para poder examinar a la gran cantidad de alumnos libres que, desde los diversos pueblos de la provincia y de academias privadas de Zaragoza, venían a examinarse en el «Goya», especialmente de los cursos del Bachillerato Elemental. Los alumnos del Bachillerato Superior solían terminar en los primeros días de junio. Íbamos a clase de lunes a sábados, por la mañana de 9 a 12.30 horas, en el Bachillerato Elemental, y de 9 a 13.30 en el Superior, y de 4 a 6 de la tarde. Teníamos fiesta el jueves y el sábado por la tarde. Ya a partir de 6.º, además de las mañanas hasta las 13.30, solo íbamos dos tardes a la semana, y en Preu creo que una tarde, lo que nos dejaba tiempo para estudiar y hacer otras cosas. Yo, durante ese curso de Preu, el último año del Preu, 1970-1971, aprendí a tocar la guitarra.

Cuando, con 14 años, pasábamos al Bachillerato Superior, además de ponernos ya los pantalones largos, parecía que cambiaban nuestras vidas, pues nos encaminábamos a ser adultos. Los profesores nos trataban de usted, y nosotros a ellos, por supuesto, con el mismo tratamiento. Nos llamaban por el apellido, o señor tal, cuando se dirigían a nosotros, nos sacaban a la pizarra o a decir la lección. Nos poníamos en pie cuando entraba el profesor o la profesora de cada asignatura, y no nos sentábamos hasta que se había sentado él o ella. Levantábamos la mano para pedir permiso, preguntar algo o poder intervenir. No todos los profesores daban esa posibilidad.

A partir de 5.º, además de alumnos que venían de colegios privados a hacer el Bachillerato Superior, pues o bien no había en sus colegios, o estaban cansados del ambiente y la rigidez que reinaba en ellos, llegaban al «Goya» alumnos de las filiales del propio «Goya» y de la Delegada n.º 1 de Franco y López, y entre éstos el numeroso grupo de alumnos del Colegio Menor «Baltasar Gracián», casi todos estudiantes de pueblos de la provincia de Zaragoza, muchos de ellos hijos de agricultores, que gracias a esa residencia podían estudiar en la capital. Se les distinguía por el uniforme que llevaban a diario, compuesto de pantalón gris y chaqueta azul marino, con corbata negra, o jersey gris con raya roja en el pico. Si bien el adoctrinamiento falangista pesaba sobre ellos, pues era una residencia del Frente de Juventudes, ya se percibía en algunos actitudes críticas con el sistema político imperante, y los más contemporizaban. Por lo que contaban los que venían de colegios religiosos, en el «Goya» se encontraban más a gusto, más libres, sin las obligaciones, especialmente de



orden religioso –misa diaria, rosarios, etc.–, que soportaban en ellos, y no veían los favoritismos, las fobias y filias que habían soportado en sus colegios de procedencia. En Preuniversitario, además del elevado número de alumnos que éramos del centro, aquel curso de 1970-1971 se incorporaron todos los seminaristas del Diocesano de Zaragoza, que bajaron a hacer el curso con nosotros, y una decena de alumnos expulsados del Colegio del Salvador, de los jesuitas, porque se habían negado a asistir a misa diaria. Ello hizo que el «Goya» tuviese ese curso nada menos que siete grupos de COU.

Durante los recreos nos juntábamos muchos de tertulia con los compañeros de cursos superiores en el llamado «fumadero», que era el espacio que quedaba en el patio entre el gimnasio y la tapia delimitada por las calles Mariano Barbasán y Latassa, espacio hoy totalmente ocupado por la mitad del polideportivo. Allí se hablaba de cine, de literatura, de música y también de política. Los años de 1968 a 1971, que en mi caso fueron los de 5.º, 6.º y Preu, resultaron de gran inquietud en el «Goya», y fuimos despertando a la adolescencia y a la realidad sociopolítica de España, al compromiso con las libertades democráticas. Se fue creando en el «Goya» una conciencia sociopolítica que, sin duda, inquietó a la dirección del centro. Siempre que íbamos a hacer alguna petición a la dirección, mediante los delegados de curso, o en comisión, procurábamos ir o que fueran alumnos con buenos resultados académicos, para que no pudieran poner como excusa que éramos malos estudiantes. Había entonces en el «Goya» alumnos de todos los pelajes: cristianos de las JAC; del movimiento «scout»; algunos clandestinos de la UJCE; algunos falangistas radicales, que venían con frecuencia con camisa azul a clase, y se liaban a discutir hasta con el propio Valenzuela, y también alguno que estaba en la órbita del Opus Dei y que intentaba hacer proselitismo con algunos de nosotros sin éxito. La mayoría estábamos sin adscripción alguna, pero tomando conciencia de la realidad política que se estaba viviendo.

En muchos de nosotros había un deseo de que cambiasen las cosas en España, de que se acabase la dictadura y de que pudiéramos vivir en un sistema democrático, como en nuestros países vecinos. Los que habían ido en el verano de 6.º con becas a la República Federal Alemana volvían entusiasmados con la experiencia que habían tenido con familias alemanas. Algunos también había pasado a Francia, o habían ido a París, ciudad que para muchos de nosotros era referente. Las noticias que daba Radio París, o las que se podían leer entre líneas en *Triunfo*, en *Cuadernos para el Diálogo*, o en *La Codorniz*, si no acababan censuradas, circulaban oralmente en aquel recinto de ilusiones que era «el fumadero». Recuerdo que se hizo en los primeros meses de 1971 un intento de realizar un recital de poesía contemporánea española, con poemas de Machado, Lorca, Aleixandre, Salinas, Hernández, Blas de Otero y Gabriel Celaya, entre otros, y para ello pedimos la mediación ante el director Manuel Gormaz del catedrático de Literatura Jesús Manuel Alda, pues sabíamos que había sido amigo de Miguel Hernández en Orihuela, cuando Alda estuvo de

profesor en el instituto de aquella ciudad alicantina; pero Alda respondió lacónicamente: «¡Me ponen en un serio compromiso!». Y no se hizo el recital. El miedo se palpaba ya y las tensiones dentro de las corrientes políticas del Régimen franquista también: azules frente a Opus, fundamentalmente. De ello tendríamos buena muestra al curso siguiente, 1971-1972, el primero de nuestros estudios universitarios, que fue tremendamente conflictivo, lleno de asambleas y manifestaciones, con la Universidad de Zaragoza cerrada desde febrero de 1972, con todos nosotros expedientados, con la puerta de la Facultad de Ciencias tapiada por orden del rector para que no se pudieran hacer en ella las asambleas de estudiantes, y con la posterior destitución del rector Justiniano Casas Peláez, del sector azul, en una maniobra en la que los del Opus actuaban en la sombra para hacerse con el control del rectorado. Se reabrió la universidad en junio y sólo para hacer los exámenes, con la policía con metralletas dentro de las facultades. Pero parafraseando el título de una canción que me había impactado por entonces, obra de mi admirado Bob Dylan, *Los tiempos estaban cambiando*, o por lo menos teníamos la ilusión de que empezasen a cambiar, y ello tanto en la universidad como en los institutos.

La época siguiente del «Goya», la década de los setenta, fue bastante distinta: se produjo un aumento del alumnado de la enseñanza pública, y fue creciendo el número de institutos en Zaragoza –si en 1970 seguía habiendo sólo dos, en octubre de 1975 eran cuatro, y en 1980, tras los Pactos de la Moncloa, llegaron ya a diez institutos–; un aumento y rejuvenecimiento de los profesores, primero de interinos y después de los numerarios, más crítico con el Régimen; tensiones en el seno de los claustros, por cuestiones generacionales e ideológicas; repercusión en los institutos de los conflictos sociales y políticos que iban sucediendo en España, etc. La historia del «Goya» iba a ser bastante distinta a partir de entonces.

Siempre que me encuentro con compañeros del «Goya» de mis años escolares, o con otros que lo fueron en promociones anteriores o posteriores, salen a relucir, junto a multitud de anécdotas, las positivas experiencias del instituto que, a pesar de las circunstancias políticas y la falta de libertades, y de algunos sinsabores, nos marcaron de tal forma que nos sentimos orgullosos de haber salido del «Goya». Una pléyade de destacados profesores, médicos, abogados, químicos, veterinarios, ingenieros, funcionarios, militares, empleados de banca, notarios, jueces, salieron del «Goya» entre 1950 y 1980. Las facultades de la Universidad de Zaragoza, especialmente las de Letras y Ciencias, los institutos y colegios de todo Aragón, tienen un número crecido de sus profesores que fueron alumnos del «Goya». Y es que la vocación docente fue cultivada por algunos de los buenos profesores que tuvimos, que fueron ejemplos y guías. Para mí, y para otros cinco compañeros del actual claustro de profesores del centro, que fuimos alumnos del instituto, es un honor dar clase en el lugar donde nos formamos intelectualmente y como personas, y guardamos un entrañable recuerdo y reconocimiento para todos aquellos profesores que hicieron posible que estemos donde estamos.